

Marxismo Viva

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

énueva
época



San Pablo - 2015



Marxismo Vivo Nueva Época

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional (LIT-CI)

Revista al servicio de la investigación, elaboración y debate de la teoría revolucionaria.
El contenido de los artículos es de entera responsabilidad de los respectivos autores.

Todos los artículos pueden ser reproducidos citando la fuente.

Los artículos firmados son de responsabilidad de sus autores.

Disponible también en: <https://archivoleontrotsky.org/revista.php>

Editor Responsable: Martín Hernández

Consejo Editorial

Alicia Sagra (Argentina - asagra2@yahoo.com.ar)
Felipe Alegría (Estado Español - fealegria1@gmail.com)
Florence Oppen (Estados Unidos - petitmercure@yahoo.fr)
Francesco Ricci (Italia - ricci.franceso2@gmail.com)
Henrique Canary (Brasil - henriquecanary@yahoo.com.br)
João Pascoal (Portugal - jcpascoal@netcabo.pt)
José Welmowicki (Brasil - josweil@ig.com.br)
Maria Cecília García (Brasil - mceciliagarcia@uol.com.br)
Martín Hernández (Brasil - martinhernandez@terra.com.br)
Nazareno Godeiro (Brasil - jpotuguar@terra.com.br)
Paulo Aguená (Brasil - catatao2007@hotmail.com)
Ricardo Ayala (Estado Español - rayala361@gmail.com)
Ronald León Núñez (Paraguay - ronald.leon.nunez@gmail.com)
Valerio Torre (Italia - valeriotorre58@gmail.com)

Tapa: Martín S. García

Proyecto gráfico: Adriana Alvarenga

Revisión gramatical y diagramación: Natalia Estrada

Normalización técnica: Iraci Borges - CRB 8-2263

Marxismo Vivo: nueva época. v. 6, n. 5, marzo, 2015. San Pablo: Liga Internacional de los Trabajadores: 2015.
Trimestral

ISSN: 2175-2281

Nota: circuló en el período de setiembre de 2000 hasta setiembre de 2009 con el título Marxismo Vivo I. Marxismo - teoría revolucionaria

Suscripciones y pedidos de números sueltos: editoralorca@gmail.com

Marxismo Vivo - San Pablo - Año VI - N.º 5, p. 1-168 - Marzo de 2015

CONTENIDOS

DOSSIER SOBRE EL PROGRAMA	7
Debate en el CEI de la LIT-CI.....	7
• Sobre nuestro programa (Martín Hernández)	8
• Algunas consideraciones sobre el partido y el programa (Paulo Agüena).....	32
• Sobre la “inevitable” victoria del socialismo (Martín Hernández)	37
• El teórico de la “inevitabilidad” del socialismo es el renegado Kautsky (no Marx) (Francesco Ricci - Ricardo Ayala).....	46
 DOSSIER SOBRE LA ESCUELA DE LONGJUMEAU	69
La formación marxista en la recomposición del bolchevismo (Alicia Sagra).....	69
• 1911, un año de inflexión.....	69
• Lucha política e ideológica en la fracción bolchevique	70
• La formación de los militantes	72
• La Escuela de Longjumeau	73
• Confianza en el marxismo y en la clase obrera	76
 SEMINARIO INTERNACIONAL	
SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO (PARTE 2)	87
Debate en el plenario del Seminario	87
• Informe de apertura e intervenciones en el debate	88
• Sobre el problema de la estructura partidaria	88
• Sobre la centralización política.....	89
• Sobre el régimen centralista democrático	90
• Intervenciones de cierre	117
 ANEXO: TEXTOS UTILIZADOS EL SEGUNDO DÍA DEL SEMINARIO.....	129
Sobre la estructura partidaria	129
• <i>Problemas de Organización</i> (Nahuel Moreno)	129
• “La Internacional después de Lenin” (León Trotsky).....	133
• Tercer Congreso de la Internacional Comunista (1921) - Tesis 43	134
• “Las tareas de los socialdemócratas rusos (Lenin, 1897)	135

• “Carta a un camarada” (Lenin, 1902).....	136
• Intervención de Lenin en el IV Congreso de la Internacional Comunista (1922)	137
• <i>El Partido Bolchevique</i> (Pierre Broué).....	140
Sobre el régimen centralista democrático.....	141
• “Unas pocas palabras acerca del régimen del partido” (León Trotsky).....	141
• La revolución traicionada (León Trotsky).....	141
• El Partido y la revolución (Nahuel Moreno).....	142
• El Partido Bolchevique (Pierre Broué).....	143
• Lenin.....	144
• “Las fracciones y la Cuarta Internacional” (León Trotsky).....	145
• “Nuevo Curso” (León Trotsky).....	146
• “Resultados del entrismo” (León Trotsky).....	148
• “Observaciones adicionales sobre el régimen partidario (Carta a Cannon)” (León Trotsky).....	150
• Informe ante el CC del PST peruano (Nahuel Moreno).....	151
• “Relato personal de Stalin” (de <i>Stalin, una biografía política</i> , de Isaac Deutscher).....	154
• Carta al Congreso. Últimos escritos y diario de las secretarías (Lenin, 1923).....	154

LIBROS

La invención del pueblo judío, de Shlomo Sand: una obra demoledora del sionismo Análisis sobre la historia judaica, sus orígenes y sus mitos (José Welmowicki)	155
---	-----

A nuestros lectores

En la presentación de la edición anterior de esta revista (MV – NE N° 4) señalamos que, a partir de ese número, ella tendría algunas características nuevas. Entre ellas destacábamos que “... *la revista buscará socializar las elaboraciones que, en forma polémica o no, se vayan realizando en las diferentes instancias de la LIT*”. Nosotros, en la LIT-CI, salvo raras excepciones, en el pasado no hemos actuado así. Cuando existían polémicas teóricas o históricas, las cuales a veces se prolongaban por años, no las presentábamos en nuestros materiales públicos (solo en los internos). En público solamente presentábamos los resultados finales de esas polémicas.

Ahora, desde la edición anterior, en la cual reproducimos las intervenciones que sobre la construcción del partido revolucionario se dieron en un seminario internacional, comenzamos a tornar públicos nuestros debates teóricos e históricos, muchas veces polémicos.

En esta nueva edición no solo mantenemos ese criterio sino que lo ampliamos. Como los lectores podrán apreciar existen tres grandes temas en esta revista, de los cuales dos (la segunda parte del seminario y la discusión sobre el programa) incluyen partes polémicas.

¿Por qué este nuevo criterio?

Cuando fue propuesto, surgieron algunas dudas entre nosotros. La principal era: ¿este nuevo criterio no haría que algunas sectas se utilizaran de él para atacarnos con más fuerza de lo que lo hacen actualmente? Era una duda pertinente, pues el mundo está lleno de estas sectas que frente a su incapacidad para construirse viven parasitando otras organizaciones revolucionarias. Pero dejamos esa duda de lado por un criterio de “costo-beneficio”. Porque es verdad que las sectas se pueden valer de nuestro nuevo criterio pero mucho más cierto es que para

avanzar en nuestras elaboraciones programáticas, que es lo que más nos interesa en este caso, precisamos del diálogo y de la polémica incluso con las organizaciones adversarias o enemigas, y eso no lo lograremos si nuestras elaboraciones, e incluso nuestras polémicas, no se tornan públicas. Por otra parte, la vanguardia también precisa ser parte de estos debates, pues la construcción de un programa revolucionario no es solo una necesidad de la LIT sino de todos los luchadores.

Valga esta última reflexión para convidar a todos nuestros lectores, sean o no de la LIT, a sumarse a nuestra batalla por construir un programa que responda a las nuevas necesidades.

Los editores

FE DE ERRATAS

En el artículo *Gramsci traicionado* (*Marxismo Vivo* n.º 4 - 2014), una frase de la pág. 95 sintetiza la opinión expuesta en todo el artículo sobre la relación entre Gramsci y Trotsky. Pero por un error de traducción los nombres de Gramsci y Trotsky fueron invertidos, haciendo incomprensible el sentido. La frase publicada es: “Entonces, **fue Bordiga quien sostuvo a Gramsci**, el propio Bordiga contra el que Trotsky había armado desde un punto de vista teórico a Gramsci en 1922-1923 (...). Por otra parte, en los años siguientes Bordiga no dio curso a ese corto acercamiento a Trotsky (...).”

La frase correcta es: “Entonces, **fue Bordiga quien sostuvo a Trotsky**, el propio Bordiga contra el que Trotsky había armado desde un punto de vista teórico a Gramsci en 1922-1923 (...). Por otra parte, en los años siguientes Bordiga no dio curso a ese corto acercamiento a Trotsky (...).”

Dossier

sobre el programa

Debate en el CEI de la LIT-CI sobre el programa

Presentación

Cumpliendo con una resolución del Congreso Mundial de la LIT-CI (Liga Internacional de los Trabajadores – Cuarta Internacional) la última reunión del Comité Ejecutivo Internacional (CEI) de la LIT-CI dio inicio a una discusión sobre el programa, pues existe una comprensión común de que, a partir de los procesos del Este europeo (la restauración del capitalismo y la movilización de masas que derrotó a los Partidos Comunistas) se dieron en la realidad cambios profundos que nos obligan a actualizar el programa marxista.

La discusión fue hecha durante toda una sesión sobre la base de un documento presentado por Martín Hernández, el cual recibió durante el debate una serie de aportes y también algunas críticas.

En esta nueva edición de la revista *Marxismo Vivo* presentamos un dossier con el producto de ese debate a nivel del CEI. Presentamos el texto de Martín Hernández en la forma de tres artículos que ya contienen varios aportes hechos en la reunión, y, como complemento de ese texto, reproducimos un artículo de Paulo Aguena titulado “*Algunas consideraciones sobre el partido y el programa*”.

Con respecto a las polémicas reproducimos la que tuvo más desarrollo en la reunión, que trata sobre la “inevitabilidad del socialismo”, por medio de dos textos: uno, el de Martín Hernández, con el contenido que presentó en la reunión, y otro, polémico con aquel, de Francesco Ricci y Ricardo Ayala.

Sobre nuestro programa

Martín Hernández

El XI Congreso Mundial de la LIT, realizado en abril de 2014, votó una resolución sobre “Formación y Elaboración Programática” que colocaba entre sus objetivos fundamentales “... *desarrollar un proceso permanente de elaboración programática, con el objetivo de conseguir, a mediano plazo, la actualización del Programa de Transición.*”

Para cualquier organización política, y más cuando se trata de una internacional, el programa es todo. El programa es la comprensión común que tiene dicha organización sobre la realidad que está viviendo y sobre las tareas que se desprenden de esa comprensión. Pero la realidad cambia (y cambian las tareas); por eso el programa, de tiempo en tiempo, precisa ser actualizado.

Cuando a finales de los años '80 se restauró el capitalismo en la mayoría de los ex Estados obreros del Este europeo, cuando se dieron las grandes movilizaciones que derrumbaron a los gobiernos y regímenes restauracionistas de los partidos comunistas, y cuando con ellos cayó la principal dirección existente del movimiento obrero y de masas, todos los revolucionarios fuimos conscientes de que el mundo estaba pasando por profundas transformaciones, y eso obligaba a los marxistas a llevar adelante una profunda reflexión programática.

¿En qué consistía esa reflexión? En saber si el programa marxista había pasado la prueba de los hechos y, en el caso de que lo hubiese hecho, en precisar en qué terrenos y con qué profundidad el programa debería ser actualizado. Esta es la tarea que enfrentamos en la actualidad.

Algunos criterios para elaborar el programa

Ya pasaron cerca de 25 años desde los grandes acontecimientos del Este europeo que conmovieron y cambiaron el mundo. Aparentemente, hemos demorado demasiado para hacer o actualizar el programa; y, es verdad, han pasado muchos años, pero para nuestra corriente no fueron años de pasividad en el terreno de la elaboración programática.

En 1994, es decir, en una fecha bastante próxima de los acontecimientos del Este europeo y en los inicios de la reconstrucción de nuestra Internacional,

quienes nos pusimos al frente de esta tarea elaboramos un proyecto de programa. Sin embargo, lo dejamos de lado. No porque hayamos tenido diferencias con ese texto sino porque creímos que, frente a la difícil tarea que se nos presentaba y frente a la debilidad del grupo marxista que la tenía que encarar, era más prudente ir más despacio, tomando la tarea de la elaboración programática no a partir de la redacción del propio programa sino de una serie de elaboraciones parciales.

Como parte de lo dicho anteriormente, avanzamos bastante en una elaboración sobre los acontecimientos del Este europeo a la vez que en el mes de setiembre del año 2000 (hace ya 14 años) lanzamos el primer número de la revista *Marxismo Vivo*, que en su presentación decía: “¿Por qué la revista *Marxismo Vivo*? A partir de las revoluciones del Este europeo se desarrolló un debate entre millares de luchadores en el mundo entero... ¿Qué es lo que está en discusión? Absolutamente todo, tanto en el terreno teórico como político... *Marxismo Vivo*... nace para colocarse al servicio de ese debate programático.”¹

Como testimonio de ese trabajo están las 27 ediciones de la revista *Marxismo Vivo*, en las cuales están resumidas el conjunto de las reflexiones programáticas que fuimos haciendo en estos años, las cuales son un importante punto de apoyo para llevar adelante nuestra tarea actual.

Con relación al tiempo que hemos demorado para comenzar a preparar un proyecto de programa, si bien fue excesivo, y por eso nos autocriticamos, debemos recordar que los grandes representantes del marxismo nunca tuvieron como criterio responder rápidamente, con la forma de un programa, a los cambios ocurridos en la realidad.

Así, por ejemplo, si bien tanto Marx como Engels comenzaron a desarrollar sus elaboraciones y actividad política en los inicios de la década del '40 (del siglo XIX) solo a finales de esa década, en los inicios de 1848, fue que elaboraron un programa (el *Manifiesto Comunista*), y lo hicieron después que Marx elaboró un texto de peso con sus principales concepciones (“Miseria de la filosofía”) y que Engels, unos meses de antes del *Manifiesto*, elaboró algo así como un pre-manifiesto, “Principios del comunismo”.

De igual manera, los grandes dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, habiendo hecho importantes elaboraciones programáticas, no presentaron un proyecto de programa para ser votado en ninguno de los cuatro pri-

¹ Revista *Marxismo Vivo* N.º 1, Junio/Setiembre de 2000.

meros congresos de la III Internacional, de los cuales participaron activamente.

Por su parte, Trotsky escribió el Programa de Transición catorce años después que se iniciara el proceso de burocratización de la URSS y cinco años después de la victoria del fascismo en Alemania, y lo hizo a posteriori de una serie de elaboraciones programáticas entre las que se destacan “*La revolución traicionada*” y “*Stalin, el gran organizador de derrotas*”.

Lo mismo podemos decir del principal dirigente de nuestra corriente, Nahuel Moreno, que escribió sus “*Tesis para la Actualización del Programa de Transición*” 35 años después que se iniciaran profundas transformaciones en el mundo con el final de la Segunda Guerra Mundial.

El programa, si bien como dije anteriormente “es todo”, normalmente no es el inicio de un proceso de elaboración para responder a una nueva realidad sino la culminación de este. Así, por ejemplo, el *Manifiesto Comunista*, según relata Franz Mehring, “... no contenía una sola idea que Marx y Engels no hubiesen ya usado en sus escritos anteriores”², y lo mismo decía Trotsky del Programa de Transición: “Este texto no contiene ningún principio nuevo. Sintetiza todo lo que hemos dicho varias veces”³.

Como dije, podríamos haber cumplido con esta tarea hace algunos años atrás, pero no muchos años atrás, porque para elaborar o para actualizar un programa es necesario que los elementos y tendencias de la realidad, y la comprensión de ellos, estén suficientemente consolidados, y eso requiere tiempo. De cualquier manera, es necesario aclarar que con el programa que precisamos elaborar no ocurrirá lo mismo que con los dos ejemplos anteriores. Este no contendrá solo ideas que “hemos dicho muchas veces”. Una parte sí, pero otras tendrán que surgir de un proceso nuevo de elaboración que tendremos que encarar, con fuerza redoblada, a partir de ahora. Por eso, no podemos presentar una propuesta de programa en un mes ni en dos.

Por fin, respecto del tiempo necesario para elaborar un programa, es bueno recordar las palabras de James Cannon refiriéndose al Sexto Congreso de la III Internacional Comunista, en el cual se discutió un proyecto de programa: “*La III Internacional fue organizada en 1919, y hasta 1928, nueve años más tarde, aún no tenía un programa definitivo. Es simplemente una indicación de la se-*

² MEHRING, Franz. *Karl Marx: la historia de su vida*. Brasil: Editora Sundermann, p. 156.

³ “Nosotros somos la IV Internacional”, Carta de Trotsky a Camille (Klement), 12 de abril de 1938.

riedad con que los grandes marxistas tomaban la cuestión y con qué cuidado lo elaboraban".⁴

¿Qué significa actualizar el programa?

Mucho hemos hablado sobre la necesidad de actualizar el Programa de Transición, pero pocas veces nos hemos referido al contenido de esta tarea.

Actualizar el programa significa llevar adelante dos tareas íntimamente ligadas. Por un lado, adaptarlo a los cambios que se fueron operando en la realidad. Esto siempre ha sido así. Por ejemplo, después del triunfo de la Revolución Rusa surgió la necesidad de actualizar el programa. Lo mismo ocurrió en la década del treinta [siglo XX] con el surgimiento del fascismo y la degeneración de la ex URSS, y esa es la misma realidad que enfrentamos en la actualidad a partir de la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros y las revoluciones que derrumbaron el aparato estalinista. Todos esos procesos nos han obligado, y nos obligan, a actualizar el programa, porque ellos han significado transformaciones profundas en casi todos los terrenos, de carácter duradero y en escala mundial.

Pero actualizar nuestro programa es más que eso. Porque es también, a la luz de las nuevas realidades, verificar si todas las elaboraciones programáticas de nuestros maestros siguen siendo válidas y, más que eso, verificar incluso en qué medida, algunas de ellas, fueron válidas cuando fueron hechas.

Esta es la parte más difícil de la tarea. En primer lugar porque no es fácil para nosotros, que en el mejor de los casos –y sin ninguna falsa modestia– nos podemos considerar como “aprendices de marxistas”, llevar adelante una rigurosa crítica, buscando la verdad, sobre las elaboraciones de los grandes líderes de la historia del marxismo. En segundo lugar es una tarea difícil porque aún sobrevive en nuestras filas una nefasta idea, antimarxista, que tiende a canonizar a esos grandes líderes y que, por eso, muchas veces se asocian posibles críticas a Moreno (y ni qué hablar a Marx, Lenin o Trotsky) con una herejía revisionista.

Trotsky, que sin duda fue uno de los mayores exponentes del marxismo, nunca canonizó a Marx, a Engels o a Lenin. Por eso, después de caracterizar el *Manifiesto Comunista* como un “... folleto que demuestra una genialidad mayor que cualquier otro de la literatura mundial”⁵, explicó cómo este precisaba de una

⁴ CANNON, James. *La historia del trotskismo norteamericano*.

⁵ TROTSKY, León. “Noventa años del *Manifiesto Comunista*”, 30 de octubre de 1937.

actualización, no solo por el tiempo transcurrido desde su elaboración sino por los errores que el *Manifiesto* contenía:

“Pero esto no implica que después de veinte años de desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y vastas luchas sociales, el Manifiesto no necesite correcciones o adiciones... El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con el culto a los ídolos. Programas y pronósticos son examinados y corregidos a la luz de la experiencia, que es el criterio supremo de la razón humana”.⁶

En consonancia con este razonamiento, Trotsky desarrolló una profunda y rigurosa crítica al *Manifiesto*. Así, señaló, por ejemplo, una importante ausencia:

*“... el Manifiesto no contiene ninguna referencia a la lucha por la independencia de países coloniales y semicoloniales”*⁷, a la vez que le hizo una serie de críticas, entre ellas al error que cometieron en relación con las capas medias de la sociedad: *“... el desarrollo del capitalismo ha acelerado, hasta el extremo, el crecimiento de legiones de técnicos, administradores, empleados comerciales, en resumen, la llamada “nueva clase media”. Por lo tanto, las clases intermedias, a cuya desaparición se refiere tan categóricamente el Manifiesto incluyen, aun en un país tan altamente industrializado como Alemania, casi la mitad de la población”*.⁸

Pero, en realidad, Trotsky no fue el primero ni el único que reivindicando el *Manifiesto* lo sometiera a una dura crítica. Los primeros en hacer esto fueron sus propios autores, Marx y Engels, que varios años después de haberlo elaborado, aunque lo continuaban reivindicando, indicaban sus limitaciones: *“Algunos puntos deberían ser retocados... este programa ha envejecido en algunos de sus puntos”*, y, a partir de allí, analizando la experiencia de la Comuna de París, señalaban una gran limitación:

*“... La Comuna ha demostrado, sobre todo, que la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado (como está indicado en el Manifiesto) tal y como está y servirse de ella para sus propios fines...”*⁹

///

⁶ TROTSKY, León. “Noventa años del *Manifiesto Comunista*”, 30 de octubre de 1937.

⁷ Ídem.

⁸ Ídem.

⁹ MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. Prefacio a la edición alemana del *Manifiesto Comunista*. En: *Obras Escogidas* de Marx y Engels en tres volúmenes, Volumen I, 1872, p. 99.

La elaboración programática en el marco del “aluvión oportunista”

Después de los procesos del Este europeo no fue fácil (ni lo está siendo ahora) encarar una seria reflexión programática, porque ella se dio al mismo tiempo que se desataba una feroz ofensiva ideológica por parte de los voceros del capitalismo para intentar demostrar que el marxismo, con su proyecto socialista y comunista, había mostrado, en la práctica, su total bancarrota. Al respecto, recordemos que intelectuales, como el filósofo y economista nipo-americano Francis Fukuyama, se transformaron en celebridades internacionales.

Fukuyama, uno de los ideólogos del gobierno de Reagan en los Estados Unidos, con su teoría del “fin de la historia”¹⁰ planteaba, entre otras cosas, que con el fin de la “guerra fría” la democracia liberal occidental sería el punto final de la evolución sociocultural y la forma final de gobierno humano.

El conjunto de la izquierda rechazó las ideas de Fukuyama pero, como bien afirmaban Marx y Engels: “*Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante*”¹¹, y, así, las ideas de los ideólogos del capitalismo frente a los procesos del Este se expandieron a nivel mundial como un reguero de pólvora, y penetraron profundamente en las organizaciones y en intelectuales de izquierda, incluso de aquellas organizaciones que, como las trotskistas, nos habíamos mantenido, contra la degeneración de la socialdemocracia y del estalinismo, fieles al programa marxista.

Sin embargo, si bien ninguna de las organizaciones e intelectuales de izquierda adhirieron formalmente a la tesis de Fukuyama, en la práctica, la amplia mayoría sí lo hizo de contenido. Es que de los procesos del Este, estas organizaciones y estos intelectuales sacaron la conclusión de que la lucha para que la clase obrera tomara el poder y expropiara a la burguesía era algo que ya no estaba planteado para el presente ni para el futuro. Ni como una posibilidad ni como una necesidad. De la misma manera que no lo estaban los partidos revolucionarios contruidos para cumplir con ese objetivo. De esta manera, aunque sin decirlo, estos sectores abrazaron con todas sus fuerzas las ideas centrales de Fukuyama, pues si el capitalismo no podía ni debía ser expropiado, era este que

¹⁰ ANDERSON, Perry. *El fin de la historia*, de Hegel a Fukuyama.

¹¹ MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*. En: *Obras Escogidas de Marx y Engels en tres volúmenes*, Volumen I, 1847-1848.

debía continuar reinando. Así, el capitalismo no era solo el presente, era también el futuro.

Claro que las tesis de Fukuyama, al ser apropiadas por la izquierda, fueron recubiertas de un barniz más progresista, pero no menos capitalista. La clase obrera no podría ni debería tomar el poder y expropiar a la burguesía, pero el capitalismo debería ser mejorado (reformado). De esta forma, así como las ideas de Fukuyama ganaron un peso enorme en la intelectualidad de derecha, un nuevo reformismo ganó también un peso enorme (mayoritario) entre las organizaciones, intelectuales y activistas de izquierda.

En el marco de estas “nuevas ideas” aparecieron nuevos pensadores como John Holloway, quien lanzó un libro que tuvo gran repercusión: “*Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*” y surgieron también grandes eventos internacionales, como es el caso del Fórum Social Mundial que, bajo el lema “Otro mundo es posible”, reunía (y reúne) a millares de activistas para discutir cómo “otra educación es posible”, “otra economía es posible”, “otra ONU es posible” y hasta cómo “otras *favelas* son posibles”, todo sin que la clase obrera tome el poder para expropiar a la burguesía.

También surgieron importantes organizaciones, los denominados “partidos anticapitalistas”, integrados por muchos “marxistas” y por los llamados “reformistas honestos”, quienes también se proponen cambiar el capitalismo (reformarlo) sin expropiarlo.

El Manifiesto Comunista: Punto de partida para actualizar el programa

Normalmente, los grandes acontecimientos de la lucha de clases obligan a los marxistas a actualizar el programa. ¿Pero cuál es el punto de partida de esa actualización? Entre los que nos reivindicamos trotskistas, frente a la tarea de actualizar el programa, normalmente hemos tomado como punto de partida el Programa de Transición elaborado por León Trotsky en el año 1938. Fue lo que hizo Nahuel Moreno en 1980, cuando elaboró justamente sus “Tesis para la Actualización del Programa de Transición”. Sin embargo, ahora estamos ante un desafío diferente.

Después de haberse dado un hecho de la dimensión de la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros, no podemos responder a los cuestionamientos de tantos “marxistas” reafirmando simplemente, de forma religiosa,

nuestra fe en el futuro socialista y comunista de la humanidad. El marxismo no es una religión, nuestro programa no es una biblia y Fukuyama no es un he-reje que merece morir en una hoguera. Se hace necesario analizar si el socialismo, como primer paso en dirección hacia una sociedad comunista, sigue siendo, o no, **científicamente viable**, y, más que eso, si es lo único que puede salvar a la humanidad de la barbarie. Y, siendo así, el punto de partida de nuestro programa no puede ser otro que el primer programa elaborado por el socialismo científico, el *Manifiesto Comunista*, escrito por Marx y Engels entre los años 1847 y 1848, que es donde se establecieron las bases de principio para el surgimiento de un movimiento de masas conocido como marxismo, porque son justamente esas bases principistas las que, a partir de los procesos del Este europeo, están siendo cuestionadas.

El *Manifiesto Comunista* parte de un análisis central de la sociedad, y a partir de allí va a sacar toda una serie de conclusiones y tareas. De lo que se trata es de precisar, en primer lugar, si ese análisis ha sido confirmado o no por la historia.

El *Manifiesto Comunista* señaló:

“Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud... El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende más y más por debajo de las condiciones de vida de la propia clase... La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad”.

¿Y qué demostró la realidad en estos casi 170 años transcurridos desde la redacción del *Manifiesto Comunista*? ¿La existencia de la burguesía se demostró incompatible con la sociedad, como afirmaba el *Manifiesto*, o, por el contrario, la burguesía, en todos estos años, posibilitó el desarrollo económico y cultural del conjunto de la sociedad?

Cuando nuestros maestros escribieron el *Manifiesto*, en realidad –tal como lo señaló Trotsky¹² noventa años después–, la burguesía era una traba al desarrollo de las fuerzas productivas, pero era **una traba relativa**. La sociedad, bajo el capitalismo, se seguía desarrollando. En ese marco, los obreros (los “modernos esclavos”), por cierto a través de sus luchas, a diferencia de lo que decía el

¹² Análisis desarrollado por León Trotsky en su texto “Noventa años del *Manifiesto Comunista*”, del 30 de octubre de 1937.

Manifiesto, y por varias décadas más, progresaban junto con el desarrollo de la industria. Por ejemplo, conseguían con sus luchas disminuir las horas de trabajo (que pasaron de 14 o 12 horas diarias, a 8 horas), a la vez que conseguían un número importante de conquistas económicas y democráticas.

Pero llegó un momento en que esa traba relativa del capitalismo al desarrollo de las fuerzas productivas se transformó en absoluta. La Primera Guerra Mundial entre las diferentes potencias imperialistas, fue la más clara demostración de esa nueva realidad. El capitalismo, en lugar de vivir, pasaba a sobrevivir a costa de una destrucción en masa de las fuerzas productivas que el propio capitalismo había creado en el pasado. Dentro de eso, destruía la más importante de ellas: los seres humanos. Con la Guerra del '14, el capitalismo sobrevivió a costa de 10 millones de muertos y 25 millones de heridos y mutilados. Fue una confirmación trágica de que la sociedad ya no podía vivir bajo la dominación de la burguesía.

De esta forma, un análisis relativamente equivocado del *Manifiesto Comunista* para el año 1847, tuvo el mérito de transformarse en un pronóstico correcto que, pocas décadas después (en el año 1914), se habría de confirmar.

Cuando terminó la Primera Guerra Mundial, muchos de los voceros del capitalismo dijeron que ella había sido la primera y la última. Largos años de prosperidad y de paz eran de esperarse. Pero la realidad desmintió esas afirmaciones mostrando que la Primera Guerra Mundial en realidad había inaugurado, al decir de Trotsky, “una época de guerras, revoluciones y fascismo”. Es que el carácter relativamente progresivo de la burguesía había llegado a su fin y, a partir de allí, en esencia, veríamos solo su cara más reaccionaria o directamente contrarrevolucionaria.

Las disputas interimperialistas por nuevos mercados, por las colonias y semicolonias, que originaron la Primera Guerra Mundial, dieron origen en 1939 a la Segunda Guerra Mundial, que dejó a la Primera muy atrás en lo que se refiere a la destrucción de fuerzas productivas, como lo demuestra, en primer lugar, la cantidad de muertos (entre 60 y 73 millones de personas).

Después de la Segunda Guerra no hubo una nueva guerra mundial. Pero no fue por falta de disputas interburguesas sino por el hecho de que el poderío militar alcanzado por los Estados Unidos imposibilitó una nueva confrontación de ese tipo. Sin embargo, confirmando la caracterización del *Manifiesto*, se desarrollaron decenas de guerras regionales interburguesas, y por detrás de todas ellas, normalmente, estaban las grandes potencias imperialistas.

Marx dice en el *Manifiesto* que el capitalismo no consigue garantizar para el obrero moderno “su existencia de esclavitud” y se refiere con esto a las condiciones de vida que se deterioran. Estos números sobre las guerras indican la parte más cruel de este análisis. Para un gran porcentaje de obreros, el capitalismo no solo no consigue garantizar condiciones dignas de vida sino que no consigue garantizar su propia vida. Por su lado, los obreros (los “modernos esclavos”), salvo raras excepciones, no pararon de luchar, pero a diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX no logran con esas luchas mejorar sustancialmente su nivel de vida, a punto tal que para conseguir cuestiones muy elementales para la supervivencia, como pan, paz y tierra, se vieron obligados a hacer verdaderas revoluciones para intentar tomar en sus manos la solución de sus necesidades, y frente a estos intentos –a veces victoriosos y otros derrotados– aparece [siempre] la verdadera cara de la burguesía, llevando adelante los crímenes más bárbaros que la humanidad haya conocido.

Los obreros y campesinos rusos, después de haber tomado el poder, tuvieron que pagar con sus propias vidas esa osadía. En la guerra civil murieron entre cinco y veinte millones de personas y, más recientemente, para llegar al poder, las masas vietnamitas tuvieron que soportar la muerte de dos millones. A estos números habría que agregar las decenas de golpes, invasiones, o represiones contrarrevolucionarias que provocaron, en todo el siglo XX y en lo que va del XXI, decenas de millones de muertos (guerras civiles en China, tres millones de muertos; Guerra de Corea, tres millones; Guerra de la Independencia argelina, un millón; invasiones a Irak, un millón...).

El *Manifiesto Comunista* pasó la prueba de los hechos

El *Manifiesto Comunista* fue extremadamente visionario al mostrar que el capitalismo, en su desarrollo, dejaría de cumplir un papel relativamente progresivo para transformarse en un obstáculo para el desarrollo de la sociedad, por lo que él estaba llamado a ser reemplazado por un nuevo régimen social en el cual no solo la producción sería social (como en el capitalismo) sino que también lo sería la apropiación [de esa producción]. Los trabajos posteriores de Marx y Engels, en especial *El Capital*, elaborado por Marx y concluido por Engels, fundamentaron, científicamente, esta tendencia inevitable del régimen capitalista: en lugar de desarrollar las fuerzas productivas, el capitalismo sobreviviría desarrollando las fuerzas destructivas, y los hechos, desde 1847 y espe-

cialmente desde 1914 hasta nuestros días, no han hecho más que confirmar ese pronóstico.

Pero el *Manifiesto* no se limitó a analizar las tendencias del capitalismo. Después de precisar lo que era el Estado: “*El Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa*”, señalaba cuál era la gran tarea que estaba planteada para superar el régimen capitalista y así liberar al conjunto de la humanidad:

“derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado... el proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas”.¹³

El análisis sobre las tendencias destructivas del capitalismo surgía de un estudio científico de la realidad pero, por el contrario, la posibilidad de que el proletariado se adueñara del poder, que expropiara a la burguesía y que por ese medio se iniciara un desarrollo sin límites de las fuerzas productivas, era algo que estaba en el terreno de la teoría y de las hipótesis, ya que no había hechos de la realidad en los cuales apoyarse para justificar estas ideas.

Solo 24 años después de la publicación del *Manifiesto*, los obreros de París mostraron, en la práctica, que una parte de las hipótesis del *Manifiesto* era viable. En la célebre Comuna de París ellos tomaron el poder y lo mantuvieron por dos meses, hasta que la burguesía masacró a los comuneros. Era la demostración de que esta tarea (que los obreros tomaran el poder), lejos de ser una ilusión, era realizable. Sin embargo, esta experiencia dejó algunos interrogantes. ¿Los obreros podrían conservar el poder contra la burguesía? ¿Y si conservasen el poder y eliminasen a la burguesía, la sociedad podría desarrollarse sin ella? Más aún, ¿los obreros, desde el poder, podrían desarrollar, de una forma como nunca antes se había visto, las fuerzas productivas?

Los obreros rusos, a partir de 1917 mostraron que esto, lejos de ser una bella utopía, era algo realizable. El *Manifiesto Comunista*, es decir, el socialismo, había triunfado y, como dijo Trotsky en 1936, no lo había hecho “... en las páginas de El Capital sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica sino en la del hierro, del cemento y de la electricidad”.

¹³ MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*. En: *Obras Escogidas de Marx y Engels* en tres volúmenes. Moscú: Editorial Progreso, Volumen I, p. 129.

Y después agregó:

*“Aún en el caso de que la URSS, por culpa de sus dirigentes, sucumbiera a los golpes del exterior –cosa que esperamos firmemente no ver– quedaría, como prenda del porvenir, el hecho indestructible de que **la revolución proletaria fue lo único que permitió a un país atrasado obtener en menos de veinte años resultados sin precedentes en la historia**”¹⁴*

Y esta realidad se repitió en casi todos los países en donde se expropió a la burguesía, a punto tal que, en casi todos ellos, se acabó con varios flagelos del capitalismo: la desocupación, el hambre, la falta de salud pública, la prostitución, la falta de viviendas, a la vez que se dieron avances cualitativos en el terreno de la cultura y de la educación.

Desde el punto de vista de las perspectivas comunistas todo esto es muy poco (en relación con lo que se podría conseguir), pero lo importante a destacar, a la hora de hacer un balance histórico, es que estas pocas conquistas no fueron conseguidas prácticamente por ningún país capitalista. Ni siquiera los más avanzados. Esas conquistas son la comprobación de que el *Manifiesto Comunista* pasó la prueba de los hechos, porque ellas fueron producto de lo que en 1848 el *Manifiesto* propuso como tarea central: **que los obreros tomen el poder y expropien a la burguesía.**

El *Manifiesto Comunista* elaborado por Marx y Engels, y enriquecido por Lenin y Trotsky, fue puesto a prueba en los procesos del Este europeo

Los logros que se consiguieron en donde se expropió al capitalismo son demasiados obvios para negarlos. La propia burguesía se ha visto obligada a reconocerlos. Por ejemplo, un informe del Banco Mundial, del año 1996, decía:

*“La planificación (la economía planificada después de la expropiación de la burguesía) **dio resultados impresionantes: aumento de la producción, industrialización, enseñanza básica, salud, vivienda y empleo para poblaciones enteras**”¹⁵*

Sin embargo, hoy en día la política central del *Manifiesto Comunista*: **que los obreros tomen el poder y expropien a la burguesía**, que dio resultados “impresionantes” para “poblaciones enteras”, está ampliamente cuestionada no solo

¹⁴ TROTSKY, León. *La revolución traicionada*.

¹⁵ Banco Mundial. “Del plan al mercado”, Informe sobre el desarrollo mundial, Washington, 1996, p. 1.

como lo estuvo siempre por la burguesía y sus agentes, sino también por millones de trabajadores y jóvenes que dieron lo mejor de sus vidas para construir un mundo sin explotadores ni explotados, porque esa experiencia, a los ojos de las amplias masas, fracasó con la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros y porque ella tuvo a su frente al estalinismo en sus diversas formas y, todas ellas, en nombre del “socialismo”, restauraron el capitalismo y, para hacerlo, se valieron de métodos que solo pueden ser comparados con los del fascismo. A punto tal que “socialismo” se transformó en sinónimo de dictadura contra los explotados y oprimidos.

Es justamente a partir del “fracaso” de esa experiencia que surgen todos los cuestionamientos, no solo al estalinismo y sus variantes maoísta y/o castrista, sino al marxismo, al leninismo y al trotskismo. Por eso nuestro programa, que –como dije– debe partir necesariamente del *Manifiesto Comunista*, está obligado a analizar, en profundidad, lo ocurrido en los ex Estados obreros.

Para eso, debemos volver a los primeros años de la Revolución Rusa y a los debates que se dieron a partir de 1924, en especial aquel que se refiere a la relación entre la Revolución Rusa y la revolución mundial.

Tanto para Marx como Engels, al igual que para todos sus seguidores, el socialismo y el comunismo solo podían ser concebidos a nivel internacional.

Engels, poco antes de escribir el *Manifiesto Comunista* con Marx, presentó un folleto titulado “Principios del Comunismo”, en el cual le preguntan:

*“¿Es posible esta revolución en un solo país? Y Engels responde: “No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido tan estrechamente a todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo a los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional (...) Ella se desarrollará en cada uno de esos países más rápidamente o más lentamente (...) Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.”*¹⁶

Y, nuevamente Engels, ahora en conjunto con Marx, en el año 1850, escribió:

*“... nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no solo en un país sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales que cese la competencia entre los proletarios de esos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado”*¹⁷

¹⁶ ENGELS, Friedrich. *Principios del Comunismo*. En: *Obras Escogidas de Marx y Engels en tres volúmenes*. Moscú: Editorial Progreso, Volumen I, 1 de febrero de 1983, p. 93.

¹⁷ MARX, Karl; ENGELS, Friederich. “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”. En: *Obras Escogidas de Marx y Engels en tres volúmenes*. Moscú: Editorial Progreso, Volumen I, marzo de 1850, p. 183.

Pero, más aún, esta concepción internacionalista hizo parte incluso de los estatutos de la Primera Internacional:

*“... la emancipación de la clase trabajadora **no es un objetivo local ni nacional**, sino un objetivo social que abarca a todos los países en que existe la sociedad moderna y cuya consecuencia **depende de la cooperación práctica y teórica de los países más avanzados**”.*¹⁸

Evidentemente, ni Marx ni Engels opinaban que la revolución socialista triunfaría en todos los países al mismo tiempo (“*Ella se desarrollará en cada uno de esos países más rápidamente o más lentamente*”), y, más aún, eran plenamente conscientes de que las victorias de esas revoluciones serían, en primer lugar, a nivel nacional:

*“**Por la forma, aunque no por su contenido**, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar, en primer lugar, con su propia burguesía”.*¹⁹

La realidad mostró que, tal como decían nuestros maestros, en el marco de una situación revolucionaria en todo el continente europeo, la revolución se desarrolló en forma desigual y acabó triunfando, en ese momento, solo en un país: Rusia. Esta realidad hizo que lo que hasta ese momento era un problema teórico se plantease en términos prácticos: ¿cuál debería ser la relación entre la triunfante Revolución Rusa y la revolución internacional? Este era un tema decisivo pues, tanto para Marx como para Engels, si bien la revolución socialista podía triunfar en un país, para llegar al socialismo, es decir, para llegar a una sociedad más avanzada que el capitalismo, se hacía necesario que la revolución triunfase, como mínimo, en los países capitalistas más desarrollados de su época: Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos.

La dirección del Partido Bolchevique –en donde se destacaban las figuras de Lenin y Trotsky–, de acuerdo con la concepción de Marx y Engels, vio la importante Revolución Rusa **solo como un paso** en dirección al triunfo de la revolución en los otros países, especialmente los más desarrollados.

Una de las muestras más evidentes de que esta era la concepción del Partido Bolchevique se pudo ver cuando, en los primeros años de la revolución, esa dirección realizó los máximos esfuerzos para construir una herramienta decisiva

¹⁸ MARX, Karl. “Estatutos provisionales de la Asociación Internacional de Trabajadores”. En: *La Internacional*. México: Fondo de Cultura Económica, Londres, 1864, p. 8.

¹⁹ MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*. En: *Obras Escogidas de Marx y Engels en tres volúmenes*. Moscú: Editorial Progreso, Volumen I, p. 121.

para el triunfo de la revolución a nivel mundial: la III Internacional Comunista. Pero, sin embargo, a partir de la muerte de Lenin, esta orientación fue siendo dejada de lado, de tal forma que el internacionalismo de los primeros años fue reemplazado por el nacionalismo, con la “justificación” teórica de que lo que estaba planteado era la construcción del “socialismo en un solo país”; lo que llevó, entre otras cosas, a que los congresos de la III Internacional –que eran anuales– se fueran espaciando en el tiempo, hasta que en 1943 la III Internacional fue disuelta.

En realidad, el “socialismo en un solo país” no era más que una teoría justificadora de un nuevo sector social, la burocracia, que se adueñó de la dirección del partido y que para conservar sus privilegios renunció a la lucha por la revolución internacional para dar paso a una política de “coexistencia pacífica” con el imperialismo y de colaboración con las burguesías nacionales para mantener el capitalismo por medio de los llamados gobiernos de Frente Popular. Las razones que llevaron a Stalin a terminar con la III Internacional son muy ilustrativas de la nueva política de la URSS. La Internacional fue disuelta para satisfacer un pedido del primer ministro inglés, Winston Churchill.

En torno a este tema hubo, en el interior del Partido Bolchevique, una dura batalla teórica y política: del lado de la defensa de la posición tradicional del marxismo se destacaba la figura de León Trotsky, y del lado de la nueva teoría, la del “socialismo en un solo país”, estaba la figura ascendente de Stalin.

Esta batalla terminó con la victoria de Stalin, que vio fortalecer sus posiciones por el cansancio de las masas rusas (dados los sufrimientos durante la Primera Guerra Mundial y con la Guerra Civil) y por la derrota de las revoluciones de Alemania y de China. De esta forma, Stalin utilizó esa relación de fuerzas favorable para perseguir a los opositores que querían llevar hasta el fin la política de Marx, Engels y Lenin. Primero [lo hizo] por medio de calumnias, maniobras, expulsiones y, después, mediante las prisiones, deportaciones, torturas, secuestros, asesinatos, lo que acabó convirtiéndose en un verdadero genocidio de toda una generación de revolucionarios.

Fue por medio de esta política de Stalin, de pretender convivir permanentemente con el imperialismo en lugar de luchar para derrotarlo, que las economías más avanzadas del capitalismo terminaron ahogando económicamente a los ex Estados obreros. Es que tal como lo señaló Trotsky en su momento:

“La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países más avanzados de Europa

respecto a las materias primas asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo”²⁰

Por lo tanto, es falsa la idea de que la restauración del capitalismo mostró el fracaso del marxismo. En realidad, fue todo lo contrario: fue el alejamiento del marxismo –de la dirección de la URSS y de los otros Estados– lo que condujo a la restauración.

Nuestro programa, al hacer el balance de la restauración del capitalismo, no debe limitarse –como normalmente se hace– a denunciar los crímenes de Stalin. Eso no basta. Es necesario retomar el gran debate del año 1924, entre la teoría del socialismo en un solo país de Stalin y la de la Revolución Permanente de Trotsky, porque sin saldar esa discusión las nuevas experiencias revolucionarias estarán condenadas al fracaso, pues la política del “socialismo en un solo país” –hecha o no con los métodos de Stalin–, tal como lo previó Trotsky, lleva, inevitablemente, a la restauración del capitalismo:

“Cuanto más tiempo esté la URSS cercada de capitalismo, tanto más profunda será la degeneración de los tejidos sociales. Un aislamiento indefinido deberá traer, inevitablemente, no el establecimiento de un comunismo nacional, sino la restauración del capitalismo”²¹

Lamentablemente, la gran mayoría de las organizaciones que se reivindican marxistas no han hecho este balance ni han sacado estas conclusiones. En el mejor de los casos, solo han denunciado los crímenes de Stalin. Muestra de eso es que a nivel de estas organizaciones, y especialmente de una buena parte de los denominados “marxistas académicos”, es bastante común que se reivindique, en forma acrítica, a intelectuales como el húngaro Georg Lukács²², que si bien tuvo varios enfrentamientos con el estalinismo, en las cuestiones centrales se colocó incondicionalmente del lado de Stalin, de la teoría y la política del “socialismo en un solo país”, de la “coexistencia pacífica” con el imperialismo, de los frentes populares (fue el primero en defender esta política)²³, a la vez que, en el terreno artístico, se opuso a la orientación marxista de Trotsky (“toda libertad en arte”) para defender la política estalinista del llamado “realismo socialista”.

²⁰ TROTSKY, León. “La Revolución Permanente”. Barcelona: Editorial Fontamara, p. 219.

²¹ ídem, p. 281.

²² LUCKÁCS, Georg (1885-1971). Ministro (Comisario del Pueblo) de Educación y Cultura durante los meses que duró la Comuna Húngara. Llevó adelante una basta obra literaria sobre literatura, estética, filosofía, política...). Durante la revolución húngara de 1956 fue ministro de Cultura del gobierno de Nagy.

²³ En las tesis de Blum (1928) defiende la teoría de los gobiernos de frente popular. Perseguido por el estalinismo durante el Tercer Período, siete años después este adopta su política.

¿QUÉ PRETENDEMOS DE NUESTRO PROGRAMA?

Siempre nos hemos referenciado en el “programa” de la IV Internacional, el Programa de Transición”, tanto sea para defenderlo como para actualizarlo. Sin embargo, para ser rigurosos, la IV Internacional nunca tuvo un verdadero programa. Trotsky, hablando del Programa de Transición, fue muy claro al respecto:

*“Destaco todavía que no se trata del programa de la IV Internacional. El texto no contiene ni la parte teórica, es decir, el análisis de la sociedad capitalista y su fase imperialista, ni el programa de la revolución socialista propiamente dicha. Se trata de un programa de acción para el período intermedio. Me parece que nuestras secciones necesitan este documento. El verdadero programa de la IV Internacional debería ser elaborado por una comisión especial creada por la conferencia”.*¹

No sabemos por qué razón la comisión que Trotsky propuso para elaborar el programa no fue elegida en la Conferencia, y por eso hoy debemos preguntarnos: ¿qué pretendemos de nuestro “programa”? ¿Intentar elaborar el “verdadero programa de la IV Internacional” (que nunca tuvo) o conformarnos con intentar construir un programa con el criterio usado por Trotsky para elaborar el Programa de Transición?

Existen dos posibles peligros, ambos extremos: darnos un objetivo más modesto pero que acabe por no responder a nuestras necesidades o, por el contrario, darnos un objetivo más ambicioso (el verdadero programa de la IV) que no seamos capaces de cumplir. Esos dos peligros extremos nos llevarían a un fracaso en la tarea que nos hemos propuesto. Por eso este es un tema importante a definir.

¹ TROTSKY, León. “Programa de Transición”.

UNA ÚLTIMA OBSERVACIÓN

Lo complicado de la actual situación hace que no sea suficiente presentar para el conjunto de los militantes de la LIT y para vanguardia obrera, popular y juvenil, un proyecto de programa. Sería necesario que, en forma paralela al programa, elaboremos un texto más extenso (o tal vez varios textos), de comentarios sobre el programa –tal como hizo Kautsky con el Programa de Erfurt–, que sería muy útil para que el conjunto de la militancia pueda conocer con más profundidad los diferentes temas que vamos a abordar, y pueda así participar más activamente en la elaboración del programa. De cualquier manera, siguiendo la tradición de la III Internacional, no deberíamos comenzar con la elaboración de nuestro programa redactando un primer borrador de este. Deberíamos comenzar por los quince temas que hemos localizado, elaborando una serie de tesis programáticas sobre cada uno de ellos para, a partir de allí, crear las condiciones para la presentación de un texto programático de conjunto.

Por fin, una aclaración: este texto, así como los anexos, no son un programa ni un borrador de programa, y ni siquiera una estructura del mismo. Él solo tiene la pretensión de señalar, en varios niveles, algunos criterios y objetivos que el programa tendría que cumplir. Es un texto para iniciar la discusión sobre el programa en las filas de la LIT y con la vanguardia obrera, juvenil y popular.

Algunas de las cuestiones que el programa tendría que abordar y actualizar

Martín Hernández

Afirmar que debemos actualizar nuestro programa no significa decir que debemos hacer una radiografía o una resonancia magnética de la economía, de la lucha de clases o de la superestructura para ver en los más mínimos detalles qué es lo que cambió en las últimas décadas y en qué grado eso ocurrió. Tampoco pretendo que estudiemos con una lupa cada uno de los párrafos y palabras del *Manifiesto Comunista*, del Programa de Transición o de la Actualización que sobre este hizo Moreno.

No vamos a elaborar un tratado sino un programa para que se transforme en una guía para la acción para los partidos y los militantes revolucionarios. En ese sentido, deberemos abordar la actualización solo de aquellos temas que la comprensión de la realidad actual (del pos Este europeo) así nos lo exija. Los temas a tratar son muchos, pero entre ellos destaco doce que requieren especialmente de **una actualización a partir de los procesos del Este europeo, la restauración y la revolución.**

1.- Las principales conclusiones de los procesos del Este europeo

Estas conclusiones deberán atravesar necesariamente nuestro programa, ya que los resultados de ese proceso generaron un debate sobre todos los temas que planteo a continuación, e incluso de uno que de alguna forma puedo decir que es previo, que es sobre si el socialismo, además de ser necesario y posible, es también **inevitable**.²⁴

2.- Carácter y estrategia de nuestro programa

Nuestro programa, seguramente, va a ser muy diferente del programa de la mayoría de las organizaciones de izquierda. No porque estemos, en este terreno, aportando algo nuevo al programa marxista sino porque, por el contrario, respondiendo al debate actual, vamos a partir del *Manifiesto Comunista*, lo que significa que nuestro programa deberá tener su mismo carácter y estrategia: un programa de la clase obrera, para la clase obrera y, por esa vía, para toda la humanidad.

²⁴ Este tema está desarrollado, en forma de polémica, en dos textos de esta misma revista.

3.- Método del programa

El abandono –por parte de la mayoría de las organizaciones que se reivindican marxistas (de hecho o de derecho)– de cualquier estrategia en dirección hacia la toma del poder por la clase obrera y la expropiación de la burguesía ha hecho que sus programas, y su práctica, se divida en dos: programa mínimo y democrático, para el día a día, y programa socialista, para los días de fiesta. Nosotros no defendemos dos programas: defendemos un programa de transición para la revolución socialista, y para eso nos inspiramos, fundamentalmente, en el *Manifiesto Comunista*, en el programa de Lenin para la Revolución Rusa (“La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”) y en el Programa de Transición elaborado por Trotsky en 1938. En el marco de este método para construir el programa, que es defendido por todos los que se reivindican trotskistas, es necesario precisar, en especial, cuál es exactamente la relación entre las consignas y el programa.

4.- Las características de lo que hemos denominado “tercera etapa”

Los procesos del Este permiten sacar conclusiones no solo para el futuro sino también para precisar las elaboraciones del pasado que, a su vez, son importantes para el futuro. En esto, cobra especial importancia entender mejor cuál fue el carácter de la etapa abierta a final de la Segunda Guerra Mundial (la tercera etapa) pues, aparentemente, nuestra corriente cometió algunos errores que es necesario precisar y ver sus consecuencias. Entre ellos, la caracterización de que en esa etapa se dieron victorias duraderas.

5.- El imperialismo, la relación entre los Estados, el nuevo orden mundial y las guerras

Desde que Lenin escribió su famoso folleto “El imperialismo, fase superior del capitalismo” todo el marxismo se referenció en ese texto. Sin embargo, hoy en día ese texto que fue un gran aporte al marxismo, es frecuentemente cuestionado incluso por muchos que lo reivindican pero que opinan, por ejemplo, que China es una nueva potencia imperialista mundial.

Si bien se hace necesario profundizar un estudio al respecto, nada indica que existan elementos de la realidad actual que cuestionen lo esencial de este trabajo de Lenin. Al contrario, las características descritas por Lenin sobre el imperialismo, a partir de la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros se han profundizado. Sin embargo, es necesario hacer una actualización, pues

desde 1919 –cuando fue escrito ese texto– hasta la actualidad han habido muchos cambios en el terreno económico, político y militar. Muchos cambios en la relación entre los Estados, en la división mundial del trabajo, incluso en el carácter de las guerras.

6.- El capitalismo y sus crisis

Las principales potencias imperialistas entraron en una aguda crisis, que solo puede ser comparada con la del año 1929. Cuando se restauró el capitalismo, los voceros del imperialismo dijeron que era la demostración de la superioridad del capitalismo y de su futuro. Incluso hasta los más pesimistas vieron que el capitalismo podría salir de la crisis crónica con su entrada en los ex Estados obreros pocos años después, confirmando los análisis del *Manifiesto*.

¿Cuáles son las características de la actual crisis? ¿Qué tiene en común y cuáles son sus diferencias con las anteriores? ¿Cuál es la relación de esta crisis con la lucha de clases? ¿Cuáles son las perspectivas? Nuestro programa tiene que responder a estas preguntas.

7.- El papel de los regímenes democrático-burgueses

Los regímenes democrático-burgueses también precisan ser analizados en profundidad por nuestro programa, pues es necesario actualizar nuestras elaboraciones en varios aspectos. En primer lugar, porque los actuales regímenes democrático-burgueses tienen importantes diferencias con esos mismos regímenes en los tiempos en que la burguesía jugaba un papel relativamente progresivo, y también con los de antes y después de la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, porque en las elaboraciones de Trotsky, de la década del treinta [siglo XX], esos regímenes eran vistos como algo que correspondía al pasado y por eso sucumbirían frente al fascismo o frente a la dictadura del proletariado. En tercer lugar, porque, como mínimo en los últimos treinta años, esos regímenes se han transformado en una importante arma del imperialismo, con los que ha conseguido importantes resultados en varios terrenos: la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros, el desvío de procesos revolucionarios y la destrucción de organizaciones obreras y revolucionarias. En función de eso, ¿cuál debe ser la actuación de los revolucionarios frente a los regímenes democrático-burgueses? ¿Cómo actuar en las elecciones y en el parlamento? ¿Cuál es la relación entre la acción en la lucha de clases y la acción parlamentaria? ¿Cómo preservar las organizaciones revolucionarias de la represión de estos regímenes?

8.- La cuestión nacional

La llamada “cuestión nacional” es un tema que generó amplios debates, desde Marx en adelante. En la actualidad, en el pos Este europeo, la cuestión nacional se ha replanteado con mucha fuerza en gran parte de los países del mundo, y, con ella, los debates en el interior de las organizaciones que se reivindican marxistas se han recrudecido.

En su momento, Lenin, con su conocida formulación sobre el “derecho a la autodeterminación nacional”, superó en gran medida ese debate, al dar una respuesta principista y estratégica.

No creo que nuestro programa deba incorporar cualquier tipo de corrección o ajuste a las elaboraciones de Lenin, pero sí creo que es necesario rescatar esas elaboraciones porque, actualmente, la mayoría de las organizaciones de izquierda encaran la cuestión nacional con una u otra de las posiciones que Lenin enfrentó con su formulación: las que capitulaban a la nación opresora y las que capitulaban a los sectores independentistas de la nación oprimida.

9.- Características y papel del proletariado

El hecho de que en toda la posguerra el proletariado –en la mayoría de las revoluciones– no haya ocupado el centro de la escena hizo que muchos sectores comenzaran a buscar nuevos “sujetos sociales de la revolución”. En la actualidad, dado que la mayoría de las organizaciones de izquierda ha abandonado cualquier proyecto de revolución socialista, muchos de estos sectores han llegado a la conclusión de que el proletariado está destinado a jugar un papel marginal en la ciudad o que, directamente, está en vías de extinción.

Pero nosotros, que seguimos convencidos no solo de que el socialismo es posible sino de que es la única alternativa para impedir que el imperialismo haga retroceder a toda la sociedad en dirección a la barbarie, debemos preguntarnos y debemos responder –en nuestro programa– a partir de un análisis de la realidad: ¿existe alguna otra clase o sector social que pueda ocupar el rol revolucionario que Marx predijo que jugaría el proletariado?

10.- Situaciones revolucionarias, crisis revolucionarias y diferentes tipos de revoluciones

En última instancia, el lugar natural de las organizaciones revolucionarias son las propias revoluciones. Pero, ¿qué es una revolución?; ¿cuándo podemos afirmar que estamos frente a una revolución? ¿Qué es una situación revolucio-

naria? ¿Qué es una crisis revolucionaria? ¿Cuál es el carácter de las revoluciones a que estamos asistiendo? Estas parecen preguntas simples pero, sin embargo, estas cuestiones han provocado y provocan enormes discusiones y polémicas entre los marxistas. Nuestro programa tiene que intentar dar respuesta a todas estas preguntas, pues ellas son básicas para la política revolucionaria. Pero, además de eso, nuestro programa tiene que sacar las lecciones de las grandes revoluciones (victoriosas o derrotadas): de la Comuna de París; de la gran revolución de febrero en Rusia, que fue muy poco estudiada y que no obstante fue ella la que abrió el camino para la Revolución de Octubre; de la derrotada Revolución Alemana; y de las victoriosas revoluciones china y cubana.

Trotsky decía:

*“Sin el estudio de la gran Revolución Francesa, de la revolución de 1848 y de la Comuna de París, jamás hubiésemos llevado a cabo la Revolución de Octubre...”*²⁵

¿Podrán las nuevas generaciones de revolucionarios dirigir una revolución como la de Octubre sin haber estudiado las anteriores? Es imposible. Por eso, estas conclusiones no pueden estar ausentes de nuestro programa.

11.- La construcción de los partidos revolucionarios a nivel nacional e internacional

El estalinismo ensució el nombre del socialismo y, más que eso, hizo que importantes sectores del movimiento de masas e incluso de su vanguardia, después de constatar el burocratismo y las traiciones de los partidos comunistas, comenzasen a igualar a todos los partidos, incluso los revolucionarios, con los PCs. Esta realidad crea nuevas dificultades para la construcción de los partidos nacionales y la Internacional.

En este marco, el programa tiene que responder a algunas preguntas claves: ¿con la derrota del estalinismo, se abrió la “época del trotskismo”? ¿Cuál es el espacio real, en el pos Este europeo, para construir la dirección revolucionaria? ¿Cuáles son los caminos para lograrlo?

12.- Las tareas del proletariado, del partido y de la Internacional después de la toma del poder por la clase obrera

La mayoría de los programas del pasado, antes de la Revolución Rusa, planteaba en términos muy generales las cuestiones referentes a la etapa posterior

²⁵ TROTSKY, León. *Lecciones de Octubre*. Buenos Aires: Editora El Yunque, p. 15.

a la toma del poder por el proletariado, en especial al futuro socialista y comunista de la sociedad. No podía ser de otra forma.

Junto con eso, en términos teóricos, se vio que para llegar al comunismo se debería pasar, necesariamente, por dos fases, las cuales se terminaron definiendo como “socialista” la primera, y “comunista” la segunda. Pero, junto con esto se vio que no se podría llegar al socialismo de la “noche a la mañana” y menos aún si no se daba la toma del poder por la clase, como mínimo en los países más desarrollados: Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos. Eso llevó a que se viese que entre la toma del poder por la clase obrera y el socialismo habría una etapa de transición que, tal como la definió Trotsky, sería una etapa de transición en dirección al socialismo, lo que no excluía la posibilidad de que fuese una transición en sentido contrario: que se volviese al capitalismo.

La experiencia confirmó los pronósticos en dos sentidos: en varios Estados triunfó la revolución socialista pero no se llegó al socialismo. Surgieron Estados en transición al socialismo, que acabaron retornando al capitalismo.

En ese sentido, nuestro programa no puede hablar genéricamente de un futuro socialista y comunista. Debe precisar las condiciones y las tareas para llegar a la toma del poder por parte de la clase obrera y sus aliados, pero no puede parar allí. Las experiencias de los ex Estados obreros en el siglo XX no nos permiten hacer eso. Debe abordar, a partir de esas experiencias, las tareas que son necesarias encarar para evitar que se repita la experiencia de esos Estados dirigidos por el estalinismo.

Los trotskistas (es decir, el marxismo actual) deben tener claridad, y tienen que dar a la vanguardia esa claridad sobre cuál es su proyecto para los futuros Estados de transición en dirección al socialismo, para que sean realmente eso. La nefasta experiencia de la dirección estalinista nos da todas las condiciones, por la negativa, para poder sacar las conclusiones fundamentales y prácticas, por la positiva.

*

Como digo en el título de este texto, solo enunció “algunas de las cuestiones que el programa tendría que abordar y actualizar”; señalo estas porque me parecieron las más importantes, aunque seguramente surgirán otros temas –a partir del debate– con el mismo o incluso con mayor destaque que los ya señalados. Entre ellos, a título de ejemplo, podemos destacar el papel de las tareas democráticas y su relación con las anticapitalistas; la actualidad, o no, de las tácticas tradicionales de actuación en el movimiento de masas (unidad de acción, frente

único obrero, frentes electorales...); el carácter de los actuales sindicatos y la labor de los revolucionarios en ellos; las cuestiones ambientales; la actuación de los revolucionarios entre las mujeres, en especial las trabajadoras; la cuestión militar; las principales características de los gobiernos obreros o con la participación de organizaciones obreras; el gobierno obrero y campesino; el rol de la juventud estudiantil y obrera y la labor revolucionaria entre ellos.

Sobre el tamaño del programa

Martín Hernández

La elaboración de todo programa tiene una dificultad extra que no se puede olvidar, que es la cuestión del tamaño.

Un programa, como el *Manifiesto Comunista* o el Programa de Transición, significa una determinada comprensión del mundo con todo lo que eso implica, y esto puede crear la idea de que un programa internacional tiene que ser enorme. Pero eso no es así. Los programas revolucionarios siempre han sido pequeños.

El *Manifiesto Comunista*, a pesar de que en él está resumida una nueva concepción del mundo, no es más que un folleto de treinta páginas. Mientras que las famosas “Tesis de Abril” de Lenin tenían solo cinco páginas y “La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”, tenía treinta y ocho.

Lo interesante es ver, por ejemplo, que el famoso Programa de Gotha, de la socialdemocracia alemana, que era un programa de unificación y que provocó tantas polémicas, tenía solo tres páginas.

Respecto de esta cuestión del tamaño del programa, es interesante ver la preocupación que sobre este tema tenían nuestros maestros. Engels, aunque en lo esencial reivindicó el Programa de Erfurt, que solo tenía cinco páginas, lo criticó por su extensión:

“... se ha querido hacer un programa y, al mismo tiempo, los comentarios a este mismo programa. Parece que existía el temor de no ser lo suficientemente claro al seleccionar fórmulas breves y concluyentes. Por eso se le agregan comentarios que prolongan la misma exposición. Para mí, el programa debiera ser tan breve y preciso como fuese posible. Importaría poco que en él se encontrasen, por azar, un término extraño o una frase de la cual resulte difícil, a primera vista, extraer todo su contenido. En este caso, las lecturas públicas en las reuniones, la explicación en la prensa serán necesarias”.¹

Como se puede ver, Engels diferenciaba claramente el programa de los comentarios sobre este. Con ese criterio, Kautsky elaboró el Programa de Erfurt y, junto con eso, escribió un trabajo de 268 páginas en donde comentaba el programa de cinco páginas. Con el mismo criterio, Lenin escribió un texto de 27 páginas como complemento de las Tesis de Abril.

¿Con qué criterio trabajar? La nueva realidad mundial que se abrió con los procesos del Este, por ser muy complicada exige análisis, caracterizaciones y políticas muy precisas. Por eso, sería recomendable seguir el consejo de Engels: diferenciar claramente el programa de los comentarios sobre el mismo, lo que no significa que el programa deba tener entre tres y cinco páginas. Tendría que ser un programa

equivalente en su tamaño al *Manifiesto Comunista* o al Programa de Transición, que establezca cómo es la realidad del pos Este europeo, que señale las tareas centrales que se desprenden de esa comprensión, con un breve comentario de cada una de ellas (como lo hace el Programa de Transición). Por otra parte, es necesario precisar que nuestro programa, aun siendo de un tamaño relativamente pequeño,

tendría que tener una cierta extensión, porque después de las experiencias fracasadas –por responsabilidad del estalinismo– nuestro programa no puede culminar en la toma del poder por la clase obrera sino que tiene que ir más allá. Tiene que plantear qué tipo de Estado, régimen y gobierno defendemos los trotskistas para que las nuevas dictaduras del proletariado no terminen en nuevos fracasos.

¹ ENGELS, Friedrich. “Crítica del proyecto del Programa socialdemócrata de Erfurt de 1891”.

Algunas consideraciones sobre el partido y el programa

Paulo Aguena

Palabras iniciales

En la última reunión del CEI, realizada en noviembre de 2014, se discutió sobre la actualización programática, tomando como base el texto “*Sobre nuestro programa*”, presentado por Martín Hernández. Como contribución al debate, en la ocasión escribí: “*Algunas notas sobre el texto ‘Sobre nuestro programa’*”. El artículo que ahora presenta Hernández en este número de la revista *Marxismo Vivo* –una especie de versión final del texto presentado en el CEI– incorporó buena parte de mis preocupaciones.

No obstante, un aspecto de la discusión no me fue posible presentarla por escrito en la reunión, de forma que la expuse solo oralmente como parte de mi intervención.

El objetivo era profundizar y precisar la definición de programa. Me pareció importante hacerlo, antes que todo, porque se trataba del propio objeto en discusión: tener claridad sobre lo que estábamos discutiendo precedía todo el debate que se desarrollaría. No por casualidad, correctamente, el propio texto presentado por Hernández aborda de pasada este tema, en su inicio.

Fue considerando la importancia de este aspecto de la discusión que me propuse escribir un breve texto complementando lo que había presentado. Este

sería posteriormente incorporado a la versión final del texto presentado por Hernández. No obstante, al final, se consideró mejor que lo presentase aparte para que fuese publicado en la revista *Marxismo Vivo*. Es cumpliendo con ese compromiso que presento esta breve nota.

Clases, partidos y programa

Pienso que es necesario comenzar por recuperar la definición sobre la relación entre los partidos y los programas en general. En este sentido, creo que es útil partir de la definición que Bujarin²⁶ y Preobrazhenski²⁷ presentan en el texto “*Nuestro programa*”, escrito en 1919, presentado como introducción al “*Abecé del Comunismo*”.

*“Todo partido se propone conseguir determinados fines, lo mismo un partido de **latifundistas o capitalistas** que un partido de obreros campesinos. Es, pues, necesario que cada partido tenga objetivos precisos, porque, de lo contrario, pierde el carácter de partido”.*

Y explican:

*“Si se trata de un partido que represente los intereses de los latifundistas, se propondrá la defensa de los latifundistas: buscando los medios de mantener la propiedad de la tierra, de someter a los campesinos, de vender el grano a los precios más altos posibles, de elevar la renta y de procurarse obreros agrícolas pagados con jornales ínfimos. Igualmente, un partido de capitalistas, de industriales, tendrá sus objetivos propios: obtener la mano de obra barata, **ahogar toda protesta de los obreros industriales**, buscar nuevos mercados en los que pueda vender las mercancías a precios elevados, obtener grandes ganancias, para lo cual aumentará las horas de trabajo y, sobre todo, tratará de crear una situación que quite a los trabajadores toda posibilidad de aspirar a un orden social nuevo; los obreros deben vivir con el convencimiento de que siempre ha habido patrones y que continuarán existiendo mientras exista el hombre. **Estos son los objetivos de los industriales**. No cabe duda de que, naturalmente, los obreros y los campesinos tienen objetivos bien distintos, **por ser distintos sus intereses**.”*

²⁶ BUJARIN, Nikolai (1888-1938), miembro del partido bolchevique desde 1905. Teórico, economista y dirigente del partido, después de la muerte de Lenin, en 1924, se alió a Stalin contra la Oposición de Izquierda liderada por Trotsky. Fue sucesor de Zinoviev en la presidencia de la Internacional Comunista. Junto con Rikov y Tomski formaron en 1929 la “Oposición de derecha”, que terminó siendo expulsada del partido. Después de capitular a Stalin, fue permitido su regreso al partido. En 1938 fue ejecutado en el marco de los “Procesos de Moscú”.

²⁷ PREOBRAZHENSKI, Eugeni (1886-1937), dirigente bolchevique desde 1903. Ocupó varios puestos de importancia en el partido y en el Estado Soviético. Fue miembro de la Oposición de Izquierda junto con Trotsky desde 1924. En 1928 rompió con ella para ser uno de los impulsores de la industrialización “forzada”, un giro de la política económica de Stalin. Fue preso en 1933 y en 1937 fue fusilado, condenado por los “Procesos de Moscú”.

Así, más adelante, concluye:

“El conjunto de los objetivos que se propone un partido en la defensa de los intereses de la propia clase forma el programa de este partido. Las aspiraciones de una clase están formuladas en el programa. El programa del partido comunista contiene las aspiraciones de los obreros y de los campesinos pobres. El programa es la cosa más importante para todo partido. Siempre se puede saber por el programa de cualquiera los intereses que representa.”

Aclaran, no obstante, que ni todo individuo que compone una clase o un sector de ella forma parte de un partido. Y explican por qué:

“... no todos los propietarios se ocupan asiduamente de sus intereses. Más de uno vive en la holganza y en la francachela sin siquiera tomarse la molestia de revisar las cuentas que le presenta el administrador. Pero también hay muchos obreros y campesinos llenos de despreocupación y apatía... A esta clase de gente le tiene todo sin cuidado y no comprende ni aun sus propios intereses. Pero los que se preocupan de hacerlos valer del modo mejor, se organizan en un partido”.

Y concluyen:

“Al partido no pertenece la totalidad de la clase, sino solo la fracción más enérgica y mejor, que es la que guía a toda la restante. (...) Todo partido comprende la parte más consciente de aquella clase cuyos intereses representa”.

Partido revolucionario y programa

Trotsky, en una de sus discusiones previas a la elaboración del Programa de Transición con dirigentes de la Oposición de Izquierda Internacional, trata no de la relación entre partidos, clases y programa en general, sino específicamente entre el programa y el partido revolucionario. En una de las conversaciones, publicada el 7 de junio de 1938 bajo el título *“Completar el Programa y ponerlo en práctica”*²⁸, él aborda la cuestión de la siguiente manera:

“Trotsky: El programa tiene tanta importancia como el Partido. El Partido es la vanguardia de la clase. El partido se crea a través de una selección de los elementos más conscientes, avanzados y entregados...”

Más adelante, complementa:

²⁸ Tomado de “Discusiones con León Trotsky sobre el Programa de Transición”: Completar el Programa y ponerlo en práctica - 7 de junio de 1938”, <http://www.pstu.com.ar/wp-content/uploads/2014/09/1938-programadetransicion.pdf>, pp. 47-48.

“Ahora bien, ¿qué es el Partido? ¿En qué se basa su cohesión? La cohesión exige una comprensión común de los hechos, de las tareas, y esta comprensión común es el programa del Partido. El programa es al Partido lo que las herramientas son a los trabajadores, tanto a los de hoy como a los de otras épocas históricas. El programa es el instrumental del Partido.”

Programa y conciencia de la necesidad

En ese marco, Trotsky resalta que el programa “no se debe a un solo hombre”, sino, por el contrario, “es la suma del trabajo colectivo realizado hasta ahora”. O sea, el programa tiene una dimensión colectiva e histórica. Él es producto de una acumulación de experiencia colectiva que se extrae en el transcurso de la lucha de clases.

Por su parte, según Trotsky, es “Una suma absolutamente necesaria a fin de ofrecer a los camaradas una idea común de la situación”, una comprensión común. Bajo este aspecto, él lanza una crítica a la visión de los anarquistas e intelectuales pequeñoburgueses que “atacan la exigencia de dotar al Partido concepciones y actitudes comunes y, a cambio, proponen programas moralistas”. Reiterando que el programa es fruto de la experiencia colectiva, él agrega que “Nadie está obligado a aceptarlo, pues todo aquel que se adhiere al Partido lo hace por su propia voluntad.”

Retoma la definición de que para el marxismo la libertad está asociada a la conciencia de la necesidad. “No somos libres. No disponemos de un libre albedrío, en el sentido que nos lo da a entender la filosofía metafísica.”

Explica: “El programa es la articulación asumida de la necesidad que, al ser común a todos los miembros de una clase, puede llevarles a una formulación común de sus tareas. La comprensión de esta necesidad es el programa.”

Programa y disciplina partidaria

Exactamente por ser la conciencia de la necesidad existe una relación entre programa y disciplina partidaria.

Sabemos que la disciplina partidaria es, antes de todo, una imposición de la lucha de clases. Una rígida disciplina es necesaria si queremos enfrentar enemigos poderosos y conscientes de sus intereses. Por lo tanto, la disciplina adviene, en primer lugar, de un factor externo.

No obstante, Trotsky alerta que esta rígida disciplina también debe estar apoyada en la comprensión común, o sea, en el programa. “Si la disciplina se impone

desde fuera se convierte en un yugo, pero si brota de la aceptación es un signo de personalidad.” Así, al contrario de ser un peso, la disciplina pasa a ser la “manifestación de mi libre individualidad”.

Finalmente, concluye que “No hay oposición entre la voluntad individual y el Partido pues la adhesión al Partido es libre. Lo mismo sucede con el programa. Una comprensión correcta tiene que asentarse en una sólida base política y moral.”

Conclusión

Como vemos, el programa es vital para la existencia de un partido en general, y, en particular, para el partido revolucionario. Como consecuencia, la falta de claridad programática, o sea, de una comprensión común de los acontecimientos y de las tareas, tiene enormes consecuencias y afecta la vida partidaria. Entender eso nos da una dimensión más exacta no solo de la importancia sino también de la urgencia que tiene la tarea que estamos porponiéndonos: la de actualizar el Programa de Transición.

SOBRE LA “INEVITABLE” VICTORIA DEL SOCIALISMO

Martín Hernández

Para elaborar nuestro programa debemos partir del *Manifiesto Comunista*, pero de un *Manifiesto Comunista* que fue actualizado por Marx, por Engels, por Trotsky²⁹ y que debe seguir siendo actualizado por las nuevas generaciones de revolucionarios en los dos sentidos que señalé en el texto publicado en esta revista (“*Sobre nuestro programa*”).

Del *Manifiesto Comunista* se podría decir lo mismo que dijo Trotsky hace 77 años:

*“Este folleto, que demuestra una genialidad mayor que cualquier otro en la literatura mundial, nos pasma aún hoy por su frescura. Sus secciones más importantes parecen haber sido escritas ayer”.*³⁰

Pero el *Manifiesto*, con el distanciamiento crítico que el tiempo nos posibilita, como no podía ser de otra forma, y también como decía Trotsky, exige que le sigamos haciendo “*correcciones y adiciones*”.

Al respecto, es necesario ver que la enorme confusión ideológica provocada por la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros y por la nefasta experiencia con el estalinismo ha sido también alimentada por una definición de Marx y Engels expuesta en el *Manifiesto*, que considero equivocada. Me refiero a la tesis sobre la destrucción **inevitable** del capitalismo y la victoria, también **inevitable**, del socialismo.

²⁹ Trotsky escribió en 1937 un texto titulado “Noventa años del *Manifiesto Comunista*” en el cual, a partir de reivindicar el *Manifiesto*, hacía una serie de agregados y críticas.

³⁰ TROTSKY, León. “Noventa años del *Manifiesto Comunista*”. En: *Escritos*. Bogotá: Editora Pluma, Tomo IX, Volumen I, 30 de octubre de 1937.

El *Manifiesto Comunista* señala:

“La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”.

Afirmaciones de este tipo aparecen frecuentemente en las obras de los autores del *Manifiesto*. Como cuando Marx afirma:

*“... el resto de mi vida estará consagrada, lo mismo que mis esfuerzos pasados, al triunfo de las ideas sociales, que conducirán, tarde o temprano, a la victoria del proletariado en el mundo.”*³¹

Estas afirmaciones, lejos de ser simplemente frases sueltas de alguna agitación política, eran toda una concepción, a punto tal que cuando Marx se refiere a lo que considera prácticamente su único gran aporte (la idea de la dictadura del proletariado) señala:

*“... la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado”.*³²

Esta concepción, sobre la inevitable destrucción del capitalismo y la también inevitable victoria del socialismo, impregnó al marxismo por más de cien años.

Rosa Luxemburgo: “Socialismo o barbarie”

La tesis de Marx y Engels sobre la victoria inevitable del socialismo fue cuestionada por Rosa Luxemburgo cuando en 1915 señaló que el socialismo no era inevitable. Que, por el contrario, lo inevitable era la barbarie, si no triunfaba el socialismo. Es decir, para Rosa Luxemburgo, el socialismo era solo una de las dos posibles alternativas históricas.³³

Puede parecer extraño que este cuestionamiento haya sido hecho por Rosa Luxemburgo, porque era justamente ella quien tenía una visión más catastrófica de la economía capitalista. Pero no es casual que haya sido ella, porque fue la que inició la lucha contra el reformismo de la dirección del SPD alemán, que era hasta ese momento la gran referencia para todas las organizaciones de la Segunda Internacional.

³¹ MARX, Karl. “Discurso en un mitin en La Haya”. En: *Obras Escogidas* en tres volúmenes, de Marx y Engels. Moscú: Editorial Progreso, Volumen II, 8 de septiembre de 1872, p. 313.

³² Carta de Marx a Weydemeyer, 5 de marzo de 1852.

³³ Esta formulación fue hecha por Rosa Luxemburgo en un folleto titulado “La crisis de la Socialdemocracia”, que escribió en 1915 cuando estaba en la cárcel y que fue conocido con el nombre de “Junios” (que era el seudónimo que Rosa había adoptado en ese momento).

Fue justamente en la lucha contra el reformismo y en medio de la Primera Guerra Mundial (de la cual los reformistas eran cómplices) que Rosa llegó a la conclusión de que el socialismo no era inevitable. Es que la dirección del partido alemán usaba la tesis de Marx y Engels para justificar su orientación reformista, opuesta al marxismo.

En 1909, en su libro *El camino del poder*, Kautsky, apoyándose en la tesis de Marx y Engels, se refiere a la revolución proletaria como “irresistible” e “inevitable” y de allí saca la conclusión de que, como la victoria del socialismo es inevitable, “*El partido socialista revolucionario no es un partido que hace revoluciones... Por consiguiente, jamás hemos pensado en provocar o preparar una revolución*”. Para Kautsky, como para todos los reformistas, el socialismo vendría, **inevitablemente**, de manera evolutiva, por medio de reformas del estado capitalista.

Es interesante hacer notar que la idea de Marx y Engels era tan fuerte que Rosa inició su lucha contra el revisionismo defendiendo la misma tesis que ellos. Así, en su libro *Reforma o revolución*, polemizando con Bernstein, habla de la “ruina inevitable” de la economía capitalista y de su “caída inminente”.

Lo mismo hace Rosa en su polémica contra Kautsky. Le responde, pero una vez más lo hace defendiendo la misma concepción. Por eso dice que la misión del partido, dado que el socialismo era inevitable, era solo la de “... *abreviar esta evolución... y acelerar su marcha*”.

Recién en su folleto “Junios”, después del inicio de la Primera Guerra Mundial, Rosa rompe con la concepción sobre la victoria inevitable del socialismo. Ella señala:

“Así nos encontramos hoy, tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras.

“Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el futuro de la cultura y la humanidad (...)

“El socialismo no caerá como un maná del cielo. Solo se lo ganará en una larga cadena de poderosas luchas en las que el proletariado, dirigido por la socialdemocracia, aprenderá a manejar el timón de la sociedad para convertirse de víctima impotente de la historia en su guía consciente... Los hombres no hacen arbitrariamente su historia pero son ellos los que la hacen.”³⁴

³⁴ LUXEMBURGO, Rosa. “Junios, La crisis de la socialdemocracia”. En: *Obras Escogidas*. Bogotá: Editora Pluma, Tomo II, p. 65.

Muchas veces se ha planteado que, en realidad, la idea de que habría dos alternativas: socialismo o barbarie, no fue de Rosa Luxemburgo sino de Engels, dándose a entender, de esta manera, que este habría corregido la tesis expuesta en el *Manifiesto Comunista*. Pero eso no es así. Esta confusión se creó porque la propia Rosa, como hemos visto en la citación anterior, identifica a Engels como el autor de esa idea. Sin embargo, Engels nunca dijo algo parecido a “socialismo o barbarie”.

Varios estudiosos del marxismo han procurado esa frase y no la han encontrado en ninguno de los trabajos de Engels. Algunos explican esta atribución errónea de Rosa al hecho de que ella estaba en la cárcel cuando escribió su folleto y, por lo tanto, con poco acceso a la literatura marxista. Otros opinan que Rosa posiblemente citó a Engels para darle más autoridad a su texto.

Por otro lado, están los que opinan que ella se podría haber apoyado en algunas frases de Engels (y Marx) del *Manifiesto Comunista* o del “Anti Dühring”. Pero la realidad es que habría que hacer un esfuerzo bastante grande para sacar la conclusión, por esas frases, de que Engels no defendía más la idea de que el socialismo era inevitable.

Sin embargo, hubo un dirigente marxista, antes de Rosa, que presentó en una oportunidad esa idea. Ese dirigente era el que, con el pasar del tiempo, se habría de convertir en el gran jefe del reformismo: Karl Kautsky, que, en sus “Comentarios sobre el Programa de Erfurt”, señaló:

*“Si de hecho la comunidad socialista fuese algo imposible, entonces la humanidad se vería incapaz de un mayor desarrollo económico. En ese momento **la sociedad moderna se vendría abajo, como hizo el Imperio Romano** hace casi dos mil años, y finalmente recaería en la barbarie (...) Tal como están las cosas hoy en día la civilización capitalista no puede continuar; **debemos avanzar hacia el socialismo o caer de nuevo en la barbarie.**”³⁵*

De esta frase, Kautsky no sacó ninguna conclusión revolucionaria; al contrario de Rosa, que revalorizó la acción del proletariado, del partido y de la lucha contra el reformismo para inclinar la balanza a favor del socialismo. Por eso, de contenido, debemos considerar a Rosa Luxemburgo la autora de este importante aporte.

³⁵ KAUTSKY, Karl. *El Programa de Erfurt*: Una discusión de los fundamentos, Capítulo IV, 1892.

Diferentes posiciones de nuestros maestros

Sobre la tesis de Marx y Engels, aunque había diferentes posiciones entre nuestros maestros, aparentemente, nunca se desarrolló un verdadero debate entre ellos.

Por ejemplo, en 1916 Lenin escribió un texto de comentarios sobre el folleto de Rosa Luxemburgo (Junios), de cual dice que se trata de “... *una estupenda obra marxista*” y, en ese marco, le hace una serie de críticas pero no hace ninguna referencia a lo que era (aunque Rosa no lo dijera) un cuestionamiento a la citada tesis de Marx y Engels. De esto se podría interpretar que Lenin compartía el análisis de Rosa Luxemburgo. Pero no es así. No solo porque Lenin, poco tiempo antes de que Rosa escribiese su folleto publicó una biografía sobre Marx en la cual defendía la posición de este, sino porque hasta el final de su vida habría de defender, una y otra vez, la idea de que el socialismo y el comunismo triunfarían, **inevitablemente**.

En esa biografía afirma:

“Por lo expuesto, se ve cómo Marx llega a la conclusión de que es inevitable la transformación de la sociedad capitalista en socialista apoyándose única y exclusivamente de la ley económica del movimiento de la sociedad moderna. La socialización del trabajo, que avanza con rapidez creciente en miles de formas y que se ha manifestado con especial evidencia durante el medio siglo transcurrido desde la muerte de Marx, en el crecimiento de la gran producción, los cárteles, los sindicatos y los trusts capitalistas así como [en] el gigantesco crecimiento del volumen y el poderío del capital financiero, es la base material más importante del advenimiento inevitable del socialismo”.³⁶

Y, después de ese folleto, plantea ideas como la siguiente:

“La base económica de esta violencia revolucionaria, la garantía de su eficacia y de su éxito, reside en el hecho de que el proletariado representa y crea un tipo más elevado de organización social del trabajo en comparación con el capitalismo. Esto es lo esencial. Esta es la fuente de la fuerza y la garantía de que el triunfo final del comunismo es inevitable”.³⁷

Por su parte, Trotsky, al igual que Lenin, siempre defendió la tesis de Marx y Engels y lo hizo incluso en forma polémica, aunque no citara a sus contrincentes. Pero lo hizo desde otro ángulo y con nuevos argumentos. Así, en 1939, escribió:

³⁶ LENIN, V. I. *Carlos Marx: Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo*. En: *Obras Escogidas* en tres volúmenes, Moscú: Editorial Progreso, Volumen I, noviembre de 1914, p. 21.

³⁷ LENIN, V. I. Del artículo “Una gran iniciativa”. En: *Obras Escogidas* en tres volúmenes. Moscú: Editorial Progreso, Volumen III, 28 de junio de 1919, p. 217.

“Las elucubraciones de **ciertos intelectuales** según los cuales, **en desmedro de la teoría de Marx**, el socialismo no es inevitable sino únicamente posible, están desprovistas de todo contenido. Evidentemente Marx no quiso decir que el socialismo se realizaría sin la intervención de la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo (...) Las fuerzas productivas necesitan de un nuevo organizador y un nuevo amo, y dado que la existencia determina la conciencia Marx no dudaba que **la clase trabajadora, a costa de errores y de derrotas, llegaría a comprender la verdadera situación y, tarde o temprano, sacaría las necesarias conclusiones prácticas**”.³⁸

Después de la muerte de Trotsky, la mayoría de los marxistas continuaron defendiendo sus mismas ideas sobre la inevitable victoria del socialismo. Por ejemplo, el argentino Milcíades Peña³⁹, con el mismo tipo de razonamiento que Trotsky pero con otro enfoque, afirmó en una conferencia pronunciada en el año 1958:

“El fatalismo mecanicista que supone que el **socialismo es inevitable** e ineluctable e independientemente de que el hombre lo quiera o no, otorga sin duda una gran tranquilidad de espíritu, robustece la fe de los creyentes; es casi una religión. Pero **no tiene nada que ver con el marxismo**”.⁴⁰

Evidentemente, Trotsky tenía total razón cuando afirmaba que “Marx no quiso decir que el socialismo se realizaría sin la intervención de la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo”, y también tenía razón Milcíades Peña cuando afirmaba que eso “**no tiene nada que ver con el marxismo**”.⁴¹

Sin embargo, ni Trotsky ni su discípulo Peña daban respuesta al problema central planteado por Marx y criticado por Rosa Luxemburgo.

Marx, como bien decía Trotsky, nunca dijo que el socialismo sería posible sin la intervención de la voluntad del hombre. Pero dijo que, a partir de las leyes de la economía, la acción de los hombres (los trabajadores) llevaría, **inevitablemente**, el mundo al socialismo. Por eso afirmaba que la lucha de clases conduce, “**necesariamente**”, a la dictadura del proletariado. Mientras que Rosa Luxemburgo decía algo muy diferente: que solo llegaríamos al socialismo si los

³⁸ TROTSKY, León. “La inevitabilidad del socialismo”. En: *El marxismo de nuestra época*. 26 de febrero de 1939.

³⁹ PEÑA, Milcíades (1933-1965). De nacionalidad argentina, militó durante varios años en Palabra Obrera, la organización dirigida por Nahuel Moreno. Sus principales trabajos han sido publicados hace pocos años con el título *Historia del Pueblo Argentino*. Buenos Aires: Editora Emecé.

⁴⁰ PEÑA, Milcíades. *Introducción al pensamiento de Marx*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2003, p. 66.

⁴¹ Ídem.

trabajadores **derrotaban al imperialismo**, y que si no lo hacían **el capitalismo llevaría el mundo en dirección a la barbarie**. Es decir, para Rosa no había, como afirmaba Marx, una sola alternativa histórica. Había dos: socialismo o barbarie.

En 1986, es decir, muchos años después de los escritos de Trotsky y también de las conferencias de Peña, Nahuel Moreno se refirió a este tema y lo hizo con una comprensión muy diferente.

Respondiendo a una pregunta sobre esta cuestión, Moreno dijo:

“Sí, es verdad que el capitalismo no ha caído, y es igualmente cierto que venimos anunciando su crisis definitiva desde hace mucho. Creo que esto obedece a una concepción catastrofista... Todos nosotros hemos compartido esa concepción (...)

“El tiempo nos ha demostrado que no existe una ley científica por la cual se llega a la catástrofe final del capitalismo y el comienzo del socialismo. El problema es mucho más complejo, ya que entran en juego los sujetos históricos, que son las clases, con sus sectores, grupos y dirigentes. La crisis definitiva de una sociedad está íntimamente relacionada con las luchas y los acuerdos para las luchas entre todos ellos (...)

“Nuestra expresión, socialismo o barbarie, parece una consigna pero en realidad es un concepto teórico muy profundo. Significa que la crisis del capitalismo no conduce inexorablemente al socialismo sino que puede dar lugar a una nueva sociedad de clases mucho peor que el capitalismo, basada en formas de trabajo semiesclavistas”⁴²

En otras palabras, lo que Moreno estaba diciendo es que la caída del capitalismo y, más aún, la victoria del socialismo, a diferencia de lo que señalaron la mayoría de nuestros maestros, no es algo definido de antemano sino que depende de la lucha de clases y, al afirmar esto, estaba cuestionando a Marx pero estaba siendo profundamente marxista, pues **el materialismo histórico parte de esa comprensión: que la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases**.

En ese sentido, la tesis sobre la inevitabilidad del socialismo, de Marx y Engels, es contradictoria con la propia concepción elaborada por ellos.

Sin embargo, a pesar de las evidencias, este tema sobre la “inevitabilidad del socialismo” es, aún hoy, bastante polémico. No porque la mayoría de los actuales marxistas opinen que el socialismo es inevitable. El debate es otro. Lo que se discute es si esa concepción, que hoy es difícil de sustentar, es de Marx y Engels o si, por el contrario, es de otros marxistas que malinterpretaron a Marx o directamente lo revisaron.

Es verdad que Marx y Engels fueron completamente deturpados por todo tipo de revisionistas. Pero en relación a esta tesis lo que ocurrió fue otra cosa.

⁴² *Conversaciones con Nahuel Moreno*. Buenos Aires: Editora Antídoto, 1986, pp. 1-2.

Los revisionistas como Kautsky, tomaron los pocos puntos débiles que existían en la obra de estos dos genios (como es la tesis de la cual estoy hablando) y los desarrollaron hasta el extremo para contraponerlos con la esencia del propio marxismo.

Decir la verdad, por más cruda que ella sea

Hoy, frente a los procesos del Este, y a riesgo de ser confundidos con una secta religiosa, sería equivocado seguir afirmando, como lo hicieron Lenin y Trotsky en su momento, que la victoria del socialismo está garantizada de antemano. De la misma forma, no se pueden dejar de señalar las causas del error de Marx y Engels y sus consecuencias.

Sobre las causas. En la frase que he citado de Lenin en apoyo a la teoría de Marx, hay una explicación que da una pista sobre el origen del error. Es cuando Lenin dice que Marx sacó la conclusión de que el socialismo era inevitable "... apoyándose **única y exclusivamente de la ley económica del movimiento de la sociedad moderna**". Es decir, para Lenin (aunque este no lo vea como un error) habría en Marx un "determinismo económico" y esa sería la principal causa del error, para mí.

Sobre las consecuencias. Es bueno recordar, no solo la utilización que de este error hizo el reformismo sino también cómo él alimentó los análisis objetivistas que llevaron al "facilismo" que tanto daño le hicieron al marxismo y a nuestra propia corriente internacional.⁴³

Por ejemplo, en 1938 Trotsky –en el Programa de Transición– resumió en una frase todo el drama y el desafío que para la clase obrera y para los revolucionarios planteaba la situación mundial:

"Sin revolución social en el próximo período histórico, toda la civilización humana está amenazada de ser arrastrada para una catástrofe. Todo depende del proletariado y antes que nada de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria".⁴⁴

⁴³ La profunda crisis de la LIT, que en la década de 1990 llevó casi a su destrucción, estuvo atravesada, entre otras cosas, por una serie de análisis "objetivistas" que nos impidieron entender la realidad de los procesos del Este europeo en ese momento.

⁴⁴ TROTSKY, León. Programa de Transición para la Revolución Socialista. Lisboa: Editora Antídoto, 1978, p. 22.

Sin embargo, aparentemente por estar aferrado a la tesis de Marx y Engels, Trotsky consideraba esa posible catástrofe solo como un momento que sería inevitablemente superado. Eso es lo que explicaría que unos pocos meses después de haber escrito el Programa de Transición, frente a la proximidad de la Segunda Guerra Mundial, formulase una posición extremadamente facilista:

*“... el fascismo es solo una tregua. El capitalismo está condenado. Nada lo salvará del colapso. Cuanto más decidida y audaz sea la política del proletariado, menos sacrificio provocará la revolución socialista y más pronto entrará la humanidad en una nueva ruta... Sí, no dudo de que la nueva guerra mundial provocará, inevitablemente, la revolución mundial y el colapso del sistema capitalista”.*⁴⁵

Pero esta concepción de Marx y Engels, sobre la que hoy hay condiciones de decir que estaba equivocada, produjo su efecto particular después de los procesos del Este. Es que con la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros vino la comprobación del error de esta concepción y eso llevó a alimentar el escepticismo, pues se identificó ese error de Marx con el fracaso del marxismo y, así, como dice el refrán alemán, muchos se dispusieron a “tirar el agua sucia junto con el niño”.

Hoy en día, a nivel de los cuadros de nuestra corriente, posiblemente nadie defienda la idea de que el socialismo es inevitable, pero nuestro programa no es para consumo interno, es para ganar para el marxismo a la vanguardia obrera y popular, y no podemos olvidar que millones y millones de activistas en todo el mundo fueron educados por el *Manifiesto Comunista* y crecieron, militaron, y muchos murieron con esa idea. Cuando en la famosa película “La batalla de Argel” el dirigente del Frente de Liberación Nacional (FLN) dice, frente al tribunal que lo condena, algo así como: “*Podrán reprimirnos pero no podrán detener la rueda de la historia*”, no estaba haciendo más que repetir lo que Marx y Engels habían afirmado en el *Manifiesto Comunista*.

Como decía Trotsky, “*debemos decirle a las masas la verdad, por más cruda que sea*”,⁴⁶ y, en este caso, decir la verdad es decir con todas las letras que, en mi opinión, hubo un error en Marx y Engels, que ese error fue asumido por casi todos los marxistas, y que es nuestra obligación corregirlo.

Asumir este error no debilita el programa marxista como no lo hicieron las correcciones de Trotsky en 1937. Lo que debilita el programa marxista es hacer apología de sus inevitables errores.

⁴⁵ TROTSKY, León. “Solo la revolución puede terminar con la guerra”. En: *Escritos*. Bogotá: Editora Pluma, Tomo X, Volumen II, 18 de marzo de 1939, p. 337.

⁴⁶ TROTSKY, León. “Programa de Transición”.

Marx y Engels no elaboraron una Biblia ni los Diez Mandamientos. Elaboraron una concepción del mundo que nos permite entenderlo y sacar las conclusiones prácticas. Y también nos permite corregir los errores e imprecisiones de sus autores. En ese sentido, hago las críticas con el mismo criterio que Trotsky las hizo en 1937:

“El Manifiesto también requiere correcciones y adiciones. Sin embargo, como lo evidencia la misma experiencia histórica, esas adiciones y correcciones pueden ser llevadas a cabo con éxito solamente al proceder de acuerdo con el método fijado en la base del Manifiesto mismo”.⁴⁷

El teórico de la “inevitabilidad” del socialismo es el renegado Kautsky (no Marx)

Francesco Ricci y Ricardo Ayala

Traducción: Laura Sánchez y Matteo Bavassano

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.

(Karl Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, 1852)

Un método justo que nos no exonera de cautela

En su texto “Sobre la ‘inevitable’ victoria del socialismo”, el compañero Hernández afirma justamente que para los marxistas no hay evangelios que defender. Sabemos que nuestros maestros –Marx, Engels, Lenin, Trotsky–, que fueron al mismo tiempo grandes teóricos y grandes dirigentes políticos, han cometido errores, no eran infalibles. Al actualizar y desarrollar el marxismo sobre sus propias bases, criticamos los errores y eliminamos las partes que ya no son actuales, de modo que el marxismo permanece como lo que es: un método para

⁴⁷TROTSKY, León. “Noventa años del *Manifiesto Comunista*”. En: *Escritos*. 30 de octubre de 1937.

interpretar el mundo y entonces transformarlo a través de la revolución socialista.

Nuestros maestros habrían sido los primeros en reírse de cada respeto sagrado sobre sus obras. Es un hecho. Pero este hecho no debe inducir a la crítica apresurada y no fundamentada. El marxismo es un arma formidable, pero justamente por esto debemos ser muy cautelosos cuando criticamos sus aspectos por desarrollarlo, conscientes de la enseñanza de Shakespeare, para quien “mal usada, aún la hoja más dura pierde el filo”.⁴⁸

La tesis de Hernández

Entonces, más cautelosos debemos ser cuando manejamos algunos aspectos esenciales del marxismo, pilares sin los cuales el edificio entero puede colapsar.

Nos parece que la tesis que propone Hernández en su texto, una tesis que sostiene haberla tomada de Nahuel Moreno⁴⁹, es equivocada.

¿Cuál es esta tesis?

Hernández parte de una frase del *Manifiesto* en la cual se dice que la derrota de la burguesía y la victoria del proletariado son “inevitables”. Esta no es una frase más entre tantas sino, según Hernández, “esta concepción sobre la inevitabilidad del socialismo, ha impregnado al marxismo por más de 100 años”.

Cierto –agrega Hernández–, Marx no entendía que el socialismo se realizaría prescindiendo de la intervención humana, pero estaba convencido de que los trabajadores sabrían encaminarse al socialismo “inevitadamente”, “a partir de las leyes de la economía”. Sosteniendo esta tesis (de la inevitabilidad del socialismo) –continúa Hernández–, Marx y Engels entraban en contradicción con la misma concepción por ellos elaborada.

¿Se puede hacer una afirmación así importante y llena de consecuencias basándose en una frase? ¿Se puede ignorar tanto el resto de aquel texto (el *Manifiesto*) como las condiciones particulares en las cuales ha sido escrito y el objetivo al cual debía servir? ¿Y se puede hablar de una “contradicción” en Marx y en Engels sin detectar que si esta contradicción existiese todo el edificio de la concepción materialista-dialéctica de la historia colapsaría?

⁴⁸ SHAKESPEARE, William. *Sonetos*, n. 95.

⁴⁹ Moreno sostendría esta interpretación, según Hernández, en *Conversaciones con Nahuel Moreno*. 1986.

El *Manifiesto*, doble instrumento de batalla

El *Manifiesto* fue escrito por Marx en las primeras semanas de 1848 y entregado a la prensa a finales de febrero. Es el programa de la Liga de los Comunistas y Marx fue encargado de escribirlo porque fue el vencedor de la batalla de fracciones que, con Engels y algunos otros (el Comité de Correspondencia Comunista), había combatido en el pase de la Liga de los Justos a la Liga de los Comunistas, derrotando las posiciones de Weitling. Weitling concebía el socialismo como un fin de justicia social, un ideal a realizar. No por casualidad su libro más famoso se titula *La sociedad como es y como debería ser*.

El *Manifiesto* debía, entonces, servir como instrumento de una doble batalla: en el movimiento obrero, contra los restos de las posiciones utopistas como aquella de Weitling; y contra las clases dominantes, que se preveía estaba por estallar en Europa.

Algunas frases que anunciaban la inevitabilidad de la victoria se explican también por esto: primero, contra los residuos de las posiciones de Weitling era necesario precisar que el socialismo, objetivo de la nueva organización (la Liga de los Comunistas), no es el ideal abstracto de cualquier filósofo sino el producto *necesario* de las contradicciones de la sociedad presente; segundo, incitando a los proletarios a unirse para la inminente batalla, el *Manifiesto* contiene frases que normalmente se usan para envalentonar a un ejército (el proletario, en este caso) a la lucha y a la victoria.

La concepción de la historia expresada en el *Manifiesto*

Hemos explicado cómo, según nosotros, leyendo aquella frase del *Manifiesto* en su contexto histórico, puede comprendérsela. Pero procederemos con la *reductio ad absurdum* (reducción al absurdo [N. de T.]) y asumiendo como válida la interpretación de Hernández.

Admitamos que aquella frase del *Manifiesto* sea la demostración de una determinada concepción de la historia en Marx. ¿Cómo definiremos esta concepción?

Si Marx pensaba que el socialismo era “inevitable”, significa que su concepción de la historia –o sea, la concepción materialista de la historia– es una concepción determinista en sentido absoluto; una teleología –como dirían los antiguos griegos–; una visión finalista, por la cual la historia avanza *inevitable-*

mente hacia un fin empujada desde cualquier mecanismo (que tratándose de Marx –excluyendo la religión– sería, según Hernández, económico).

Pero, ¿es esta la concepción de la historia de Marx? Como primer paso, leamos el *Manifiesto*. El primer capítulo se abre con una frase que resume toda la concepción de Marx: “*Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases*”.

Entonces, si la tesis de Hernández fuese verdadera, si Marx hubiese creído en la “inevitabilidad” del socialismo, ¿cómo podía conciliar esa “certeza” con la afirmación por la cual la suerte de la humanidad está confiada a una lucha que, como toda lucha, tiene un éxito incierto? Se podría responder que Marx creía inevitable el éxito de este choque entre las clases. Pero, continuando la lectura hay, tres líneas después, una segunda y clarísima afirmación: “Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio [en alemán, *Untergang*, es decir, ruina, N. de R.] de ambas clases beligerantes” (destacado nuestro).

¿Qué está diciendo Marx? Que así como en las luchas del pasado, también la lucha entre proletariado y burguesía se puede concluir “o [con una] transformación revolucionaria de todo el régimen social o [con el] exterminio de ambas clases beligerantes”. Las cursivas son nuestras y señalan la conjunción disyuntiva: o esto o aquello, o revolución o ruina general, o socialismo o barbarie, por decirlo con las palabras en general atribuidas a Rosa Luxemburgo y sobre las cuales regresaremos más adelante.

La concepción marxiana de la historia

Marx escribe el *Manifiesto* (utilizando, incluso, los materiales de Engels, razón por la cual se atribuye a ambos) a inicios de 1848. En aquel período, con Engels, ya había formulado una nueva y revolucionaria concepción de la historia. La novedad de esta visión del mundo no está, obviamente, en el materialismo (que se remonta a los tiempos de Demócrito); la novedad está en la combinación del materialismo y la dialéctica, aplicándolos a la historia.

Esta concepción ya es expresada con claridad en el texto que los dos jóvenes escribieron en 1845, *La Sagrada Familia*. En particular, en un capítulo escrito

por Engels, encontramos un fragmento que se contrapone a cada concepción finalista de la historia:

“La historia no hace nada, no posee una inmensa riqueza, no emprende batallas. Es el hombre, el hombre de carne y hueso, quien hace todo esto, que posee y combate; la ‘historia’ no es, por así decirlo, un sujeto separado que se sirve del hombre como instrumento para alcanzar sus propios fines, la historia no es otra cosa que la actividad del hombre que persigue sus objetivos”.

Procedamos a ver los otros libros escritos, previos al *Manifiesto*. En 1846, Marx y Engels escribieron (y dejaron a la “crítica mordaz de los ratones”, hasta que fue redescubierto por los bolcheviques, con Riazanov) *La Ideología alemana*, en la cual la concepción materialista de la historia encuentra su primera sistematización completa. Aquí leemos una explicación que niega cada mecánica causal entre el antes y el después, que usa la dialéctica y concibe la acción recíproca entre las diversas fuerzas (por cuanto el movimiento económico es – en última instancia– lo determinante):

“La historia (...) es un proceso que, sobre el terreno especulativo, viene distorsionado, al punto de hacer de la historia sucesiva el objetivo de la historia precedente, de asignar, por ejemplo, al descubrimiento de América el objetivo de favorecer el estallido de la Revolución Francesa; luego, por esta vía, la historia (...) se convierte en una ‘persona al lado de otras personas’ (...), mientras aquello que viene designado como ‘destino’, ‘meta’, ‘germen’, ‘idea’, de la historia anterior, no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, una abstracción de la influencia activa que la historia anterior ejerce sobre las siguientes”.

De esta crítica emerge la concepción de Marx. En esta no hay ninguna predestinación, ninguna idea de un continuo progreso que desemboque inevitablemente en el socialismo. Y no se trata de ir a buscar citas simples: esta concepción es claramente expresada por Marx en cada obra hasta su texto principal, *El Capital*. Aquí, contra cada idea del progreso lineal (y con una anticipación *ante litteram* de la ecología), en el capítulo décimo tercero del primer libro, Marx señala cómo la lógica de desarrollo del capitalismo acaba con la amenaza de destrucción de los dos factores que crean riqueza: la fuerza laboral (explotada y marginada del proceso) y el medio ambiente. Una vez más remarcamos: ningún mito evolucionista.

¿Marx y Engels influenciados por el darwinismo?

La interpretación de Hernández no es frecuente. De hecho, es raro que alguien asigne una concepción rígidamente determinista al Marx de 1848,

cuando había roto hacía poco con la izquierda hegeliana. Es más frecuente, por el contrario, una lectura que busque negar un enfoque dialéctico en el Marx maduro (lo hace, por ejemplo, Althusser, con su reclamada “ruptura epistemológica” entre el joven Marx y el Marx maduro). Incluso es más frecuente (es casi un lugar común) encontrar estudiosos que absuelvan a Marx del determinismo e inculpen a Engels, especialmente al viejo Engels, que habría estado influenciado por el darwinismo.

Pero, ¿ha habido una influencia decisiva del darwinismo en Marx, joven o viejo, o en Engels?

Mientras, es bueno recordar que, aun cuando esta influencia se hubiese dado, ciertamente no podía ejercerse sobre el Marx de 1848 (el Marx de aquella frase del *Manifiesto* de la cual parte nuestra discusión), dado que, en aquella época, Darwin era, todavía, desconocido... incluso para sí mismo: *El origen de las especies* es de 1859. Cuando el libro fue publicado, Marx y Engels lo leyeron enseguida y expresaron admiración por las teorías de Darwin, pero es interesante notar que –comentando en una carta a Marx– Engels subraya con placer cómo Darwin cierra la puerta a cada visión teleológica del mundo⁵⁰.

En todo caso, en una famosa nota de *El Capital*, refiriéndose a quien quisiera aplicar los descubrimientos de la historia natural hechos por Darwin a la historia social, Marx afirma que no tiene sentido “un materialismo modelado de forma abstracta en las ciencias naturales”. Sin embargo, no hay en Marx ninguna trasposición del evolucionismo darwiniano a la historia.

¿Es verdad, entonces, cuanto afirman algunos (y son muchos) sobre que habría sido el viejo Engels (en *El Anti-Dühring*, y después en los escritos de los últimos años) quien trataba de conjugar un marxismo-darwinismo basado en la aplicación esquemática de la dialéctica hegeliana? Esta acusación, que muchos han endilgado a Engels, es completamente falsa. En el *Anti-Dühring*⁵¹, en el capítulo XIII (“Dialéctica. Negación de la negación”), Engels rechaza la interpretación de quien sostiene que Marx, en *El Capital*, hace de la “tríada” hegeliana un uso demostrativo y una especie de ley histórica que determina mecánicamente el presente por el pasado (la referencia es al capítulo 24, donde dice que la propiedad privada capitalista es la negación de la propiedad individual, y el socialismo es la negación de esta negación). Leamos juntos lo que escribe Engels:

⁵⁰ Ver carta de Engels a Marx, 11 de diciembre de 1859.

⁵¹ ENGELS, Friedrich, *Anti-Dühring*, segunda sección, Economía.

“Marx no piensa, por lo tanto, caracterizando este proceso como negación de la negación, en demostrar, por esta vía, que eso es un proceso históricamente necesario. (...) Una vez más es, por lo tanto, una pura insinuación de Dühring su afirmación de que la negación de la negación deba hacer de partera, *extrayendo el futuro del vientre del pasado* (...)” (cur-sivas nuestras).

Lenin definirá, después, no por casualidad (en *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, de 1894), este capítulo de Engels como “una magnífica lección” de lo que es realmente la concepción materialista de la historia sustraída de cualquier determinismo mecanicista.

Pocas líneas después, siempre en el *Anti-Dühring*, que según una leyenda sería el fundamento del determinismo de la Segunda Internacional, Engels reitera que el sistema capitalista, en su desarrollo, crea simplemente las premisas de un *posible* socialismo, y así lo explica: “La certeza de la victoria del socialismo moderno se basa en ese hecho material [el desarrollo de las fuerzas productivas y la creciente contradicción con el modo de producción que le ha generado, N. de R.] y tangible que se impone con irresistible necesidad y en forma más o menos clara a las cabezas de los proletarios explotados; en eso, y no en las ideas de lo justo y lo injusto”.

Aquí, nuevamente Engels explica en qué consiste la “certeza” del socialismo, polemizando con quien lo reduce a un abstracto ideal y demostrando que, en cambio, Marx ha indicado las bases objetivas, ciertas, estudiables. Es evidente que Engels no usa la palabra “certeza” para señalar que el socialismo es inevitable. Al contrario, en ese mismo párrafo escribe que la burguesía está guiando a la sociedad “hacia la ruina, como una locomotora cuyo maquinista fuera demasiado débil para abrir la bloqueada válvula de escape”. Solo el socialismo puede impedir que la locomotora acabe en la ruina. Nuevamente: el camino no es inevitable, o socialismo o barbarie, diría Rosa Luxemburgo (aunque la expresión, como veremos luego, no es suya).

Engels después de Marx

Como hemos visto hasta aquí, carece de fundamento cada atribución a Marx y a Engels de un finalismo, de un socialismo *inevitable*. Esta acusación no puede ser endilgada ni al Marx ni al Engels del *Manifiesto* ni a los trabajos posteriores ni al tan criticado *Anti-Dühring*. Solo tenemos que echar un vistazo a los últimos textos de Engels –aquellos de Engels después de la muerte de Marx (1883)–,

quien continúa por una docena de años la actividad política y teórica, orientando a los partidos de todo el mundo.

Aparte del trabajo sobre textos de Marx –que permite la publicación del segundo (1885) y del tercer (1894) tomos de *El Capital*–, Engels se dedica a algunos escritos propios (en particular, la *Dialéctica de la naturaleza* y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*), entre los cuales, uno de los más importantes es, ciertamente, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1886). Es en un apéndice a este que Engels publica, por primera vez, un texto de Marx que ha encontrado entre las cartas del amigo, escrito en 1845: las *Tesis sobre Feuerbach*.

Tanto el texto de Engels como las breves *Tesis* de Marx (la más sintética y eficaz exposición de la concepción materialista-dialéctica de la historia) son incompatibles con cualquier visión del socialismo “inevitable”.

En el cuarto capítulo de su *Feuerbach*, Engels compara la historia natural y la historia social, e indica como principal diferencia el hecho de que en la primera (aparte de la acción humana) actúan “agentes inconscientes y ciegos” mientras que en la segunda todo se determina por las acciones de los hombres: “aquí, nada acaece sin una intención consciente, sin un fin deseado”.

Cuando se habla de práctica humana, claramente, el fin no puede ser cierto, inevitable y, en efecto, Engels agrega: “... en la mayoría de los casos, los muchos fines perseguidos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo”.

Las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx van en la misma dirección. Reveámoslas juntos, recordando que Marx las escribe tres años antes de la redacción del *Manifiesto*, para aclararse su propia posición con relación al materialismo a-dialéctico.

En la primera Tesis, Marx remarca la diferencia entre el materialismo precedente y el dialéctico: en el viejo materialismo (pre-marxiano) la realidad no es concebida “como *actividad humana sensible, práctica* (...)”. Para Marx, en cambio, es el hombre, con su actividad social, quien hace la historia. Claro, no elige él mismo las condiciones en las cuales actúa, pero no es el mero producto de las circunstancias que, en efecto (tercera tesis), pueden ser modificadas (“el propio educador necesita ser educado”). Y es la intervención activa, la “práctica revolucionaria” (tercera tesis), la única cosa que puede modificar el mundo, para esto después que por siglos “los filósofos no han hecho más que interpretar

de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (undécima tesis).

Si para Marx el socialismo fuese “inevitable” (como pretende Hernández), no sería necesaria la *praxis* (y no se explicaría, en realidad, ni siquiera toda la batalla de Marx y de Engels para construir una Internacional).

Engels: la historia no es una ecuación de primer grado

Viendo que algunos hacen un uso distorsionado y mecanicista de la concepción materialista de la historia, Engels escribe en los años de 1890 varias cartas que tienen como tema central aquel de aclarar ulteriormente la concepción de la historia de Marx y suya.

En particular son dos las cartas más importantes sobre este tema: la carta del 5 de agosto de 1890, a Schmidt, y la carta del 21 de setiembre del mismo año, a Bloch.

En la primera, Engels, hablando de cómo ha sido malinterpretada su concepción de la historia, retoma una vieja broma de Marx: “si esto es marxismo, todo lo que sé es que no soy marxista”. Algunas personas pretenden –escribe Engels– hacer previsiones históricas ciertas, mientras la única cosa que podemos hacer, estudiando el sistema actual, es “tratar de descubrir la tendencia general en la cual se moverá el sucesivo desarrollo”.

No hay huellas de un socialismo “inevitable”. Y en la carta a Bloch, Engels es aún más claro: “Según la concepción marxista de la historia, el elemento determinante de la historia es *en última instancia* la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda (...) Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (...), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado”.

La historia (que es “historia de lucha de clases”) es determinada, *en última instancia*, por el factor económico, pero en el marco de factores diversos que empujan en direcciones distintas y producen “un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante: el acontecimiento histórico (...)”.

La resultante de un paralelogramo de fuerzas. ¿Qué tiene que ver esto con el socialismo inevitable? Es claro que, rechazando de modo así de claro el determinismo, Engels se coloca sobre un terreno que no admite la “inevitabilidad” del socialismo.

Engels agrega, en la carta a Bloch: si no se ha entendido esto, Marx y yo somos en parte responsables; de frente a los adversarios “Tuvimos que subrayar este principio fundamental [... la estructura económica, el elemento que *determina*, en última instancia, N. de R.] y no siempre tuvimos tiempo (...) de hacer justicia a los demás elementos participantes en la interacción”.

¿De dónde nacieron las teorías del colapso y del socialismo “inevitable”?

El compañero Hernández atribuye a Marx y a Engels no solo la teoría de la “inevitabilidad” del socialismo sino, también, como premisa de esta, rememorando a Moreno, la teoría del “colapso” del capitalismo⁵².

Sin embargo, en una importante carta a Bebel (26 de octubre de 1891), Engels protesta porque el dirigente socialdemócrata, en una intervención pública, le ha atribuido la profecía de un colapso del capitalismo para el fin del decenio. Engels señala no haber hecho nunca semejante profecía, y más bien ha dicho que es posible que se presente una crisis revolucionaria en poco tiempo. Si así no fuese, agrega, el capitalismo puede proseguir su vida por décadas.

⁵² Al relacionar la teoría del colapso o del derrumbe del sistema capitalista –dicho sea de paso sin diferenciar las distintas versiones– con la inevitabilidad del socialismo, nos parece que Moreno (y Hernández) comete una equivocación. El debate sobre el derrumbe del capitalismo surge a partir de la formulación de Bernstein (*Las premisas del socialismo*, 1899), al afirmar que las crisis del sistema capitalista quedaban para la historia, atribuyendo a Marx una visión catastrofista. El debate sobre este tema ha generado tres grandes corrientes: los que plantearon la posibilidad de un desarrollo armónico del sistema: Turgan Baranovsky (*Historia de las crisis comerciales en Inglaterra*, 1901) y los austros marxistas, Rudolf Hilferding, Bauer; una segunda corriente, los catastrofistas, que tiene inicio con la respuesta de Heinrich Cunow (*Contribución a la teoría del derrumbe*, 1899) a Bernstein, y, luego, el texto más conocido sobre el tema, de Rosa Luxemburgo (*La Acumulación del Capital*, 1913) y H. Grossmann (*La ley de acumulación del capital y del derrumbe del sistema capitalista*, 1929); por último, no obstante contrarios a la visión armónica y catastrofista, el marxismo ha producido una amplia literatura: Kautsky (*La teoría de las Crisis*, 1902); Bujarin (*El imperialismo y la acumulación del capital*) y Lenin (*El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1916); Roldosky (*Génesis y estructura del capital*, 1968). Tampoco se puede demostrar que la tesis sobre la *inevitabilidad del socialismo* tiene como premisa la teoría del derrumbe, como deja entender la cita de Moreno utilizada; si así fuera, Hernández no utilizaría la consigna de Rosa (véase: Lucio Coletti, *El Marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*. Siglo XXI, 1978).

Kautsky, cuando era entonces aquel maestro de marxismo sobre cuyos textos se formaba el joven Lenin, en su “anti-Bernstein”, de 1899, niega que en *El Capital* haya una concepción de “colapso” inevitable del capitalismo. No, reitera Kautsky: la única cosa *inevitable* son las contradicciones de la sociedad capitalista, que alimentan el enfrentamiento entre las clases. El éxito de este enfrentamiento no es previsible, por lo tanto, no es seguro. El éxito depende, en definitiva, de la dirección política⁵³. Y, en efecto, es Kautsky quien teoriza primero el concepto de “conciencia socialista llegada del exterior”, de la ordinaria lucha de clase entre burgués y obrero. Lenin reconoce la deuda y en el *¿Qué hacer?* cita como fuente un artículo de Kautsky publicado en 1902, en *Die Neue Zeit*. Es interesante leer la cita completa que Lenin menciona en el segundo capítulo de su libro, porque leyéndolo se ve cómo Kautsky (en aquel período) rechaza no solo la idea de un socialismo inevitable sino también la idea de que las condiciones objetivas generan, inevitablemente, en el proletariado, la conciencia de la necesidad del socialismo. Kautsky escribe: “Muchos de nuestros críticos revisionistas consideran que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las condiciones necesarias para la producción socialista, engendran directamente *la conciencia* de su necesidad. (...) En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario e inmediato de la lucha de clase del proletariado. Eso es falso a todas luces. (...) el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra”.

Si estudiamos a fondo la historia de la Segunda Internacional, descubrimos que el primero en atribuir (injustificadamente) al marxismo una concepción determinista, fatalista, una previsión cierta del “colapso” del capitalismo y del igualmente cierto futuro socialista, es Bernstein.

Engels muere en 1895 y es solo al año siguiente que Bernstein (ejecutor testamentario de Engels y, junto con Kautsky, su principal colaborador) inicia la publicación en la revista de Kautsky, *Die Neue Zeit*, de una serie de artículos (“Problemas del socialismo”) en los cuales comienza a poner en discusión, con audacia creciente, los fundamentos del marxismo. En 1899 publica *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, que constituye un intento extremo de “revisión” que, de hecho, trata de demoler al marxismo.

Es Bernstein el que sostiene que la concepción materialista de la historia, debido a la influencia –a su juicio, desastrosa– de la dialéctica hegeliana en Marx,

⁵³ KAUTSKY, Karl. *Bernstein y El Programa de la socialdemocracia*. 1899.

sería imbuida con el determinismo mecanicista, sería una concepción que presupone un socialismo inevitable, dictado por supuestas “leyes históricas”. Según Bernstein, Engels se habría arrepentido de posiciones similares solo en los últimos años. Basándose en este ataque demoledor a la concepción marxiana de la historia, Bernstein trata entonces de demostrar que algunas previsiones de Marx se habrían [confirmado] falsas (no habría polarizaciones crecientes de las clases, no se puede prever un “colapso”, etc.) y, en definitiva, propone un “retorno a Kant” y el abandono de cada perspectiva revolucionaria.

En respuesta a Bernstein, Kautsky (el Kautsky entonces marxista) restablece cuál es la real concepción de la historia en Marx, y sostiene que no hay en ella ninguna teoría del colapso: no es casual que el corazón de la teoría marxiana es la ley de la caída *tendencial* de la tasa de ganancia, por lo tanto, a diferencia de cuanto han querido interpretar esquemáticamente muchos, cada tendencia implica la posibilidad de una contratendencia, en el marco de la lucha de clases, y el elemento histórico-subjetivo tiene un rol esencial. Es esto lo que explica Marx en el tercer libro de *El Capital*.

Y, prosigue Kautsky:

“Ahora, me pregunto: ¿dónde, en el *Programa de Erfurt* (el programa que ha contribuido a escribir, con Bernstein y con sugerencias de Engels, N. de R.), se habla de colapso económico? (...) El *Programa de Erfurt* no dice nada de la forma en la cual se realizará el socialismo, por la simple razón de que es imposible decir algo”.

Una vez más es rechazada cada teoría sobre la *inevitabilidad* del colapso o del socialismo.

Pero si es Bernstein quien descubre en Marx aquello que en Marx no hay, será su propio opositor, Kautsky, algunos años después, quien encarnará aquella caricatura de marxismo que había imaginado Bernstein y, entonces, cambiará completamente de posiciones y sostendrá que el socialismo es inevitable. Pero continuará refutando la teoría del “colapso”, sostenida por tendencias incluso opuestas en el movimiento obrero: los mencheviques rusos (que la conjugaron con su concepción de las etapas de la revolución rusa); los ultraizquierdistas, como Bordiga (que ubica en esta la confirmación de la propia concepción mecanicista); y Rosa Luxemburgo, con su *La acumulación del capital* (1913). Hay diferencias entre los varios teóricos del “colapso” del capitalismo: Rosa teoriza un colapso por causas económicas (y considera que la lucha activa puede abreviar el parto); otros sectores de la socialdemocracia sostienen un colapso inevitable por causas sociopolíticas. De todas maneras, ninguna de estas posiciones

pertenecen a Marx y Engels. Y, efectivamente, en el desarrollo del marxismo de Lenin y en la Internacional Comunista (antes de Stalin), la teoría del colapso es rechazada.

Leamos, a modo de ejemplo, el “Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista”, pronunciado por Lenin en el II Congreso (1920):

“... Ahora vamos a abordar la cuestión de la Crisis revolucionaria como base de nuestra acción revolucionaria. Y en ello necesitamos, ante todo, señalar dos errores extendidos. De un lado, los economistas burgueses presentan esta crisis como una simple ‘molestia’ (...). De otro lado, los revolucionarios procuran demostrar a veces que la crisis no tiene absolutamente salida. Esto es un error. Situaciones absolutamente sin salida no existen. (...)”.

Pocos años después será el estalinismo el que romperá nuevamente con el marxismo y con la dialéctica marxista. El “diamat” [materialismo dialéctico] de la era Stalin retomaba el fatalismo de la socialdemocracia degenerada, porque no era posible sostener la colaboración de clases basándose en la concepción marxiana de la historia. El socialismo “inevitable” fue heredado por el renegado Stalin, digno heredero del renegado Kautsky. Una vez más, la “teoría” fue sometida a los intereses materiales de la burocracia.

El rol de Kautsky en la degeneración de la Segunda Internacional

Entonces, es Kautsky el padre de la teoría del socialismo inevitable. Pero, cuando se habla de Kautsky, necesitamos estar atentos para evitar la falsa interpretación de un Kautsky “renegado” desde siempre. Esta imagen difusa del estalinismo es rechazada por Trotsky⁵⁴. Hay un joven Kautsky, pre-marxista, fuertemente influenciado por el darwinismo; después, está el Kautsky que se acerca al marxismo sin comprenderlo realmente (véanse las sentencias mordaces de Marx contenidas en una carta a Jenny Marx, de abril de 1881, en la cual lo define “perteneciente a la raza de los filisteos”); después existe el Kautsky que, con Bernstein, estudia en Londres en la escuela de Engels (desde 1885), convirtiéndose así en el principal teórico de la socialdemocracia y, después de la muerte

⁵⁴ Para un juicio comprensivo de Trotsky sobre Kautsky, ver estos dos artículos: “Cartas de Engels a Kautsky”, octubre de 1935, y “Karl Kautsky”, escrito a la muerte de Kautsky, el 8 de noviembre de 1938.

de Engels, el “papa rojo” del movimiento obrero internacional, el defensor del marxismo contra el revisionismo “neokantiano” de Bernstein. Luego, Kautsky inicia una lenta involución que lo llevará en 1914 a convertirse en un “renegado” del marxismo y, en este camino, a encontrar de nuevo a Bernstein, con quien compartirá el rol de subsecretario en el gobierno “de la izquierda”, que mató a Rosa Luxemburgo en 1919.

La célebre frase de Kautsky en *La vía al poder* (1909, un texto que Lenin reivindicaba), sobre el hecho de que “la socialdemocracia es un partido revolucionario, no un partido que hace revoluciones” no pertenece al renegado Kautsky: aquí Kautsky está solo polemizando con concepciones blanquistas y vanguardistas. En este sentido, también en varios textos de Trotsky se pueden encontrar frases similares, en el sentido de que el partido revolucionario guía una revolución pero no la “hace”. Solo en los años siguientes, Kautsky asumirá, de verdad, posiciones centristas y, después, explícitamente reformistas, aunque en 1914, Lenin –releyendo con otros ojos los textos anteriores de Kautsky– observará cierta ambigüedad, pero la precisará no en aquello que ya estaba escrito sino en aquello que faltaba (por ejemplo: Kautsky era “evasivo” sobre la cuestión central del Estado, etc.).

La evolución (o mejor, involución) de Kautsky actúa en paralelo con la degeneración del SPD [Partido Socialdemócrata alemán]. El primer síntoma del burocratismo reformista emergió muchos años antes de que Bernstein introdujera su trabajo de revisión teórica. Ya en 1891, un dirigente importante como Vollmar, aunque aislado en el partido, teorizaba la colaboración con los partidos burgueses “progresistas” y una vía pacífica y gradual al socialismo. Es así que, para polemizar contra estas [concepciones], Bebel (animado por Engels) acusa a Vollmar de teorizar que “el objetivo final no es nada, el movimiento es todo”, frase que después Bernstein retomará, haciéndola el emblema de su propia teoría.

Después de algunos años, también Kautsky realiza un giro radical. Y es solo en este momento que comenzará a defender la teoría del socialismo “inevitable”, como cobertura para la práctica reformista y gradualista de la Segunda Internacional. Es el Kautsky que poco después (en 1914) reniega de modo evidente del marxismo y escribe en 1927 *La concepción materialista de la historia*, que es un intento de fundir el marxismo con el darwinismo. Pero, para hacerlo, debe renegar de toda la obra de Marx y Engels y reemplazar la dialéctica marxiana por el evolucionismo.

El marxismo en tiempos de Lenin y Trotsky

No es una casualidad que cuando Lenin rompe con Kautsky se sumerge en el estudio de la filosofía y, en particular, en el estudio de Hegel. En el centro de los *Cuadernos filosóficos* (y, en particular, de las partes compiladas de 1914-1915), se da el “redescubrimiento” de la dialéctica como fundamento del marxismo, en oposición al evolucionismo de Kautsky, Plejanov y la Segunda Internacional degenerada.

En los *Cuadernos filosóficos* el socialismo no aparece como el producto *inevitable* de la evolución de la sociedad sino como el producto *posible* de la lucha de clases; es, en efecto, la unión del movimiento obrero con la teoría socialista, a través del partido. No es el producto cierto de cualquier “ley” histórica o de la aplicación esquemática de la “tríada” hegeliana. Porque para que se dé el socialismo es necesaria la combinación del factor objetivo con aquel subjetivo en lo vivo de la lucha de clases, cuyo éxito nadie puede prever, porque son históricamente determinados, pero no predeterminados.

En cuanto a Trotsky, entre todos los marxistas de su generación ha sido, desde joven, lo más lejano a cada concepción determinista y mecanicista. No por casualidad (como cuenta en el capítulo “Mi primeras prisiones” de su autobiografía) se había formado en la concepción materialista de la historia estudiando los textos de Antonio Labriola, corresponsal de Engels y fundador del marxismo en Italia. Según la biografía de Broué, Trotsky releía frecuentemente a Labriola, tanto que tenía sus libros hasta en el tren desde el cual dirigía la Armada Roja en la guerra civil.

Labriola, en uno de sus textos más importantes, *En memoria del Manifiesto Comunista*, publicado en 1895 y elogiado por Engels, señala que el socialismo científico del *Manifiesto* es diferente de cada socialismo utópico, porque explica la “necesidad” histórica del socialismo sobre la base de un análisis científico del capitalismo y de sus contradicciones. La historia no es gobernada por leyes féreas, pero en ella hay “tendencias”, y el socialismo es expresión de una “necesidad-posibilidad”. Labriola explica que si fuese un desarrollo inevitable de la historia, si la revolución fuese el producto inevitable de las crisis o del colapso del capitalismo, o de cualquier otro *mecanismo* que estabilizase una relación cierta tras causa y efecto, no habría la necesidad de la intervención activa de las masas y de una dirección revolucionaria: el socialismo nacería por sí mismo o, por el contrario, faltando las *causas* ciertas, sería un *efecto* imposible. Pero la

historia no sería aquella pintada en el *Manifiesto*, esto es, la “historia de la lucha de clases”.

Toda la concepción de Trotsky de la historia está impregnada de esta concepción dialéctica que Labriola (a diferencia de Plejanov) evidencia en Marx. Cuando Trotsky “corrige” la visión mecánica de Plejanov sobre el rol de los individuos en la historia, es decir, cuando (en la *Historia de la revolución rusa*) restablece la dialéctica de los factores que ha “producido” Lenin como dirigente del bolchevismo, cuando (en su *Diario* de los años treinta) explica el propio rol “indispensable” en la construcción de la Cuarta Internacional en aquel período, Trotsky aplica la auténtica concepción materialista de Marx, una concepción profundamente dialéctica, no determinista.

En efecto, en un texto de 1939⁵⁵, Trotsky explica que por “inevitabilidad” del socialismo, en Marx debe entenderse “una necesidad histórica” de la revolución y no el producto de cualquier mecanismo que prescindiera de la voluntad y de la acción del hombre y, en efecto, concluye: “Solamente una revolución socialista puede abrir el camino hacia el socialismo” (cursiva nuestra [N. de R.]).

Por otra parte, toda la teoría de la revolución permanente, basándose sobre la concepción del “desarrollo desigual y combinado”, es la negación de cada determinismo duro, excluyendo que la revolución sea el producto inevitable del nivel alcanzado por las fuerzas productivas y poniendo en su lugar al socialismo (en la época imperialista) como el producto de la relación de fuerza entre las clases a nivel internacional y del rol activo de la dirección revolucionaria, o sea, del partido.

El verdadero origen de “socialismo o barbarie”

En el *Junius-brochure* [folleto Junios] que escribe en la cárcel Rosa Luxemburgo, en 1915, usa la célebre frase: “o socialismo o barbarie”.

¿Qué intenta decir? Rosa está convencida de que el colapso del capitalismo es inevitable, pero no por ello cree que también el socialismo sea inevitable. Cuando el capitalismo haya colapsado (y el movimiento obrero puede apresurar este colapso), según Rosa, se abrirán dos vías: o la sociedad se hundirá ulteriormente en la barbarie, o avanzará hacia el socialismo.

Ya hemos visto como esta teoría del “colapso” inevitable no pertenece a Marx y como incluso Lenin la rechaza. Pero aquí interesa otro tema: la frase y el concepto de la alternativa “socialismo o barbarie”, ¿a quién pertenece?

⁵⁵ TROTSKY, León. *El marxismo hoy*. 1939.

Rosa sostiene que la expresión es de Engels. Pero en la cárcel escribe sin disponer de sus libros, cita de memoria, sin indicar la fuente precisa.

Como recuerda Hernández, desde entonces muchos han buscado encontrar en Engels esta frase sobre “socialismo o barbarie” pero no la han encontrado. Como hemos visto, a nuestro juicio la alternativa “socialismo o barbarie” está, en realidad, contenida ya en aquella frase inicial del *Manifiesto* sobre el posible “exterminio [*Untergang*, N. de R.] de ambas clases beligerantes” y, en el *Anti-Dühring*, Engels escribe que o se logrará realizar el socialismo “o veremos perecer a toda la sociedad”.

Un profundo conocedor de los textos de Marx y Engels como Michael Löwy⁵⁶ ha sostenido que la referencia de Rosa es propia de este pasaje del *Anti-Dühring*; sin embargo, ha adicionado que Rosa pone en primer lugar el problema en términos políticos, mientras Engels lo hacía en términos económicos.

Martín Hernández, para confirmar su tesis de que en Marx (desde el *Manifiesto*) estaría presente el concepto de “inevitabilidad” del socialismo, escribe que, por el contrario, la posibilidad de que el socialismo no se realice y que se abra el camino de la barbarie no está presente ni en Marx ni en Engels, sería una novedad introducida por Rosa Luxemburgo.

El histórico Ian Angus, en un reciente artículo⁵⁷ ha anunciado, triunfalmente, haber encontrado, finalmente, la fuente original de la frase de Rosa Luxemburgo en Karl Kautsky. En efecto, ha encontrado en un texto de Kautsky esta frase: “Tal como están las cosas hoy en día la civilización capitalista no puede continuar; debemos avanzar hacia el socialismo o caer de nuevo en la barbarie”.

No hay dudas: Rosa citaba literalmente una expresión de Kautsky, contenida en su *Comentario al Programa de Erfurt*.

Pero se necesita hacer notar a Angus –que presenta la cuestión como su gran descubrimiento– que, en realidad, para ubicar en Kautsky la fuente de Rosa era suficiente haber leído si no el *Comentario* (que es un texto de cuatrocientas páginas) al menos un conocido ensayo de Massimo Salvadori, uno de los principales historiadores de la Segunda Internacional (sus ensayos están contenidos, incluso, en la *Historia del marxismo*, dirigida por [Eric] Hobsbawm).

⁵⁶ LÖWY, Michael. *Dialéctica y revolución*. 1978. Citamos aquí la versión en español, del capítulo 6: “La significación metodológica de ‘socialismo o barbarie’”.

⁵⁷ ANGUS, Ian. “El origen del eslogan ‘Socialismo o barbarie’ de Rosa Luxemburgo”. En la web www.rebellion.org/noticias/2014/11/192303.pdf, se encuentra la traducción en español.

Ya en 1977⁵⁸ –por lo tanto mucho antes que Angus– Salvadori señala, precisamente en el *Comentario* de Kautsky, la fuente de la expresión de Rosa Luxemburgo.

Hernández sabe (y lo señala en su artículo) que la frase es de Kautsky pero, agrega, Kautsky no sacó ninguna consecuencia revolucionaria. Pensamos que se equivoca: el Kautsky de 1892 (el año del *Comentario al Programa de Erfurt*) era, entonces, un Kautsky marxista, que escribe en estrecha colaboración con Engels, quien lee los bocetos de estos textos y le envía sugerencias por carta a Kautsky y a Bernstein. En este sentido, Rosa –atribuyendo la frase a Engels– ¡no se equivocó mucho! Y una vez más tenemos que constatar que en el marxismo de Marx y Engels, y en los textos de sus más estrechos colaboradores, no existe ninguna teoría de un socialismo “inevitable”.

Pero hay una cosa aún más interesante en el *Comentario*: aquí, el mismo Kautsky usa la expresión “inevitable” (en el capítulo titulado “El Estado del futuro”) con referencia al socialismo (es decir que usa esta expresión en el mismo texto en que usa la frase “socialismo o barbarie”), pero no es una contradicción porque enseguida explica que esta “inevitabilidad” se refiere a las bases objetivas del socialismo científico, que se distingue del socialismo utópico porque funda la propia *posible* perspectiva sobre bases ciertas (en este sentido “inevitables”) de las “tendencias sociales en nuestra época”. En otras palabras: el socialismo no como utopía de algún soñador sino como producto del desarrollo de las fuerzas productivas a nivel internacional y de la creciente contradicción con las relaciones capitalistas de producción. Pero, el éxito de esta “tendencia” no es inevitablemente positivo y depende de la praxis; en efecto, “deja a ella (la masa) solo escoger entre el embrutecimiento inerte o el derrocamiento activo”.⁵⁹ Aquí está revelado el origen del concepto y de la expresión “socialismo o barbarie” y, al mismo tiempo, el sentido con el cual Kautsky (con las sugerencias de Engels, en total continuidad con el Marx del *Manifiesto*) usa el término “inevitable” en relación con la perspectiva del socialismo.

///

⁵⁸ SALVADORI, Massimo. “Riforme e rivoluzione nella dottrina e nell’azione della socialdemocrazia tedesca prima del 1914” [Reformas y revolución en la doctrina y en la acción de la socialdemocracia alemana antes de 1914], 1977; republicado en *Después de Marx*. Einaudi, 1981.

⁵⁹ Citado de la pág. 104 de la edición italiana de *El programa de Erfurt*, comentario de 1892 al programa del SPD; Ed. Riuniti, 1971.

Nuestro marxismo es aquel de Marx

Resumiendo: el marxismo reducido a la previsión cierta del éxito es una caricatura ideada por Bernstein para mejor polemizar con el marxismo después de haber removido la dialéctica; es una posición rechazada por el Kautsky marxista (creador de la expresión “o socialismo o barbarie”), pero es luego asumida por el renegado Kautsky, como cobertura teórica del gradualismo de la Segunda Internacional. En aquel punto –y solamente en aquel punto– Kautsky reemplaza la concepción marxiana con un rígido determinismo. Para justificar su revisión del marxismo, tanto Bernstein como Kautsky deben, sin embargo, anular del marxismo la dialéctica y así lo hacen, elaborando una teoría que no tiene nada que ver con el marxismo.

Hoy, la caricatura del marxismo, reducido a un determinismo mecánico, es típica del “posmodernismo”, para contraponer a las presuntas “certezas” del marxismo la teoría sobre la “imposibilidad de conocer la totalidad”, el “pensamiento débil”. De este modo, reduciendo el marxismo a una profecía, y denunciando el hecho de que esta profecía no se hizo realidad, pueden concluir que el marxismo no sirve para nada.

Pero Marx y Engels no tienen nada que ver con esta caricatura. Toda su obra –no solo literaria sino, ¡incluso política!– pone en el centro la ligazón con la praxis: el hombre no como objeto de la historia sino como sujeto activo, que modifica el ambiente del cual es “determinado”.

En la historia, por como la concibieron Marx y Engels, no hay fatalismo, no hay nada predestinado, pero por lo opuesto no hay tampoco nada arbitrario y casual. Si se puede hablar de “determinismo” con referencia al marxismo, es solo y únicamente en este sentido: que la historia no es el conjunto de hechos caóticos e incomprensibles que pretenden los “posmodernistas”, que las estructuras determinan –en última instancia– las superestructuras, que la lucha de clases (comprendiendo su manifestación aguda, esto es, las revoluciones) en la sociedad dividida en clases es *inevitable*, que el capitalismo no puede evitar las propias crisis y que cada crisis tiende a ser más grave que la precedente, que el capitalismo continúa creando, *inevitablemente*, los propios sepultureros, la propia negación. Nada más que esto. A menos que se reduzca la dialéctica de Marx a las “tríadas” hegelianas (error contra el cual ha puesto en guardia primero Engels, después Lenin y Trotsky), o se confunda a Marx con el viejo materialismo, con el barón D’Holbach y con su idea de un hombre prisionero de aquella que llamaba “la gravitación sobre sí mismo”.

En una importante carta de 1877 a Mijailovski, director de una revista rusa, Marx polemiza con quienes transforman su concreto análisis del capitalismo “en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera sean las circunstancias históricas en que se encuentre...”. No, precisa Marx: causas análogas dan efectos muy diversos, en tanto los efectos no son determinados por ninguna finalidad *inevitable* de la historia, pero son, sin embargo, productos del desarrollo concreto de la lucha entre las clases.

La concepción materialista-dialéctica de la historia rompe con cada concepción teleológica, así como con los elementos de esta que permanecen en la filosofía de Hegel (la “razón de la historia”). Marx concibe una *historia científica* (la investigación materialista de los hechos), pero no una *ciencia histórica* capaz de hacer previsiones *ciertas*, como *cierto* es en la ciencia química que dos átomos de hidrógeno ligados a un átomo de oxígeno, bajo determinadas condiciones de temperatura y presión, dan un líquido que llamamos agua. Ninguna “ley” dirige la historia y, en el propio campo económico, por otra parte, como precisa Marx en *El Capital*, se puede hablar de “leyes” solo para simplificar, pero se entiende “tendencia”⁶⁰.

Si son los hombres los que hacen la historia (aun en circunstancias que no han determinado, etc.), *eso significa que el éxito de la lucha de clase que ellos combaten no puede estar asegurado, pues el socialismo para Marx no es inevitable.*

Cuando el compañero Hernández atribuye a Marx la concepción de la “inevitabilidad” del socialismo, lo hace, obviamente, con motivaciones opuestas a aquellas de los “posmodernistas”: no para abandonar el marxismo sino, por el contrario, para superar lo que ve como un límite en Marx.

Tanto nosotros como el compañero Hernández estamos totalmente de acuerdo sobre el hecho de que el marxismo de hoy no puede tener nada que hacer con el determinismo vulgar, entonces, con previsiones de un socialismo “inevitable”.

Pero, la diferencia entre nosotros y el compañero Hernández es que nosotros no pensamos que sea necesario corregir este error en Marx, porque no es en Marx que este se encuentra sino en el renegado Kautsky. En Marx será necesario corregir otros errores, ciertamente; pero no este.

En el texto de Hernández se concluye:

⁶⁰ MARX, Karl. *El Capital*, Tercer Libro, Capítulo 10.

“Pero esta concepción de Marx y Engels, que hoy tenemos condiciones de decir que estaba equivocada, produjo su efecto particular después de los procesos del Este. Es que con la restauración del capitalismo en los ex Estados obreros, vino la comprobación del error de esta concepción y eso llevó a alimentar el escepticismo, pues se identificó ese error de Marx con el fracaso del marxismo y, así, como dice el refrán alemán, muchos se dispusieron a ‘tirar el agua sucia junto con el niño’” (subrayado nuestro).

En nuestra opinión, la cuestión se pone en términos cabeza abajo. La restauración del capitalismo en la ex URSS y en China no contradice la concepción expuesta por Marx en el *Manifiesto* de 1848, dado que esta concepción no implica ningún *inevitable* avance victorioso de la historia hacia el socialismo sino, solamente, indica en las contradicciones del capitalismo las bases objetivas que hacen posibles las revoluciones que *puedan* avanzar hacia el socialismo. Los desarrollos del siglo XX han confirmado, también (desafortunadamente con una lección “por la negativa”), otro aspecto de la tesis del *Manifiesto*: el socialismo no puede ser otro que una sociedad superior al capitalismo, una sociedad que puede ser, por tanto, construida solo sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, realizable únicamente a escala internacional: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Las premisas objetivas del socialismo continúan, *inevitablemente*, reproduciéndose. Es responsabilidad de los revolucionarios construir las condiciones subjetivas necesarias, eliminando en las luchas todos los obstáculos que puedan impedir la victoria. Y, al hacer esto, podemos reivindicar a pleno la concepción materialista-dialéctica de Marx y Engels. Para ellos como para nosotros el socialismo no es inevitable, pero es una posibilidad *concreta*. Más aún: como ha escrito Kautsky, cuando era todavía marxista y tenía como maestro a Engels, la alternativa continúa siendo “o socialismo o barbarie”. Y será solo nuestra capacidad de construir la dirección obrera internacional, armada del programa de la revolución permanente, a dirigir la historia en un sentido o en el otro.

*

Lecturas para profundizar

Para profundizar los argumentos de este artículo remitimos, en primer lugar, a la lectura de los textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky que citamos (haciendo referencia a las ediciones utilizadas). En particular es fundamental la lectura del *Manifiesto del Partido Comunista* (ed. italiana: Einaudi, 1998); de *El Capital* (ed. italiana: Editori Riuniti, 1987); del *Anti-Dühring* de Engels (ed. italiana: Editori Riuniti, 1985); y, siempre de Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, 1888 (ed. italiana: Editori Riuniti, 1969); de Lenin, *¿Quiénes son los amigos del pueblo* (ed. italiana: Lotta Comunista, 2006) y *Cuadernos filosóficos* (ed. italiana: Editori Riuniti, 1976); de Trotsky es útil leer especialmente los *Escritos filosóficos* (CEIP, 2004) y *El marxismo hoy* (publicado en *Trotskismo Oggi*, N° 5 y 6 de 2014).

Sobre el contexto en el cual fue escrito el *Manifiesto*, remitimos a la lectura de autores varios, *Il Manifesto e i suoi interpreti [El Manifiesto y sus intérpretes]*, a cargo de G.M. Bravo (Editori Riuniti, 1973); Gian Mario Bravo, *Da Weitling a Marx: la Lega dei Comunisti [De Weitling a Marx: la Liga de los Comunistas]* (La Pietra, 1977); *Documents constitutifs de la Ligue des communistes* (en francés, Aubier Montaigne, 1972); E.F. Dias, *Revolução e historia. Das teses ao Manifesto* (Sundermann, 2011). Una síntesis, en F. Ricci, “La Lega dei Comunisti e il *Manifiesto*” (en *Trotskismo Oggi*, N° 6, 2014).

Un análisis profundo de las fundamentales *Tesis sobre Feuerbach*, en Pierre Macherey, *Marx 1845. Les “thèses” sur Feuerbach* (en francés, Ed. Amsterdam, 2008).

Los textos de Antonio Labriola que hemos citado se encuentran en *Saggi sul materialismo storico [Ensayos sobre el materialismo histórico]* (Editori Riuniti, 1977) y en *Scritti filosofici e politici [Escritos filosóficos y políticos]* (Einaudi, 1973).

Una buena parte del óptimo libro de Sebastiano Timpanaro, *Sul materialismo [Sobre el materialismo]* (Unicopli, 2007) es dedicada a contrastar las lecturas deterministas de Marx.

Sobre Engels, y en particular las leyendas sobre su presunto giro determinista de los últimos años, es útil leer: W.O. Henderson, *The life of Friedrich Engels [La vida de Federico Engels]* (Routledge, 1976).

Para profundizar el estudio de la Segunda Internacional, de la evolución de Kautsky hacia las posiciones gradualistas y de la polémica con Bernstein, son

útiles los textos que citamos aquí a continuación: M. Waldenberg, *Il papa rosso. Karl Kautsky* [El papa rojo. Karl Kautsky] (1972, ed. italiana: Editori Riuniti, 1980). Esta es, seguramente, la más completa monografía sobre Kautsky; en tanto, el mejor texto sobre Bernstein es, probablemente, de P. Angel, *Edouard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand* [Edouard Bernstein y la evolución del socialismo alemán] (en francés, Didier, 1961). Más en general, sobre la Segunda Internacional, aconsejamos el segundo volumen de la *Historia del marxismo*, al cuidado de Hobsbawm (traducido en varias lenguas, la edición italiana utilizada es Einaudi, 1979); los libros del principal especialista en la materia, G. Haupt y, en particular, *La Seconda Internazionale* [La Segunda Internacional] (La Nuova Italia, 1973); W. Abendroth, *La socialdemocrazia in Germania* [La socialdemocracia en Alemania] (Editori Riuniti, 1980); H.J. Steinberg, *Il socialismo tedesco da Bebel a Kautsky* [El socialismo alemán de Bebel a Kautsky] (Editori Riuniti, 1979); Bo Gustafsson, *Marxismo y revisionismo* (ed. en español: Grijalbo, 1975).

Los ensayos de Massimo Salvadori (autor que citamos en el artículo con referencia al “descubrimiento” sobre la paternidad del concepto “socialismo o barbarie”); además, *Historia del marxismo*, dirigida por Hobsbawm; también, *Dopo Marx* [Después de Marx] (Einaudi, 1981) y en *Kautsky e la rivoluzione socialista* [Kautsky y la revolución socialista] (Feltrinelli, 1978).

Además sugerimos la lectura del libro de Valério Arcary, *O encontro da revolução com a História* (Xama Editora-Sundermann, 2006) que rechaza la interpretación según la cual en Marx existiría el concepto de “inevitabilidad” del socialismo (pág. 24, Arcary escribe: “Marx y Engels, sin embargo, siempre fueron hostiles a esquemas fatalistas. (...) El socialismo era un proyecto, pero no se eludía que su realización pudiese ser anticipada, o que fuese inevitable” (traducción nuestra al español)).

Por último, es importante leer un óptimo libro del historiador francés Michel Vadée, cuyo título ya expresa la tesis del autor, argumentada en casi 600 páginas: *Marx, penseur du possible* [Marx, pensador de lo posible] (Méridiens Klincksieck, 1992).

Dossier

sobre la Escuela de Longjumeau

La formación marxista en la recomposición del bolchevismo

Alicia Sagra

No es muy conocido el hecho de que en 1911, en momentos de la recuperación de la clase obrera rusa, cuando la fracción bolchevique había llegado a su mínima expresión, Lenin apostó a la formación teórica de los cuadros obreros rusos, como palanca de la reconstrucción del partido revolucionario. Así surgió la escuela de Longjumeau, que jugó un importante rol en la recomposición del bolchevismo.

1911, un año de inflexión

Transcurría 1911 y se anunciaban grandes acontecimientos mundiales. Las luchas de los trabajadores franceses de 1910 habían sido derrotadas. El movimiento obrero europeo retrocedía bajo el peso de la creciente represión y de la economía belicista que preanunciaba la inminencia de la Primera Guerra Mundial.

Contradictoriamente, en ese mismo año la clase obrera rusa comienza a recuperarse. Después de la derrota de la revolución de 1905, lo que le siguió fue la represión, el desarme de las milicias obreras, el arresto de los dirigentes, la deportación para los obreros revolucionarios. La clase obrera se replegaba. Su vanguardia también. Para los dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) era la emigración una vez más. Y, lejos del país, los debates, las polémicas para sacar las lecciones de lo vivido y prepararse para el porvenir.

Pero a finales de 1910 las huelgas estallan en San Petersburgo, Moscú, Varsovia. Todo parece indicar que se comienza a salir del profundo retroceso producido por la derrota de la revolución de 1905.

Lenin, exilado en París, ve con indignación cómo los socialistas que no apoyaron las luchas obreras de 1910, ahora capitulan al discurso patriotero. La situación en Rusia no es menos angustiante. Se suceden las huelgas obreras pero no existe el partido revolucionario que pueda ponerse al frente del incipiente ascenso.

El POS DR, reunificado desde 1906, vive en una crisis permanente, con fuertes enfrentamientos fraccionales que lo han llevado a la parálisis. No es muy diferente la realidad de la fracción bolchevique, atravesada por profundas luchas intestinas que involucran problemas políticos, programáticos e ideológicos.

En ese contexto, Lenin tiene una obsesión que nordea todas sus actividades: reconstruir el partido revolucionario que pueda ponerse a la cabeza de la próxima revolución rusa, que considera inevitable.

Lucha política e ideológica en la fracción bolchevique

La derrota de la revolución de 1905, y la desmoralización que provoca, abre espacio para todo tipo de políticas oportunistas y sectarias y crea un gran caldo de cultivo para viejas concepciones idealistas que aparecen como cosas nuevas, tal es el caso del *empiriocriticismo* de Richard Avenarius y Ernst Mach.

La fracción bolchevique no es inmune a ese tipo de presiones. Alrededor de 1908 aparecen en su interior diferentes corrientes, algunas de ellas verdaderas fracciones. Están los que se unen a dirigentes mencheviques para rechazar todo tipo de actividad clandestina, a los que Lenin denomina *Liquidadores* y con los que corta todo tipo de relación. Como respuesta unilateral a ese sector aparecen los que, por el contrario, exigen el retiro de los parlamentarios de la Duma y que se abandone toda actividad legal. Son los *Otzovistas* encabezados por Bog-

danov, surgidos en la polémica por el boicot a la III Duma¹. Un sector de los mismos, encabezados por Lunatcharski (conocidos como *los Deístas* o *los Creadores de Dios*), llaman además a una síntesis entre el marxismo y la religión. Ligados a ellos, los *Ultimatistas*, influenciados por Gorki, son una especie de otzovistas vergonzantes que exigen que la fracción parlamentaria realice golpes ultimatomistas para imprimir a sus intervenciones un curso más revolucionario. Están también los *komitetchiqui* (*comiteros*), que se niegan a toda democracia interna y al planteo de Lenin que defiende mayoría obrera en los comités del partido. Y algunas importantes figuras bolcheviques –el más representativo es Kamenev– se ligan a los *Conciliadores*, que agrupan a figuras mencheviques como Riazanov y a dirigentes independientes (ni bolcheviques ni mencheviques), como Trotsky, que defendían mantener un partido unificado, abierto a todas las corrientes socialistas, que agrupase desde los liquidadores hasta los bolcheviques.

Lenin, espantado con las barbaridades que se decían en nombre del marxismo, había dedicado dos años al estudio de la filosofía, lo que lo lleva a escribir en 1908 *Materialismo y empiriocriticismo*, polemizando con las posiciones de Avenarius y Mach, que estaban en la base de las posiciones de otzovistas y ultimatomistas.

Los otzovistas ganan espacio, actúan como fracción pública con su propio periódico (*VPeriod*). En 1908 toman la ofensiva y organizan, apoyados por Gorki, una escuela en Capri (y más adelante otra, en Boloña, de menor repercusión) para cuadros obreros traídos de Rusia, que crea una importante expectativa en los militantes que viven bajo la opresión de la dictadura zarista.

Lenin queda en minoría dentro de la Fracción Bolchevique. Pero no capitula y da una dura batalla en todos los terrenos.

Rompe tajantemente con los *Liquidadores*. No duda en enfrentar a Bogdanov, uno de sus principales cuadros, y a Lunatcharski, a quien considera el mayor talento que ha dado la intelectualidad rusa. No acepta la invitación para dar algunas conferencias en la escuela de Capri, caracterizándola de actividad fraccional y acusando a sus organizadores de “empiriocriticistas”. Bogdanov y su corriente son separados de la Fracción Bolchevique porque no aceptan abandonar esa actividad fraccional. Como parte de esa batalla, Lenin dedica gran

¹ En agosto de 1907, cuando la cuestión es debatida en la conferencia del Partido, Lenin está por la participación, Bogdanov y la mayoría de la fracción bolchevique está en contra. Lenin vota con los mencheviques y lleva una dura lucha contra esta “ala izquierdista”.

parte de su tiempo a realizar una serie de conferencias sobre la situación rusa, la política para la tierra, la situación del partido, para los emigrados rusos.

No obstante, la dureza del combate político, teórico, ideológico, no le impide tener política hacia los que considera importantes cuadros. Mantiene una permanente correspondencia con Gorki; prepara conferencias especiales para los estudiantes obreros de Capri que pasan por París; invita a Plejanov y a Lunatcharski a ser profesores de su gran operativo: la Escuela de Longjumeau.

Pero sigue firme, sin hacer concesiones que cuestionen sus principios. Así, cuando en agosto de 1910 cumple su compromiso con Gorki de visitar la escuela de Capri, le dice: “Yo sé que usted espera por lo menos reconciliarme con los *machistas* (seguidores de Ernst Mach)... ¡Es imposible! No haga ningún intento, se lo ruego”.²

La formación de los militantes

La formación teórica fue una característica de la II Internacional. Su partido más importante, el alemán, fundó en 1906 una escuela marxista. En ella se daban, una vez por año, cursos –que duraban seis meses– a 30 militantes seleccionados, sobre historia del socialismo, economía, materialismo histórico, sindicalismo. Desde 1907 a 1914, Rosa Luxemburgo asumió los cursos de economía, a los que dedicaba gran parte de su tiempo militante.

Lenin era parte de esa tradición. Cuando en 1893 llega San Petersburgo, el principal centro obrero del país, se dedica personalmente, poniendo en riesgo su vida³, a organizar grupos obreros de estudio de *El Capital*.

Esa política de Lenin, de formar en la escuela del marxismo a los obreros, especialmente a los jóvenes, es una constante en su actividad para desarrollar y enraizar la organización socialdemócrata en la clase obrera.

Esos círculos –que abordan el estudio de *El Capital* para los obreros avanzados, la redacción de octavillas, de folletos, que reúnen a los militantes más capaces para la agitación política entre las masas– buscan extender la batalla contra el patrón a la lucha contra el régimen.

Durante el exilio, su actividad de formación y propaganda se centra en la gran cantidad de conferencias que da entre 1902 y 1914 para los emigrados rusos (en París y otras ciudades europeas) sobre diferentes temas: la revolución

² Citado por Alain Veysset en *La escuela del partido bolchevique en Longjumeau*.

³ En ese momento la Ojrana, policía política del zarismo, lo había condenado a muerte.

de 1905, la situación de la clase obrera rusa, el problema de la tierra, la situación del partido.

Esa permanente actividad de propaganda y formación tuvo un hito en 1911 con la construcción de Escuela de Longjumeau.

La Escuela de Longjumeau

Según las *Memorias* de la Krupskaja, en 1906 Lenin confiaba en ganar a los mencheviques, y por eso apostó en la unificación del partido. Pero esa expectativa duró muy poco. El resultado de la unificación fue crisis, enfrentamientos fraccionales, dispersión, parálisis. El apoyo de Plejanov (el padre de la socialdemocracia rusa), que había formado su propia fracción –“*Los mencheviques del partido*”– y actuaba en frente único con los bolcheviques contra los *Liquidadores*, fortalece a Lenin, pero eso no le impide a este ver la difícil realidad del partido. En abril de 1911, le escribe a Gorki:

“Tenemos un niño cubierto de abscesos (...) O bien los reventamos, curamos al niño y lo educamos (...) o bien el niño morirá (...) En este último caso, viviremos sin el niño (es decir: reconstituimos la fracción), y, más adelante, daremos a luz un bebé más sano”⁴.

Y la tarea no parecía fácil en momentos en que los problemas no estaban solo en el partido sino también en la fracción bolchevique. Según Trotsky:

“En 1910 éramos unas pocas docenas de militantes en todo el país. Algunos estaban en Siberia, pero no estaban organizados. Lenin podía llegar por correspondencia o a través de algún agente a treinta o cuarenta personas”⁵.

Eran épocas difíciles, no solo por la fuerte represión que se vivía en Rusia sino por la gran confusión política, teórica, programática que, como vimos, también golpeaba a los bolcheviques. Pero, era también el momento del resurgir de la clase obrera rusa. Eso hace que Lenin “apueste” en los jóvenes obreros del partido, confiando como siempre en la teoría marxista.

Así surge el gran operativo de la escuela. El grandioso esfuerzo que significó para emigrados políticos –que tenían que cuidarse de la policía francesa que trabajaba en acuerdo con la Ojrana– organizar una escuela marxista clandestina, sacando clandestinamente también a dirigentes obreros que militaban en uno de los momentos más represivos del régimen zarista, para que pasasen dos

⁴ Citado por Pierre Broué en *El Partido Bolchevique*.

⁵ TROTSKY, León. *Luchando contra la corriente*. En: *Escritos*, Tomo X, abril de 1939.

meses empapándose de la cultura marxista y accediendo a la cultura universal, para después volver, también clandestinamente, a continuar el trabajo de construcción.

En Longjumeau, una tranquila aldea de 2.440 habitantes, próxima a París, alquilan por dos meses (julio y agosto de 1911) un antiguo taller de carpintería, donde se darán los cursos, más cinco habitaciones donde funcionará el comedor colectivo y se alojarán los estudiantes y los encargados de la organización. Lenin, su compañera Krupskaja y su suegra, se alojarán en dos habitaciones en una casa cercana, y lo mismo harán Zinoviev, su esposa y su pequeño hijo. El resto de los profesores viajarán desde París cada vez que tengan sus clases.

- **¿Quiénes son los profesores?** Emigrados rusos, algunos bolcheviques, otros no, pero todos dispuestos a colaborar con Lenin en la tarea de reconstruir el partido, poniendo sus conocimientos al servicio de la formación de los jóvenes obreros. Son trece, de los cuales siete son bolcheviques: Lenin, Krupskaja, Inessa Armand, Zinoviev, Kamenev, Semachko; dos son otzovistas: Lunatcharski y Volski; cinco, simpatizantes más o menos próximos: Riazanov, Steklov, Rappoport, Davison, Finn-Enoutaevski. También fue invitado Plejanov para dar el curso de materialismo histórico, pero finalmente no participó.

Kurpskaia, especializada en todo lo que tenía que ver con el trabajo clandestino, es la encargada de la conexión con las organizaciones locales del partido en Rusia y de la organización de la salida y el viaje de los estudiantes. Inessa Armand es la responsable de todos los aspectos de organización de la escuela, estando la dirección general en manos de Lenin y Krupskaja.

- **¿Quiénes son los estudiantes?** En total son diecisiete, entre ellos una mujer, que vienen de los principales centros obreros (San Petersburgo, Moscú, Bakú, Kiev) y de Polonia.

Sus edades van de los 18 a los 25 años. Todos obreros o proletarizados, que han pasado por la cárcel, la tortura, la deportación. Fueron seleccionados a partir de voluntarios que se proponían, teniendo en cuenta que para poder salir clandestinamente del país no debían ser figuras muy conocidas. Once son bolcheviques; una es otzovista; tres son partidarios de Plejanov; uno fue sacado de la escuela al inicio por presión de los otros estudiantes (ver recuadro); dos son provocadores que lograron infiltrarse.

- **La dinámica de trabajo y los cursos impartidos.** Por la mañana exponen los profesores. Después del almuerzo, los estudiantes trabajan sobre el tema, responden preguntas, se hacen ejercicios, se plantean las dudas.

Lenin es el cursista central, da 29 conferencias de economía política (43 horas); 12 conferencias sobre la cuestión agraria (18 horas); 12 conferencias sobre la historia y la práctica del socialismo; 3 conferencias sobre la concepción materialista de la historia, que originalmente estaban programadas para Plejanov.

Con los otros profesores se tocan otros temas: historia del partido ruso, historia del movimiento obrero occidental, aspectos del derecho, aspectos de contabilidad, literatura, técnicas periodísticas. El arte no queda por fuera, en dos oportunidades Lunatcharski lleva a todos los estudiantes a visitar el Museo del Louvre.

La importancia dada por Lenin a la formación de los militantes crea una relación con la teoría marxista y la cultura universal de los militantes bolcheviques, que Pierre Broué describe así:

*“Los revolucionarios estudian: algunos, como Piatakov, que escribe un ensayo sobre Spencer durante el período en que la policía le acosa en Ucrania, en 1918, o como Bujarin, son relevantes intelectuales. Los otros, aunque menos brillantes, estudian siempre que pueden, ya que el partido es una escuela, y esto no solo en el sentido figurado. En sus filas se suele aprender a leer y escribir, y cada militante se convierte en jefe de estudios de un grupo en el que se educa y se discute (...) Naturalmente, no todos los bolcheviques son pozos de ciencia, pero su cultura los eleva muy por encima del nivel medio de las masas; en sus filas se cuentan algunos de los intelectuales más brillantes de nuestra época”.*⁶

En 2011, al cumplirse el centenario de esta escuela, la Asociación “Lenin en Longjumeau” publicó una tesis de uno de sus integrantes, el profesor de historia Alain Veysset, titulada *La escuela del partido bolchevique en Longjumeau*. Ese texto, del cual reproducimos algunos fragmentos, hace una interesante descripción de esta audaz experiencia leninista, no solo en lo que toca a la formación teórica de los militantes sino a los diferentes aspectos humanos que se dieron en la relación que, durante dos meses, mantuvieron estos revolucionarios (profesores y estudiantes) que se preparaban para responder a los importantes acontecimientos venideros.

⁶ BROUÉ, Pierre. *El Partido Bolchevique*.

Confianza en el marxismo y en la clase obrera

No hay dudas de que todo lo que hacía Lenin, y en especial este enorme esfuerzo, tenía como objetivo la reconstrucción del partido. Que “a la preparación de la Conferencia de Praga –que marcó en 1912 el inicio de la recomposición del bolchevismo – contribuye con toda clase de garantía de efectividad la escuela de cuadros de Longjumeau”⁷ muestra lo acertado de su “apuesta”. Tampoco hay dudas de que, ya en ese momento, Lenin veía esa reconstrucción a partir de la fracción bolchevique.

Teniendo en cuenta eso, llaman la atención dos hechos: uno, que los estudiantes no fueran solo bolcheviques, sino representativos de todo el partido, por lo que había también mencheviques y otzovistas. Dos, que Lunatcharski, a quien Lenin acusaba de ser empiriocriticista, y Riazanov y Steklov, que se identificaban como *mencheviques conciliadores*, fueran profesores de la escuela, y que también hubiera sido invitado Plejanov, la máxima figura menchevique.

La explicación que podemos dar a estos dos hechos es, por un lado, que Lenin quería a los mejores para formar a los obreros, y no abandonaba la batalla por recuperar esos talentos, dejando afuera solo a los *Liquidadores*. Y, por otro lado, su enorme confianza en el marxismo, en la clase obrera y en los cuadros obreros del partido. Esos jóvenes dirigentes obreros, que reflejaban el nuevo ascenso, podían estar muy confundidos, pero él confiaba en que si se les daban las herramientas del marxismo, ellos verían la justeza de su política y su programa.

Y no se equivocó. La totalidad de los estudiantes de Longjumeau (con excepción de los provocadores de la Ojrana), se integraron a las filas bolcheviques. Fenómeno que no se limitó solo a las estudiantes. La Escuela de Longjumeau fue decisiva para que Kamenev abandonara sus expectativas conciliadoras; fue durante la escuela que escribió –bajo la dirección de Lenin– su libro “Dos Partidos”. Y también fue importante para el acercamiento de Lunatcharski, Riazanov y Steklov, aunque su ingreso recién se haya concretado en 1917, como parte de la organización *Interdistritos*, junto con Trotsky.

De los alumnos y profesores de la Escuela de Longjumeau no salieron dirigentes que pudieran estar a la altura de Lenin, no se resolvió ahí el problema de dirección. Pero esa Escuela logró una unidad teórica que fue fundamental

⁷ BROUÉ, Pierre. *El Partido Bolchevique*.

para encarar la reconstrucción del partido, que permitió que en Rusia se pudiese concretar lo votado por el Congreso de Basilea de la II Internacional: transformar la guerra imperialista en guerra revolucionaria, conquistar el gran triunfo de Octubre de 1917 y, a partir de ahí, lograr la gran victoria organizativa de la clase obrera mundial: la construcción de la Tercera Internacional.

LOS ESTUDIANTES

E sos diecisiete militantes vienen todos de Rusia. De la misma forma que la mayor parte de los estudiantes de las escuelas de Capri y de Bolonia, con una ligera diferencia de número a favor de Longjumeau. La diferencia de número se explica por el hecho de que es la fracción bolchevique en su totalidad la que toma esta idea de la escuela de formación y no una disidencia. De la misma manera que aumenta la calidad de los militantes, traídos de Rusia, gracias a que esto es tomado con carácter general.

Los estudiantes libres

Son tres: Sergo (Ordjonikidze), Semen (Schwarz), Zakhai (Breslev). Se puede suponer que estos estudiantes son libres, en el sentido de que no estaban previstos en el programa, pero se encuentran presentes desde el inicio del curso; se puede decir que ellos tomaron el tren andando. Así, Sergo, después de haber mantenido una correspondencia particularmente activa y amigable (según Krupskaia) entre el grupo bolchevique del Cáucaso y el de París, una carta concerniente a la lucha en las filas de la emigración queda sin respuesta.

“Después, un día –cuenta Krupskaia– nuestro conserje nos buscó para decirnos: ‘Un hombre ha venido aquí, no habla una palabra de francés, sin duda debe ser para ustedes’. Yo descendí y percibí a un hombre de aspecto caucásico que sonreía. Era Sergo.”

A esos militantes que arribaron por sus propios medios desde la Rusia zarista, Krupskaia los anota como “libres”, sin duda porque no estaban previstos en la programación.

Semen Schwarz es un militante bolchevique de larga data, bien conocido de los Ulianov. Comenzó su carrera revolucionaria distribuyendo

panfletos secretos en una fábrica, fingiendo embriaguez. Él había sido obrero en Nicolaiev.

Zakhai Breslev es igualmente conocido de los Ulianov; en 1905 había trabajado en San Petersburgo usando el seudónimo de Peter, en el distrito Moskovski.

Es muy importante que estos recién llegados sean conocidos del centro bolchevique de la emigración para evitar infiltraciones de provocadores. Hacemos notar que en cada caso se trata de proletarizados, revolucionarios que en un momento u otro trabajaron en una fábrica.

Ordjonikidze, Grégori Koustantinovitch, alias Sergo, nacido en 1886 en Georgia, salido de la pequeña nobleza, estudiante de enfermería en Tiflis, milita desde 1903 en la fracción bolchevique. Arrestado en 1905 mientras estaba recibiendo un cargamento de armas; en 1907, arrestado en Bakú y vuelto a condenar, parte para Persia (Irán) en 1909, donde participa de la revolución que ahí se desarrolla.

Viejo amigo de Lenin y aún más viejo amigo de Stalin... "Impetuoso y brutal, de risa fácil y cólera rápida, Sergo es a la vez el práctico y el impetuoso, un práctico en quien el coraje político no está a la altura de la temeridad del impetuoso...". Conoció a Stalin y a otros comunistas georgianos.

En 1906 está en la redacción del periódico *Dro* (periódico político de Georgia); con Lenin en 1911. Fue uno de los primeros estudiantes de Longjumeau que, después de haber sido educado, Lenin hace elegir al Comité Central en 1912 y al Buró Ruso del Comité Central del Partido Bolchevique. Georgiano como Stalin; como él, miembro del Comité Central de Bakú, Ordjonikidze entra al mismo tiempo que este en el aparato; la diferencia es que no es "un simple revolucionario del interior". Ordjonikidze visita Irán, París, regresa a Rusia, vuelve a París, va a Praga en 1912. Pero, como a Stalin, no le gustan los debates de ideas. Voznesenski en su poema *Longjumeau*, nos presenta a Sergo durmiendo...

Los estudiantes propiamente dichos

Los organizadores de la escuela aceptan miembros del partido bolchevique y mencheviques, con un rechazo mínimo. Lenin debía considerar que el cuadro de la escuela y las discusiones políticas desarrolladas eran suficientes para convencer a los indecisos de lo justo de sus posiciones.

El viaje

Podía durar 4 o 5 días y mucho más para los que como Sergo venían de Persia. El Transiberiano, apenas terminado, tardaba tres semanas en atravesar el continente; se puede suponer que, como en el Far West americano, esos viajes en tren se hacían en un día o dos. El tráfico a través de Europa debía ser muy regular. Las rutas más usadas pasaban a través de Polonia y Alemania, las más seguras por Finlandia, Suecia, Dinamarca y Alemania, o en barco por el Mar Negro, el Mediterráneo, hasta Marsella. Pero aunque seguros, estos dos últimos eran muy largos. Se puede suponer, por lo tanto, que los estudiantes tomaron el itinerario más corto, a través de Polonia. En efecto, esa era la ruta que ofrecía mayores ventajas. Poco conocidos por los servicios de policía, con la necesidad de conseguir documentación falsa a toda prueba, arriban en orden disperso. En el caso extremo —en caso de arresto en Polonia— la poderosa Socialdemocracia alemana tenía más opciones que nadie para hacer presión para liberar a los prisioneros. Era, por lo tanto, un viaje que se

volvía arriesgado por la traba de la policía zarista. En el caso de Longjumeau llegaron todos, aunque algunos lo hicieran atrasados, como fue el caso del estudiante polaco Matzev. Si hubiera habido impedimentos mayores, Krupskaja lo habría registrado.

El carácter de ese viaje es bien conocido; un folclore está atado a esos trenes internacionales que no llegan nunca. Los bolcheviques viajaban en las clases más económicas, su presupuesto era muy limitado, y es en los viajeros más humildes que el placer es mayor. Como había poco para hacer, era la lectura la que ofrecía la mejor chance para pasar el tiempo. Y la mayor razón para los estudiantes de la primera escuela socialista de la Socialdemocracia rusa era la de leer, leer más, aprovechando la capital casi mundial de la cultura: París.

Había, ciertamente, orgullo en esos obreros, antiguos campesinos, por pasar a ser hombres cultivados; una voluntad profunda de conocimiento, a veces para hacer alarde, pero, sobre todo, para poder enfrentar al enemigo de clase con las mismas armas con que ellos los aplastaban.

¿Quiénes son ellos?

Los primeros en llegar son los estudiantes de San Petersburgo, eso se explica por la facilidad de circulación clandestina que existía entre Europa y la capital de la Rusia zarista. Son tres: **Bielostotzki, Vladimir** y **Georges** (por la notas de Krupskaja no se saben sus apellidos); el último es una mujer, **Vera Vas-silieva**, obrera, también de San Petersburgo, participante del grupo *VPeriod*, que será la única alumna mujer en Longjumeau. Estos son camaradas muy conscientes y desarrollados desde el punto de vista político. La tarde de su llegada, Lenin los invita a cenar en un café, conversa calurosamente con ellos, les pregunta sobre su trabajo, buscando descubrir los índices de recuperación del movimiento obrero. Se instala provisoriamente a los recién llegados en la proximidad de la vivienda de Semachko, en Fontenay-aux-Roses. Esperando la llegada de los otros estudiantes, se les recomiendan algunas lecturas pero no como distracción: se tienen que meter en el trabajo serio lo más rápido posible.

Llegan después dos obreros de Moscú: Prissiaguine, obrero de la curtiembre, y un obrero textil cuyo nombre ha escapado a la memoria de Krupskaja.

Prissiaguine, según Krupskaja, es un obrero “fuera de serie”. Ha dirigido en Rusia un periódico clandestino de obreros de curtiembres; él mismo posee “el arte” de la escritura, lo que efectivamente es raro en los obreros socialdemócratas, más agitadores que publicistas. Krupskaja subraya paradójicamente su extrema timidez: “desde que comienza a hablar, sus manos tiemblan de emoción”.

Si Prissiaguine es aceptado inmediatamente por los camaradas de San Petersburgo, aunque Bielostotzki tome la costumbre de burlarse de su timidez, no pasa lo mismo con el otro obrero de Moscú. Se trata de un cama-

rada muy poco culto, que muestra mucha autosuficiencia. Escribe en verso y busca hablar con un estilo florido. Un día Krupskaja llega a la escuela, él la ve primero y llama a los estudiantes anunciando: “Mister Krupskaja ha llegado”. Bielostotzki no pierde la ocasión para burlarse despiadadamente de él. Ellos se confunden con varias de sus respuestas. Finalmente, Krupskaja dice: *“Los camaradas de Peter (San Petersburgo) insisten para que ese muchacho sea excluido de la escuela: ‘Él no comprende absolutamente nada, habla de prostitución y dice estupideces’. Nosotros intentamos (con Lenin, sin duda) tranquilizar a los descontentos diciendo que ese muchacho terminaría por instruirse bien, pero los camaradas de Peter no cesaron de reclamar. Nosotros le conseguimos después un trabajo en Alemania.”*

Hemos visto este inicio tragicómico, que hizo pasar el número de estudiantes de 14 a 13. Este episodio nos aclara sobre varios puntos. En primer lugar, sobre la amplia gama de reclutamiento de estudiantes, las dificultades para seleccionar a los capaces, de valor, que pudiesen llegar hasta el final. En segundo lugar, el encarnizamiento de Lenin y Krupskaja en hacer progresar aun a los obreros más atrasados: *“Ellos terminarán por instruirse bien”*, su abierto optimismo en cuanto a las posibilidades de la clase obrera rusa. En tercer lugar, el extraordinario atractivo que representa la cultura, expresado en la ingenuidad de ese obrero, su autosuficiencia para intentar pasar por lo que él no puede ser (ese atractivo explica el rol de Lunatcharski, que lleva a visitar el *Louvre* a los estudiantes de Longjumeau). Finalmente, el peso que puede tener un grupo de presión para imponer su punto de vista en el marco de la escuela: el reenvío de uno de los estudiantes, con argumentos por lo menos curiosos: *“él habla de prostitución”* y *“dice estupideces”*.

“Decir estupideces” está al alcance de todos, pero “hablar de prostitución” parece que se tratará de un tema sorprendentemente tabú. ¿Puede ser a causa de la pornografía que hacía estragos en el período de la reacción stolypiniana?¹ Lenin, que valora trabajar en la serenidad propia de una escuela de formación teórica, prefiere separarse del objeto de litigio, enviándolo a trabajar a Alemania, aun corriendo el riesgo de disgregar su curso.

Luego llegan todos los otros estudiantes, entre ellos, **Andréev**, obrero de la villa de Nikolaev, joven de entre 18 y 25 años, que ya había sufrido la deportación. La formación en la deportación es eficaz, y Andréev, sin duda, pasó por ese curso, ya que Lenin, en broma, lo llama “el primer estudiante”.

Dos vienen de Bakú, **Sema** (Semko) y **Dogadov** (Paul), no hay otra precisión. Otros dos vienen de Kiev, **André Malinovski** y **Tchougourine**, los dos partidarios de Plejanov, por lo tanto, mencheviques. Krupskaja explica que André Malinovski es un agente provocador.

Tchougourine, obrero de Somovo –aldea próxima a Kiev, en Ucrania– ha sufrido una prisión prolongada, está por lo tanto formado políticamente pero también tiene los nervios a flor de piel. La vida clandestina, los años de prisión y de exilio deterioraron rápido a esos hombres que, en su mayor parte, entraron al movimiento revolucionario en su adolescencia y que son, desde los 20 años, viejos militantes del movimiento revolucionario, cargados con sus aureolas: huelgas, condenas, años de prisión, deportación, evasión, firmeza frente al gendarme, provisión de ciencia para volver y reemprender el trabajo. “Los revolucionarios profesionales creían en lo que ellos enseñaban –dice de ellos Trotsky– nada de otra naturaleza pudo incitarlos a emprender su camino de vía crucis”.

Otro partidario de Plejanov, **Savya** (Zévine) viene de Ekaterinoslav. **Vassili** (S. Iskrianistov) viene de Ivánovo-Voznesiensk en el norte de Moscú. Buen estudiante, pero de conducta extraña (queda encerrado en su habitación, se niega a la misión que se le encomienda al volver a Rusia). Su conducta se explica por su mala conciencia por haberse vuelto un agente de la policía. Krupskaja lo explica así: “Era un trabajador serio que durante muchos años acepta trabajos expuestos. Su vida es muy penosa. Siendo sospechoso desde el punto de vista político no consigue trabajo; él y su familia, que se compone de su mujer y dos hijos, no tienen más medios de subsistencia que el magro salario de su mujer que es tejedora. Percibimos muy tarde que Iskrianistov, cansado de la guerra, se había vuelto un provocador. Él comienza a beber. En Longjumeau se mantiene sobrio. Regresa de Longjumeau, no resiste más y pone fin a sus días. Una tarde saca de la casa a su mujer y sus niños, enciende la estufa, abre la llave. Al otro día encuentran su cadáver. Su “trabajo” de provocador no dura un año y fue remunerado miserablemente: no recibía más que una docena de rublos por mes.”

Triste aventura, decadencia de un militante obrero por la sombría miseria de la explotación capitalista, y la negativa a denunciar a los participantes de la Escuela, rechazo último de su suerte. ¿Expresión de lo que es esta sociedad, su policía no puede contra la razón, la voluntad de los hombres de cambiar el mundo, negativa del porvenir que ellos les prometen?

Finalmente, llegan los dos polacos que están presentes en la Escuela: **Oleg** (Proukhniak) y **Mantzev**.

La Escuela del Partido Bolchevique en Longjumeau,
Alain Veysset

¹Piotr Stolypin, primer ministro del zar de 1906 a 1911, cuando fue asesinado. Impuso un régimen extremadamente represivo.

El esparcimiento de los estudiantes

No podemos descuidar un aspecto importante de la Escuela, que concierne a los lazos tejidos entre bolcheviques, la vida en comunidad, esa apreciación de cada uno del valor del otro.

Examinaremos esta cuestión en función del esparcimiento que realizan los miembros de la Escuela ese verano de 1911.

Su distracción esencial es el paseo a través del campo. El verano está muy caluroso, ellos van por los sembradíos de trigo, se bañan en el Ivette, que tenía entonces agua clara y cristalina, y charlan sin ton ni son... Es sobre todo por la noche que se efectúan esos vagabundeos, acompañados de cantos populares rusos.

Según Krupskaja, Lenin los acompañaba a veces; la preparación de los cursos, del trabajo político, no le permite salir constantemente. Aunque, como precisa Krupskaja, no tiene problema en trabajar en pleno campo. Es así que con Kamenev, que está en vías de escribir su

obra *Dos partidos*, discuten las ideas, el contenido del libro. Y Krupskaja recuerda las largas conversaciones, acostados sobre la hierba, en un barranco cercano a la aldea. Es en esas condiciones que Lenin escribe el prefacio de esa obra de Kamenev.

A veces salen por grupos por los alrededores cercanos, que tienen lugares muy pintorescos. Suben al monte Rochers de Saulx, alta cresta boscosa que domina el sur de Ivette, coronada de macizos rocosos de arena y silicio y desde donde se ve, lejos, hacia el norte, la grisácea aglomeración parisina, y hacia el sur, las planicies doradas, las verdes laderas de donde emerge la Torre de Montlhéry, vestigio, en otro tiempo, de un muy temido castillo feudal.

Longjumeau ha sufrido profundas transformaciones, pero ellas son recientes y las generaciones más maduras se acuerdan aún de su infancia en una región donde era bueno vivir. Así, en Longjumeau mismo,

sobre la actual zona industrial, a los lados del río Ivette, había un bosque donde se encontraban fresas salvajes. No hay dudas de que los bolcheviques ciertamente aprovecharon la ocasión de agregar un placer más a sus baños.

Ocio, distracciones serenas, donde debían formarse amistades; camaradería entre esos hombres –a menudo forzados a correr de un lugar a otro o quedarse escondidos– que podían ahora descansar así al aire libre, sin riesgos de tener que tomar las valijas para evitar una redada policial. Es en esas fugaces ocasiones –dos meses es poco en la vida de un hombre– que los lazos se tejen y que el recuerdo de esos días tranquilos se mantienen.

*

En conclusión, unas vacaciones tranquilas, un reposo estu-
dioso y merecido para esos jóvenes militantes bien empapados por la acción revolucionaria en Rusia, en un marco donde ellos son solo los rusos, extranjeros en un mundo regido durante toda la eternidad por un

orden creado por el Señor con ricos y pobres, extranjeros incongruentes pero discretos, que no se ligan a la población, que pasan su tiempo pacíficamente en paseos, discusiones incomprensibles y que no tienen nada de inquietantes.

Para la organización que Lenin quiere crear, este es un paso importante que está en tren de concretarse. Lenin, por su método –un estudio profundo del comunismo en un marco distendido, donde el ocio con carácter deportivo tiene un espacio importante– puede sondear política y prácticamente a su futuro equipo de dirección del partido en Rusia. Encuadrar, seleccionar, formar un equipo dirigente, esa es la cuestión esencial de una organización revolucionaria; Lenin se dio los medios. Longjumeau se convierte en una etapa esencial de la vida del partido, con consecuencias considerables que vamos a estudiar ahora. (...)

*La escuela del partido bolchevique
en Longjumeau,
Alain Veysset*

UNA VIDA PACÍFICA Y RETIRADA

Vamos a ver por qué este tranquilo suburbio sirve a los bolcheviques.

Escapar de las indiscreciones

“Es que los estudiantes de la escuela, al finalizar sus estudios, debían partir para Rusia, y era importante tomar las medidas para mantener lo más secreto posible su estadía en Francia”, dice Krupskaja

En efecto, esos estudiantes, ya lo habíamos visto, vienen en su mayor parte clandestinamente de Rusia, con documentación no muy segura. Es conveniente, por lo tanto, evitar que las autoridades francesas sepan de esta Escuela, ya que pueden denunciar a los militantes a la policía zarista.

Además, los estudiantes, volviendo a Rusia, tendrán que realizar una actividad clandestina, en algunos casos su identidad no podía ser revelada para evitar ser arrestados en la madre patria. Paradójicamente, los dos infiltrados de la Ojrana en la Escuela no denunciaron a nadie, ya que no hubo arrestos después que regresaron los estudiantes. Los profesores seleccionados por Lenin lo son también, desde mi punto de vista, por su irreprochabilidad. En la inmigración parisina, la Ojrana poseía buenos informantes. Krupskaja justifica así sus

numerosos desplazamientos a París: *“Yo estaba obligada a ir seguido a París para mantener las relaciones con los camaradas”*. Eso era indispensable para evitar sus visitas a Longjumeau y divulgar la presencia de la Escuela, lo que podía caer en un *“oído mal intencionado”*, con el riesgo de atraer una visita policial.

Vemos una seria preocupación en la selección de los estudiantes, pero insuficiente, porque las infiltraciones vinieron en esa selección de militantes, que se hizo para evitar la policía y poder trabajar en las mejores condiciones.

El excelente trabajo político realizado en la Escuela se pudo hacer porque, por alguna razón, los espías no realizaron su trabajo. La naturaleza humana es compleja y existen problemas de conciencia aun en los policías o en sus émulos.

Otro peligro en este período en que Lenin tenía previsto separarse de los mencheviques, era la posible intervención de su partido para perturbar la Escuela. Sin embargo, nada en los documentos que hemos leído sustenta esta hipótesis.

La integración en la población

En Longjumeau mismo, no era fácil para estos obreros rusos pasar por pacíficos partidarios de la pesca¹. Por lo tanto, ellos se hicieron pasar por maestros de escuela rusos que estaban en un seminario, de vacaciones. Cobertura más o menos permeable, ya que podía sorprender ver a esos maestros –instalados en condiciones tan poco confortables– reunirse en un taller tan miserable y, además, en un verano magnífico, encerrados de la mañana a la noche.

La imagen tradicional de la Rusia fastuosa, sus ballets, su zar, su prestigio, difundida entre las masas medias de 1911, debía recibir un cierto golpe al ver a estos “maestros de escuela” rusos.

Esa imagen debía empañarse un tanto, y la Krupskaja añade: *“Lo que sorprendía sobre todo a los franceses era que nuestros ‘maestros’ comúnmente se paseaban descalzos (ese verano hizo un calor tórrido allá)”*.

(...) En fin, esos rusos no pasan verdaderamente desapercibidos, pero poco importaba: los pequeñoburgueses de Longjumeau no

parecen hacer otra cosa más que interrogarse sobre esos hombres extranjeros.

El médico francés que atendió a Savya cuando tuvo tifoidea, dijo sonriente: *“Ustedes maestros, son bien raros”*. Habiéndolo visto de cerca, estaba seguro que no tenía un aire intelectual. Los proletarios que salen de las fábricas, bajo todos los cielos del planeta presentan prácticamente los mismos síntomas, que el ojo ejercitado de un médico descubre fácilmente. Pero de lo que no pudo darse cuenta ese médico, por su aspecto exterior ruinoso, es de que él hacía parte de la elite del proletariado ruso, de los obreros altamente conscientes, que se estaban formando en todos los campos de las ciencias humanas para combatir, con las armas del conocimiento, a la burguesía, lo que se parece poco a la imagen del maestro encopetado, de manos cuidadas, de la III República.

*La Escuela del Partido Bolchevique
en Longjumeau,
Alain Veysset*

¹ Actividad habitual de los que visitaban la aldea.

Seminario Internacional sobre la construcción del partido revolucionario

(Parte 2)

Traducción: Natalia Estrada

Presentación

En el número 4 de la revista *Marxismo Vivo-Nueva Época* transcribimos los debates que ocurrieron durante el primer día del seminario internacional sobre la construcción del partido, que se realizó en el Brasil entre los días 22 y 26 de enero del año pasado (2014). En esta nueva edición de nuestra revista publicamos una transcripción de los debates del segundo día y, al igual que en la edición anterior, también reproducimos una parte importante de los textos que fueron estudiados.

El seminario contó con la participación de 60 personas, de ocho países, y fue coordinado por André Freire y Henrique Canary, de la Fundación José Luis y Rosa Sundermann, y por Martín Hernández, de la Revista *Marxismo Vivo*.

Los temas centrales que se abordaron en este segundo día fueron: 1) Organismos y estructura partidaria y 2) Sobre el régimen partidario (relación entre centralismo y democracia).

Debate en el plenario del Seminario

Henrique Canary

El problema de la estructura partidaria

La primera cosa sobre la que queríamos llamar la atención, que creo que quedó bastante evidente, es el problema de la flexibilidad de la estructura bolchevique. Esta es la idea fundamental. Lo que dio para ver por los textos es que en distintas fases y en distintas regiones, el partido bolchevique tuvo distintas estructuras. Distintas tareas objetivas en distintos estadios de organización determinan distintas formas organizativas del partido de tipo bolchevique. Esto es bastante discutido en el libro *El Partido Bolchevique*, de Pierre Broué: cómo el partido es diferente regionalmente y temporalmente, o sea, tiene una enorme flexibilidad en las tácticas organizativas. Trotsky se refiere bastante a eso, también. Habla de que es imposible que dos partidos de tamaños completamente distintos tengan la misma estructura organizativa. Cuando eso pasa, hace que el partido menor se parezca con un niño de seis años que usa el traje del padre y, por lo tanto, es equivocado. La forma organizativa debe ser totalmente flexible. Además, Moreno habla del problema del “fetichismo de la forma organizativa”. ¿Por qué? Porque el sentido de la organización es la “*intervención sobre el movimiento de masas*”. La estructura del partido no debe responder a la necesidad del aparato de garantizar su propio funcionamiento o transmitir sus resoluciones. La organización debe responder al problema de la intervención en el movimiento de masas y por eso tiene que ser flexible.

Por lo tanto, el arte de la organización –o el contenido de la organización– también significa lo siguiente (y este es el contenido inmutable): incorporar a todos los militantes en la lucha política cotidiana, en las tareas políticas cotidianas. Ese es el contenido de la forma organizativa que es desarrollado en las “Tesis sobre la estructura organizativa, los métodos y la acción de los partidos comunistas”, aprobadas por la III Internacional.

Lenin aborda eso cuando habla de la necesidad de “especialización del trabajo militante”. Moreno tiene la famosa cita que habla sobre “localizar, dar iniciativas y motivar”. Él dice: “tenemos que evitar la plaga de la reglamentación”. Por lo tanto, cada militante debe realizar una actividad diferente, y la estructura

organizativa del partido debe responder a eso. Entonces, aquellos organismos que no sirven para preparar la intervención del partido en el movimiento de masas, para preparar la tarea de cada militante, no sirven como organismos. Reuniones en las que los militantes vienen y salen sin tareas no son reuniones bolcheviques, no responden al problema esencial.

Bien, pero esto que estoy diciendo no resuelve nuestro problema, apenas lo plantea. Nosotros comenzamos a estudiar y este es un debate que queremos hacer aquí. Ustedes vieron que las tesis de la III Internacional plantean con bastante énfasis la idea de que la estructura partidaria, al final de cuentas, debe ser de pequeños grupos. Porque los pequeños grupos son los que responden mejor a la necesidad de división cotidiana de tareas. Esto es muy importante porque es lo que diferenciaba a los partidos de la III Internacional de los de la II Internacional, que, según uno de los textos, reunía a los obreros para hacerlos escuchar a algunos oradores y nada más.

Por el contrario, los partidos de la III Internacional eran los partidos de la intervención real y cotidiana en el movimiento de masas. Entonces, parece que las tesis de la III Internacional separan las dos cosas. Una cosa son los organismos que responden a la intervención directa y a las tareas que los militantes tienen. Otra cosa, aparentemente (esta es una hipótesis que estamos levantando), es la necesidad que tenemos de responder al problema de la discusión política, del centralismo democrático como régimen. Son dos cosas diferentes. O sea, precisamos de una estructura que responda al problema de la centralización democrática –o sea, de la disciplina y de la libertad de discusión– y una estructura que responda al problema de la intervención cotidiana. No queremos dar aquí la respuesta sino que queremos plantear el problema. Nos parece que Broué habla de esto cuando cita las comisiones accesorias, las reuniones de especialistas, etc. Eso aparece bastante en los textos.

La centralización política

Queremos levantar una hipótesis para el debate: la de que la centralización política requiere, necesariamente, *descentralización de la actividad concreta en la base*, lo que en los textos aparece como “amplia autonomía de la iniciativa y de la actividad”. Esto está bastante desarrollado en el texto “Carta a un camarada”, de Lenin, y Broué también habla de eso.

Cuanto más centralizado políticamente el partido, mayor debe ser la inicia-

tiva de la base, porque la dirección responde a los problemas con más profundidad pero con menor amplitud. Y ese es un problema que nosotros tenemos que discutir.

En un momento, Lenin dice: “Debemos dar a cada comité de base, sin poner muchos obstáculos, el derecho de escribir volantes y distribuirlos. Si cometieran un error, no tendrá mucha importancia, lo corregiremos ‘amablemente’ en el *Vperiod*”¹. Por lo tanto, es una concepción que deja la iniciativa a la base.

Moreno habla bastante de eso. Nosotros vamos a tener que debatir ese problema desde el punto de vista de nuestra propia organización pero, en primer lugar, queremos hacer una discusión teórica, deshacer los varios fetiches y mitos que se crearon en torno a la forma organizativa como algo único, estricto, piramidal, donde la dirección abarca todo y a todos, todas las cuestiones. Eso no aparece así en los textos.

El régimen centralista democrático

Sobre este tema, lo que queremos aquí es rescatar un aspecto específico del centralismo democrático. Creemos que es necesaria una revalorización, digámoslo así, de la democracia partidaria. No se trata solo de una revalorización en nuestra propia organización sino de una revalorización teórica e histórica.

Evidentemente, la disciplina y la centralización no están en cuestión. Lenin habla de que la actividad centralizada es una necesidad social de la clase trabajadora porque tiene que ver con un problema que Valério decía ayer: el hecho de que la clase trabajadora es oprimida, explotada y dominada. Por lo tanto, es una clase que actúa colectivamente y necesita del carácter colectivo no solo para producir sino también para actuar. Un obrero solo no enfrenta al burgués ni pone una fábrica en funcionamiento. La clase obrera actúa colectivamente. Por lo tanto, la disciplina y la centralización son necesarias para su actuación política.

No obstante, creemos que a lo largo del tiempo acabó estableciéndose entre nosotros una cierta subvalorización de la democracia partidaria. Eso se refleja en la forma como discutimos y también en nuestro funcionamiento.

En *El Partido y la Revolución*, Moreno dice: “Pero la fórmula ‘centralismo democrático’ se compone de dos polos que, en última instancia, son antagonicos”. Significa esquemáticamente lo siguiente: cuanto más centralismo, menos

¹ *Vperiod* (Adelante), periódico fundado y dirigido por Lenin en el exilio, en enero de 1905, luego de la ruptura del comité de redacción de la *Iskra* (Chispa) [N. de T.].

democracia; cuanto más democracia, menos centralismo. Después, Moreno explica eso como el resultado de la mayor o menor autoridad de la dirección, de sus aciertos o errores. Es un texto muy conocido. Nosotros queremos cuestionar ese esquema que Moreno presenta, esa simplificación. Ese es el sentido del siguiente texto de Trotsky.

En *La revolución traicionada*, Trotsky reconoce la relación entre la democracia y el centralismo como una relación variable, incluso usa los mismos argumentos que Moreno: dice que depende de la realidad objetiva y subjetiva, de la autoridad de la dirección, de sus aciertos, etc. Sin embargo, Trotsky no habla de relación *antagónica*. No sé si percibieron esto. Por el contrario, él dice lo siguiente: “El régimen interno del partido bolchevique es caracterizado por los métodos del centralismo democrático. La unión de estas dos nociones no implica cualquier contradicción”. Por lo tanto, centralismo y democracia son opuestos solamente si están separados. Una vez juntos, las cosas cambian. El centralismo democrático es la síntesis dialéctica entre estos dos conceptos, no es una oposición dialéctica, una lucha permanente. Entonces, es una visión diferente. Es lo contrario de lo que dice Moreno. Trotsky dice aún: “El Comité Central se apoyaba sobre esta base efervescente y de ella recibía la audacia para decidir y ordenar”.

Vean: ¡“base efervescente”! La democracia era la fuente de la autoridad de la dirección, un “precioso capital moral de la centralización”. Por lo tanto, es una fórmula distinta, donde el centralismo y la democracia caminan juntos, no son contradictorios, y uno fortalece a otro. Cuanto mayor es la centralización, más democrático es el partido; cuanto más el partido es democrático, más eficiente es la centralización. No debe haber una oposición entre estos dos conceptos.

Por lo tanto, el partido de tipo bolchevique es un partido donde hay enorme libertad y alta centralización. No hay contradicción.

Broué también dice que, en la fracción bolchevique, “la unidad surge de la discusión, casi permanente, tanto sobre las cuestiones fundamentales como sobre las tácticas a seguir en cada momento”. Obviamente, eso no quiere decir que eran discusiones interminables. Hay textos sobre eso también. No era un mismo asunto siendo tratado interminablemente en el partido, sino sí un partido que vivía en un proceso permanente de distintas discusiones políticas, debates. Broué dice, todavía, que “la historia del partido (...) desde 1903 [no es más] que una larga sucesión de conflictos ideológicos que Lenin supera sucesivamente con una gran dosis de paciencia”.

Es así que Lenin va conformando, a través del conflicto de ideas, la columna de hierro de este partido.

Este es un debate, una crítica puntual a la sistematización de Moreno. Por otro lado, en la discusión con el PST peruano, Moreno levanta una cuestión fundamental. Él habla de que hay una fuerte presión de la realidad sobre el partido, que presiona en el sentido de un régimen interno bonapartista: el ritmo de actividades, la tendencia a pasar por arriba de los organismos, etc. Es necesario tomar ese problema de manera consciente y resistir a esa presión: saber que las discusiones entre los bolcheviques son lentas, controlarse a sí mismo para no ejercer la verdad en abstracto, etc. Es todo un cuidado que la dirección necesita tener.

Una última cuestión más en relación con el centralismo democrático: él existe porque el partido quiere acertar; no es una concesión al individuo. Eso en primer lugar. En segundo lugar, porque tiene que ver con la propia estrategia. En todos los procesos revolucionarios, el partido victorioso acabó transmitiendo al Estado su propio régimen. Eso fue así con los partidos-ejército y también con el partido bolchevique. Entonces, este es un problema estratégico. Moreno habla de principio, y es eso lo que estamos discutiendo aquí.

Letícia

Quería referirme al hecho –ya tocado por algunas compañeras– de que ayer ninguna mujer habló. Hoy hablaron, solo que eso no quita nuestra dificultad. Quería destacar todo lo que ya fue dicho, y agregar un problema generacional. Para los jóvenes es aún más difícil hablar. Creemos que decimos más burradas todavía. No tenemos experiencia y no tenemos la autoridad que los más viejos tienen. Eso fue muy bien planteado en el texto de la apostilla, y yo quería leer una frase para que se entienda la importancia de esto. La frase dice: “solamente a través de una colaboración activa y constante con la nueva generación, dentro de la estructura de la democracia, es que la Vieja Guardia [del partido, N. de E.] se preservará como un factor revolucionario”². Es muy fuerte lo que está escrito aquí.

Lo que está escrito aquí es que si no hay esta colaboración entre los más jóvenes y los más viejos, los viejos dejan de ser un factor revolucionario dentro

² TROTSKY, León. “Nuevo Curso”. Serie de artículos publicados en *Pravda* a finales de 1923, donde el autor apunta, entre otros análisis, a la cuestión del régimen partidario [N. de T.].

del partido. ¡Es muy fuerte! Por eso es necesario que haya una síntesis entre las generaciones: para que estos, que son la salvaguarda de nuestro programa y que tienen la experiencia, consigan de hecho mantenerse como factor revolucionario. Solo quería destacar esa frase del texto, que hallé muy buena, porque creo que este es un desafío que el partido y la Internacional tienen. Eso es necesario para ser victoriosos en nuestra tarea de construir el partido para la toma del poder.

Una nueva estructura partidaria

Otro tema que quería tocar es que nos dimos el desafío de pensar y elaborar sobre la nueva forma, la nueva estructura de partido, para dar cuenta de la nueva situación política en el país. Estamos estudiando eso, incluso el punto de contacto entre ayer y hoy es que seguimos discutiendo cuál es el partido que tenemos y para qué sirve. ¿Para tomar el poder? Esta fue la primera pregunta de ayer. ¿Por qué se precisa del partido? Entonces, sobre la estructura propiamente dicha, hay una gran enseñanza que es la flexibilidad. Después de esa gran enseñanza, y si lo llevamos hasta las últimas consecuencias, nosotros vamos a ser capaces de elaborar la estructura, pero creo que es importante saber que no hay fórmula mágica y no va a ser acabando con los comités zonales o creando núcleos grandes que vamos a ser capaces de preparar el partido para dirigir la toma del poder. No es así, no va a ser eso. En realidad, es atacando los problemas que tenemos y viendo cómo nos aproximamos más al partido bolchevique.

El régimen partidario

Ahora, tenemos la cuestión del centralismo democrático y todo lo que eso significa para nosotros, porque solamente con este régimen es que seremos capaces de prepararnos para la toma del poder y para ejercer ese poder después. Y ahí, dentro del centralismo democrático, hay una cuestión muy importante que es la disciplina.

Sobre la cuestión de la disciplina quería tomar un texto que no está en la apostilla, pero está en *El Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, de Lenin. “La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?”

Y entonces, Lenin va a intentar responder a esto. Él dice: “en primer lugar, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución”.

Después, continúa: “Segundo, por su capacidad de ligarse, de aproximarse; hasta cierto punto si quieren, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, antes que todo con las masas proletarias (...) [y] finalmente, por la justeza de la línea política seguida por esa vanguardia, por la justeza de su estrategia y de sus tácticas políticas”. O sea, no es por la autoridad, no es por el poder. Pero la verdad es que nosotros intentamos implementar esta disciplina todo el tiempo en el partido, a través del poder.

Estaba diciendo con Pierre que es un caso divertido. La tarea de los cuadros es “resolver problemas”, como dijo Freitas. Puede ser eso, también. Pero la mayor tarea de los cuadros, en la práctica, es “mover al partido”. Y siempre es eso: “mover al partido”, “mover”, “mover”, “mover”. Nunca recordamos que la tarea es politizar, es dar más teoría. Sólo habla[mos] de “mover”.

Hay una cosa que ocurre así: si algún militante no quiere ir a una actividad, nosotros elegimos a alguien para llamar para esa persona. Y elegimos a aquel que tiene más autoridad sobre ella. Y entonces llaman seis personas que tienen autoridad para intentar mover a esa otra. Eso está equivocado. Porque no puede ser por la autoridad, tiene que ser por la firmeza ideológica, y eso no viene sin teoría; no viene, no sirve.

Esa frase de Lenin: “por la conciencia de la vanguardia proletaria, su fidelidad a la revolución, por su firmeza, su espíritu revolucionario, su sacrificio, su heroísmo...”. Lenin dice que eso es la primera cosa para conseguir disciplina. No viene sin teoría y no viene sin política. No viene. Yo creo que ahí está el gran nudo de nuestra organización. Es eso.

Ana Pagú

Muchas veces trabajamos con una concepción de que los núcleos pequeños son la única forma de garantizar la democracia interna, revelando una incompreensión respecto de qué es mutable o permanente en la cuestión organizativa. La III Internacional orientaba a que se construyesen organismos pequeños. Lenin, a su vez, decía que esta era una experiencia “muy particular”, “muy rusa”. ¿Qué significaba eso? ¿Que esa norma debería ser aplicada a todas las secciones, como decía la III Internacional? ¿O era un caso específicamente ruso? ¿Qué tamaño de célula está directamente ligado al centralismo? En realidad, el tamaño de la célula debe ser estipulado de acuerdo con la necesidad de la actividad partidaria y no como condición para la centralización política.

El régimen centralista democrático es permanente

El régimen del partido, el centralismo democrático, es permanente y está vinculado a nuestra estrategia. El centralismo democrático es una forma de elaboración de la política del partido. La centralización política presupone el debate, la discusión y la acción política coordinada. La estructura partidaria está vinculada a la necesidad organizativa de cumplir determinadas tareas en determinados períodos. Por eso, es mutable. La estructura tiene que estar al servicio del régimen, pues a pesar de no confundirse con él puede ser un obstáculo en su realización.

El ejercicio del centralismo democrático involucra muchos aspectos que van más allá del tamaño de la célula, tales como teoría, equipo y ejercicio de la autoridad dirigente. La teoría es parte del método. El estudio es parte de la elaboración política. Cuando hay una estructura organizativa que impide eso –o sea, que impide el estudio necesario al proceso de elaboración– acaba por impedir también otro proceso que es la producción teórica a partir de la acción en la realidad. Sin ese mecanismo no es posible tener centralismo democrático.

El centralismo presupone trabajo en equipo, divergencias, especialización, división de tareas. La estructura tiene que estar al servicio de eso. Sin equipo no hay síntesis colectiva. Como decía Moreno, la conformación de un equipo es resultado del conjunto de las debilidades de los compañeros, que se superan en forma colectiva. Cuando menospreciamos eso, colocamos a las personas por encima de la elaboración, el ejercicio del centralismo se transforma en la búsqueda de homogeneidad política.

No queremos un partido conducido por “grandes hombres”

De la misma manera, el ejercicio de la autoridad del dirigente –cuando no se da en el marco de una amplia libertad de discusión en el partido– es el ejercicio de la autoridad para hegemonía de la política, no para la búsqueda de la elaboración colectiva. No queremos un partido conducido por “grandes hombres” (en el sentido genérico), inteligentes, “mentes brillantes”, como decía Lenin, sino por dirigentes que estimulan para que los militantes hablen, elaboren, expongan sus divergencias. Todo eso, para hacer que el partido acierte. No podemos confundir mentes brillantes con autoridad política, pues esta no es producto de una gran idea individual sino de la elaboración colectiva.

Nazareno

Veo que nosotros tenemos toda la flexibilidad del mundo, podemos ir para un rincón o para otro, y la especialidad de Moreno era justamente la flexibilidad. Ahora, esta flexibilidad opera dentro de seis principios organizativos, según mi opinión. Voy a enumerar estos seis “principios organizativos”.

Primero: principio organizativo es que todos los militantes son militantes activos, que tienen una actividad cotidiana en la vida real. Segundo, es el centralismo democrático. Tercero: un partido obrero por su composición social, y una dirección obrera. Cuarto: un partido legal e ilegal, combinación obligatoria de dos aspectos. Quinto: la combinación de la lucha económica, política y teórica, juntando tres aspectos “en un único manojó”. Sexto, pero no menos importante, que el partido es parte constitutiva de una Internacional. Para mí, son esos seis principios organizativos, y la flexibilidad está justamente en la combinación entre ellos.

Sobre la composición obrera del partido

Quería hablar sobre el tema de la composición social del partido. Eso tiene que ser una obsesión nuestra. Está probado que el partido bolchevique y el partido comunista alemán y los otros partidos comunistas tenían una fuerte composición obrera, y nuestros maestros daban una importancia muy grande a eso. Y no solo eso. Nosotros vimos también que ellos tenían una estructura muy dirigida a las fábricas. Vemos en el texto el ejemplo de Moscú y Odesa, donde en Moscú las asambleas de fábrica eran la base de la pirámide partidaria. En Odesa eran los círculos de fábrica. En 1923, el partido comunista alemán creó un departamento que era el de células de fábrica. Entonces, vemos una obsesión. En Lenin vemos otra obsesión: la utilización de los obreros en la conducción, en la dirección del partido. Él perdió casi todas las votaciones sobre ese tema en el partido bolchevique; de las pocas votaciones que perdió, esta fue una de ellas: la que obligaría al partido a tener ocho obreros cada dos intelectuales en la dirección. Esa él la perdió, y creo que perdió la última, cuando propuso integrar 100 obreros al Comité Central del Partido Bolchevique. Él estaba ya al borde de la muerte y los cien obreros no fueron para el CC.

¿Por qué quiero centrarme en este tema? Porque nosotros, trotskistas, tenemos un problema debido a nuestra existencia histórica determinada. Fuimos

separados de la clase obrera. Entonces, la IV Internacional nació separada de la clase obrera. La clase obrera era comunista; después, castrista; después, peronista; después, lulista; después, chavista. ¡Es “todo-ista”, “menos trotskista”! (risas)

¿Cuál es el problema? Nuestra corriente dentro de la IV Internacional fue la que más intentó buscar esta ligazón con la clase obrera. Ustedes vieron los datos en la apostilla, ¿no? Moreno llamó a jóvenes muy capaces y los insertó en la clase, y formó una corriente internacional con eso; construyó un partido y disputó el movimiento. Construyó un partido como el MAS³. Sin embargo, la clase obrera era peronista y nosotros no conseguimos penetrar en la clase obrera. Y eso, en mi opinión, fue decisivo después de la muerte de Moreno y determinó la dinámica infernal de la crisis y del burocratismo que se instaló en el MAS y que dio la dinámica hasta la explosión de la organización. Moreno intentó ir a la clase obrera, con peso y fuerza, con la política de proletarización y sindicalización, y todo el resto. ¡No resultó! Después, en este seminario, vamos a ver todo. Sin embargo, poco antes de su muerte, Moreno tuvo un acierto gigantesco aquí en el Brasil, que fue la política de sindicalización del partido brasileño. Y esta es la mayor conquista histórica de un partido trotskista en el mundo. Es la inserción sindical, política, que nosotros tenemos en la clase obrera brasileña. Y nosotros somos un partido trotskista que tiene un dirigente obrero como Zé Maria, que es el orgullo, o mejor, debería ser el orgullo del trotskismo internacional. Yo sé que él se va a irritar porque digo esto, pero no me importa (risas).

Formar a los obreros

Ahora, vean: esa conquista histórica que fue haber construido el mayor partido trotskista del mundo viene con dos “contraindicaciones” (risas). La primera es que nosotros sobrevivimos a la hecatombe mundial con dos problemas, y el primero [de ellos] es que la acción política del partido es estropeada con ese tal sindicalismo, la acción reducida. No es la lucha política para ganar la masa para la toma del poder. Es una lucha rebajada. Y el segundo es que el régimen “movimientista”, empírico y bonapartista que tienen los aparatos de los sindicatos está incrustado en la dirección del partido. Esos dos elementos están trabando el salto del partido. Entonces, voy a defender dos cosas (solo enunciando para

³ MAS: Movimiento al Socialismo, partido trotskista argentino fundado por Nahuel Moreno [N. de E.].

los próximos puntos del seminario): primero, que juguemos todo nuestro peso en construir 500, 600 –cuantas sean– células de fábrica, y que mudemos el centro de funcionamiento –el centro de “movimentación”, digamos– del aparato del sindicato a las células de fábrica. Con eso, incluso, podemos conseguir que nuestro partido se transforme y pueda dirigir la reorganización y dirigir a la clase obrera brasileña desde los propios lugares de trabajo. Eso puede permitir revivir y oxigenar los aparatos de los sindicatos con una rotación general de poder. Para eso, evidentemente, la tarea fundamental de todos los camaradas aquí es formar 200 obreros genuinos, oriundos de la clase, hacer cursos de un mes entero, que serán dictados por Martín, por Edu, por Ana Pagú, para educar a esos camaradas, para dar condiciones para que ellos dirijan a la clase obrera a partir de los lugares de trabajo. Eso es lo que nosotros debemos hacer en el próximo período.

Luis Carlos Prates (Mancha)

Creo que fue un acierto la realización de este seminario, en particular la idea de hacerlo en el ámbito internacional. Porque ahora estamos discutiendo, por ejemplo, la cuestión del centralismo democrático, pero el centralismo democrático estuvo en cuestión en la propia LIT, hubo una división, y no se trataba de una minoría. Estuvo cuestionado por la mayoría de la dirección en aquel momento y la LIT fue salvada por un voto.

También en ese período se entabló una lucha en defensa de los principios, del programa y de la organización en general. Creo que esa lucha en defensa de los principios –incluso este seminario es parte de eso– abre otra etapa, que sería la etapa de afirmación. Porque no es verdad, por ejemplo, que nuestra corriente siempre encaró los organismos con fetiche. Moreno y nuestra corriente (mientras él vivió) eran mucho más flexibles y eso se expresaba en diversos países, se expresa en los documentos que leemos, se expresaba en el MAS. ¿Dónde estaban los cuadros? En determinados momentos estaban en el barrio, después en la fábrica. Aquí en el Brasil eso se reflejó en los cambios: en determinado momento fue la política de Alicerce, después proletarización, Convergencia Socialista, PT, etc. En diez años fueron cinco o seis tácticas de construcción.

La misma cosa ocurría en Argentina, en Colombia, en los diversos lugares. Eso era una característica de nuestra corriente, pues como dijo Nazareno, nosotros intentamos durante todo ese tiempo romper la marginalidad por un lado,

y construir una organización obrera, por otro. Creo que ese defensismo en el terreno de la política acabó expresándose también de otra manera: en el defensismo en el terreno de la organización. No se arriesgó más también porque esas osadías llevaron a situaciones medio “sui-generis”. Por ejemplo, en el Brasil, durante las tesis del '90, nosotros creíamos que teníamos 200 obreros en la General Motors (GM) o 300 obreros en la Embraer [Empresa Brasileña de Aeronáutica] porque hacíamos reuniones amplias dentro de la fábrica. Llamábamos a esas reuniones “grupos del partido”. Aquello era un delirio, pero era parte de tener una determinada osadía. Dio errado y llevó más tarde a la defensa del régimen interno del partido, a volvernos para adentro, reconstruirnos, etc.; en fin, todo aquello que vimos después.

Entonces, en ese terreno podemos iniciar un debate. Iniciamos el debate tomando los elementos teóricos y después vamos a materializarlos en la discusión sobre nuestra propia organización.

El peso obrero y el trabajo en equipo

Por último, tengo acuerdo con todo lo que fue planteado en relación con el problema del peso obrero y el ambiente del partido. Además, una cosa que comenzamos a retomar en los congresos, y que ahora es necesario profundizar, es el tema del trabajo en equipo. Esa es una cuestión de la que el mismo capitalismo se está apropiando. El trabajo en equipo logró aumentar la productividad en el capitalismo porque puso a los obreros a trabajar en grupos de trabajo, en conjunto, trabajar con división de tareas, y ellos robaron el conocimiento de los obreros tanto a través de los programas de sugerencias como a través del trabajo padronizado. Hasta el capitalismo percibió eso. Entonces, el mundo obrero, la producción capitalista, también trae hacia adentro del partido –o mejor, podrá traer hacia adentro del partido– el trabajo en equipo, la disciplina y la división de tareas.

Otávio

Me gustaría tocar dos temas, en una perspectiva diferente, pero dos temas que ya fueron bastante planteados. En mi opinión, esos son los centros de los problemas que nosotros encaramos. Uno tiene que ver con nuestra inserción en la clase obrera, el reflejo de la clase obrera en el partido. El otro, es el pro-

blema de la formación marxista. Quería comenzar, para hablar de la clase obrera, con una historia del libro de John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*. Este es un libro muy lindo, en el que él cuenta sobre la toma de poder por los bolcheviques y los días que siguieron en la organización del poder. Esta historia es interesante, pues ayuda también a desmitificar un poco lo que fue la Revolución Rusa, y el Partido Bolchevique y su organización. John Reed relata un episodio que es el siguiente: después que los bolcheviques toman el poder, Kerenski reúne algunas tropas y la contrarrevolución comienza a tomar algunas ciudades y sigue en dirección a Petrogrado. John Reed está en Petrogrado y un determinado día se cruza con dos Comisarios del Pueblo, ministros bolcheviques, que están discutiendo: “Vamos a agarrar un auto ahora y vamos para el frente a organizar las tropas para combatir a Kerenski”, y John Reed se pone en el medio de la conversación y dice: “Yo quiero ir con ustedes...”. Y ellos responden: “No, usted no”. Luego, en seguida, llega otro bolchevique que era amigo de John Reed y ambos entran en el auto, nadie consigue sacarlos de allí, y ellos van. En el momento en que están partiendo para Petrogrado, un Comisario de Guerra, uno de los más importantes cuadros bolcheviques, gira para el otro y dice: “creo que sería bueno comprar comida, porque estamos yendo para otra ciudad, en un país con serios problemas de abastecimiento, y creo que vamos a estar 4 o 5 días afuera, entonces es bueno comprar comida (...) entonces, vamos a juntar dinero entre nosotros pero, ah, no tengo dinero”, y otro: “yo tampoco tengo”. Ahí, John Reed: “yo tampoco”. El bolchevique que faltaba, el “intruso”, dijo entonces: “yo tengo, así que vamos a comprar comida”. Entonces, van y compran comida. Fueron hasta el frente, llegaron a la ciudad que era su destino. Allí, conversaron con algunos dirigentes del soviét. El rumor era que Kerenski iba a tomar la ciudad el día siguiente. El Comisario de Guerra preguntó entonces al presidente del soviét de la ciudad: “¿Cómo está la resistencia por aquí?” Y este respondió: “el partido y el soviét están completamente organizados en la ciudad para resistir. Ya cavamos las trincheras, los obreros están con una gran disposición de lucha. Solo hay un problema: no tenemos munición”.

Entonces, el Comisario responde: “Verdad. Este no es un problema tan grande, porque allá en el palacio de los soviets nosotros tenemos munición, tenemos un millón de balas... haga lo siguiente: yo voy a escribir una orden y usted va rápido a la sede del soviét de Petrogrado y pide la munición”. El Comisario, para redactar la orden, pregunta: “¿alguien tiene papel y lapicera?”. Solo el bolchevique que había venido con ellos en el jeep tenía papel y lapicera.

Entonces, él escribe la orden y el otro va en busca de las balas, y ellos consiguen resistir la ofensiva de Kerenski. ¿Por qué estoy contando esto? Porque la clase obrera, cuando ella se organiza, consigue maravillas. La revolución precisa de la clase obrera. El partido precisa tener a la clase obrera en su interior; es ella quien va a iniciar y terminar ese proceso, porque cuando la clase obrera comienza, ella no quiere parar. Esta es una de las grandes cuestiones de la revolución permanente. Y, aquí, yo haría un destaque para las mujeres obreras, porque ellas cuando rompen con todo lo que tienen que romper, cuando comienzan, no juegan, no están para juegos. Tenemos que tener eso en el interior del partido, clase obrera, mujeres obreras. Es necesario que el partido exprese en su composición y en su dirección a la clase obrera, porque es la clase obrera la que va a hacer la revolución. Es esta la clase que después va a tomar el poder y va a organizar el poder.

El papel de la teoría

Ahora, tenemos un problema que tiene que ver con el segundo punto, que es el problema de la relación con la teoría.

En otro pasaje del libro, John Reed cuenta que cuando el partido toma el poder, los estratos medios de Petrogrado, los trabajadores del Estado, los empleados públicos, todos entran en huelga, todos. Entonces, Trotsky, designado Comisario del Pueblo para Relaciones Exteriores, entra en el Ministerio de Asuntos Exteriores y no hay nadie. Una de las banderas del partido bolchevique era hacer públicos todos los documentos secretos firmados durante la guerra. Entonces, él llega al Ministerio y el hombre que cuidaba de los documentos de los asuntos diplomáticos, los documentos secretos, había desaparecido con ellos, los había robado. Trotsky está obligado, entonces, a decir a las masas: “no vamos a publicarlos ahora porque desaparecieron”.

En otro episodio, los obreros toman el control de la central telefónica, uno de los lugares más estratégicos de Petrogrado. Todas las empleadas de la central estaban en huelga, excepto una, que comienza a enseñarle a cada obrero, barbudo, con ropa de soldado y un fusil, cómo ellos podrían operar los teléfonos de la central. Con ese ejemplo quiero mostrar una cosa: la burguesía consiguió, a lo largo del tiempo, expropiar a la clase obrera el saber. Ella lo consiguió. Ella expropió. Cada vez que nosotros conseguimos aproximarnos al conocimiento, la burguesía nos da un golpe y a veces tenemos que volver a comenzar todo de

nuevo. La clase obrera tiene, muchas veces, la capacidad de entender el proceso productivo. Y, en su conjunto, ella lo entiende y lo hace funcionar. El problema de nuestra relación con la teoría y el conocimiento no es un problema solo de ahora. No es un problema solo para organizar nuestra táctica, mirar para las corrientes sindicales, hacer una mejor caracterización de las fuerzas políticas para la toma del poder. Va a ser un problema fundamental después que tomemos el poder. Porque allí es que vamos a ver a todos los técnicos que hoy están al servicio de la burguesía huir del país. Vamos a ver que todo el conocimiento, que fue expropiado a la clase obrera a lo largo del tiempo, desaparece, de repente. Vamos a tener que lidiar con esta situación. Lenin decía que uno de los principales problemas que enfrentó el partido bolchevique después de la revolución era que la clase obrera era inculta.

No porque la clase obrera no tenga capacidad de aprender las cosas sino porque su conocimiento le fue expropiado. Y si el partido, la dirección del partido, de la Internacional, y los cuadros del partido no entienden que es fundamental profundizar nuestra relación con la teoría, fundamental para organizar la toma del poder hoy, pero también porque estamos proponiéndonos dirigir la sociedad, si no entendemos eso, estamos perdidos.

Si no se entiende el papel del internacionalismo, por ejemplo, que no entró como tema en este seminario, estamos perdidos. ¿Cómo va a ser posible, por ejemplo, una discusión con la clase obrera brasileña como la que los bolcheviques tuvieron que hacer con la clase obrera rusa? La de que si fuese necesario, los obreros rusos tendrían que sacrificarse para que la revolución triunfara en Alemania. Si no incorporamos en nuestras actividades cotidianas la cuestión del internacionalismo a cada momento, vamos a tener que pagar un precio muy alto en el futuro.

Ana Luisa

Quería abordar un tema discutido en nuestro grupo sobre el régimen del Partido. Fue inevitable leer todos los textos y no parar para pensar, lo que explica las unanimidades de nuestros últimos tres congresos. Me quedé pensando sobre esto casi toda la lectura.

En el Congreso de 2005 hubo una gran unidad en torno a la bolchevización, que tenía en aquel momento el eje de la discusión de organismo y disciplina. En el Congreso de 2008, otra gran unidad en el partido en torno a la proletarianización.

Y, en el Congreso de 2011, separando la lucha política y teórica que ocurrió en el punto de mujeres, otra gran unidad política sobre el tema “actuar como un Partido Político Revolucionario”.

No creo que no exista lucha política y teórica en nuestra organización. Pero la cuestión que levanto es por qué hacemos tan poca lucha política y teórica.

¿La realidad no fue desafiadora en estos últimos diez años, período de estos últimos tres Congresos? Bien, fueron los años del Frente Popular dirigiendo el país. ¿Nosotros no cometimos errores políticos y de varios otros órdenes a lo largo de este período, en el terreno del análisis, de la caracterización y de la política? Cometimos muchos errores políticos a lo largo de este período. Entonces, ¿qué explica tan poca lucha política y teórica? ¿Qué respiran los organismos del partido? ¿Es la vida de la clase? Porque en mi opinión es lo que tratan todos los textos del Partido Bolchevique.

Ayer tuvimos polémicas sobre las fases de construcción del partido. Pero creo que tuvimos acuerdo sobre que en este momento vivimos la fase de construir fuertes partidos, de construir un programa para la revolución en todos los partidos de la Internacional, de hacer agitación y propaganda sobre el conjunto de la clase, de preparar un programa de la clase, de toda la clase.

En la escuela de cuadros sobre concepción de partido discutimos mucho que el programa del comunismo es un programa para toda la sociedad. Una cosa es lo que el partido va a organizar en sus determinadas fases de construcción, en las diferentes coyunturas políticas, condiciones objetivas existentes, elegir dónde se va a organizar, dónde va a concentrar sus cuadros, etc. Otra cosa es que el partido precisa tener un programa para el conjunto de la clase, para la sociedad, adecuado a cada país, a cada partido, cuando cambia la situación. Y esa no es la naturaleza de la preocupación cotidiana de los organismos del partido, no me refiero a los organismos intermedios, regionales, sino a los organismos de dirección del partido, de la dirección central del partido. No discutimos esencialmente la vida de la clase, este no es el centro de nuestra preocupación. En esta misma escuela (concepción de partido) hay un texto (no está ahí en la selección) de Moreno que dice: “nosotros no somos un partido que está en todas las luchas, sino que somos un partido que intenta tener un programa para todas ellas, que intenta tener un programa que alcance y abarque toda la vida de la clase obrera”, no la vida fraccionada de la clase obrera, de la fábrica, dentro de la estructura de la clase, sino la vida completa de la fábrica, que incluye el tema de las opresiones, por ejemplo.

Retomando. Nuestros organismos no sirven para esto, no tienen esta preocupación, no responden a esto. Pienso que este no es un tema menor, pues estamos por aproximación (congresos de 2005, 2008, 2011) intentando identificar la clave de la cuestión, de nuestros problemas estructurales, dónde está el centro de la cuestión, lo que nos aleja de ser un partido bolchevique.

¿Cuál es el centro? No creo que encontremos la respuesta en un aspecto aislado. O tenemos una respuesta global o vamos a fracasar.

Hacer parte del mundo real

Pienso que esto tiene varias expresiones. Voy a tratar una, para ejemplificar: los profesionales. Reivindico toda la estrategia que está contenida allí en los textos sobre los principios organizativos. Nuestra estrategia es un partido con una dirección profesional, dirigentes obreros experimentados en la lucha de clases y que se profesionalizan. Creo que cada paso, aunque todavía estemos distantes de esa estrategia, debe estar de acuerdo con ella.

Haciendo un paralelo con lo que Trotsky decía a los dirigentes más experimentados del Partido Bolchevique, para la nueva generación que entra en el Partido Bolchevique: la razón de la existencia de nuestro Partido, la responsabilidad de esa trayectoria hasta aquí, es la camada de dirigentes del final de la década del '70 y de la década del '80, esa generación que se formó y construyó el partido y fue parte de la construcción de nuestra Internacional.

En este momento, las nuevas generaciones del partido también tienen que ser experimentadas, precisamos ser más parte de nuestra clase, precisamos ser más experimentados en la realidad. Eso no es una polémica con el número de profesionales. Yo no sé cuántos tiene, cuál es la proporción, no es una polémica con la cuestión de número. Yo estoy a favor de que tengamos cuantos sean necesarios. Ahora, creo que la nueva generación del Partido precisa experimentar vivir junto a la clase para poder dirigirla, si no, no vamos a dirigir. Creo que tenemos que ser más parte del mundo real; y reivindico hacer más parte del mundo real yo misma.

Soto

Primero, les voy a pedir un poco de paciencia con mi intervención porque voy a presentar aquí algunas opiniones, conclusiones confusas, imprecisas, pen-

sar un poco [en voz] alta con ustedes. Son ideas que surgieron en el propio debate del grupo. Ustedes verán que en varios aspectos la intervención que haré se remite a la intervención que Silvia hizo y con la cual tengo bastante acuerdo.

Quiero “problematizar” sobre el debate de régimen y de la estructura interna. Para eso voy a intentar desarrollar dos temas. El primero se refiere al problema de la selección de los cuadros y de la construcción de una dirección revolucionaria. El segundo es el tema de la relación entre centralismo democrático, política y división de tareas. Insisto: no son pensamientos acabados, ideas apasionadas. Voy a presentarlas aquí, y probablemente al final de este plenario llegue a otras conclusiones sobre estos temas.

La selección de los cuadros

Primero, sobre el problema del régimen. Es el tema que Silvia desarrolló y yo voy a tomar algunos aspectos aquí. Quería comenzar con la citación que ella mencionó y no pudo citar porque estaba sin la apostilla. Son dos frases de Lenin en el “¿Qué hacer?”, que tienen mucha importancia en la medida en que Lenin era muy cuidadoso en la elección de las palabras.

Veamos lo que él dice:

“El único principio serio en materia de organización debe ser: secreto riguroso, elección rigurosa de los miembros, formación de revolucionarios profesionales. Reunidas estas cualidades tendremos algo más que democratismo, una confianza plena y fraternal entre los revolucionarios”.

Entiendo que en este fragmento, Lenin reivindica que el único principio serio en materia de organización es desarrollar una relación de confianza plena entre los revolucionarios. Porque en la lucha de clases puede haber momentos en los que no va a ser posible cualquier especie de democracia y, aún así, nosotros vamos a tener que confiar unos en los otros para seguir construyendo nuestro proyecto.

Digo esto porque cuando uno entra en el tema de la confianza, estamos entrando en el tema del tipo humano y en la cuestión de la selección de los cuadros. Y el problema del tipo humano, para nosotros que somos marxistas, no es un problema metafísico, no tiene que ver con cualidades inherentes a las personas, que ellas trajeron desde la cuna, sino que tiene que ver con la vida que ellas viven, tiene que ver con las relaciones que ellas establecen con la vida, con

las relaciones que establecen con las diferentes clases, con la moral de las diferentes clases en lucha.

Veamos la cita de Trotsky sobre la cuestión de la incorporación de los cuadros obreros en la dirección. Él reivindica esta política no sobre la base de un criterio obrerista y tampoco sobre la base de un criterio de reflejar más la conciencia de clase a la hora de elaborar política. Sino, sí, sobre la base del criterio del tipo humano que es el cuadro obrero cuando él habla de las relaciones que establece, de la experiencia de vida que tiene, de la relación que tiene con la clase obrera.

Esto diciendo esto para discutir la cuestión del prestigio, del problema de la ambición y las contradicciones entre ambición y prestigio. En este marco, pienso que este alerta de Trotsky debe pesar a la hora de definir los profesionales del partido, la dirección del partido, y también para definir la relación de la columna dirigente con la clase y cuáles deben ser sus tareas prioritarias.

Veo un problema en nuestra organización, que es la superestructuración de los profesionales y de la dirección. Veo que muchos cuadros viven la vida del aparato del partido, están distantes de la clase. Esa distancia genera una serie de desvíos y nos torna más susceptibles a las presiones de las otras clases, más susceptibles al prestigio y hasta genera un cierto grado de burocratización. Nos lleva a pensar nuestras actividades basándonos en criterios equivocados, en cómo vamos a mantenernos en las tareas en que estamos, en cómo vamos a mantenernos como profesionales o cómo vamos a tener tareas importantes, poniendo esta ambición por encima del desarrollo de la propia organización.

Entonces, nos tornamos defensivos, poco abiertos a las críticas, intentando siempre demostrar que nosotros somos por veces más capaces de lo que somos. Perdemos los mecanismos para verificar nuestros propios errores, cuestionarnos. Todo eso está relacionado con el ambiente, que Silvia describió aquí. Es decir, cuando hay un ambiente pequeñoburgués en el que se valoriza el prestigio, es difícil decir: “mira, yo tengo todos los defectos y aun cuando quiera ser mejor, no lo consigo”.

Entonces, creo que el distanciamiento de la clase es [un aspecto] importante, [y] es decisivo [cuando se trata] de selección de los cuadros, de los profesionales, de la elección de los dirigentes. Digo esto, ¿por qué? Para mí, no importa mucho si tenemos muchos o pocos profesionales –que aparece aquí– sino que creo que estamos en el momento de debatir *quienes* y *cómo* van los profesionales a relacionarse con la clase, y cómo la militancia del partido va a controlar a los

profesionales, a la dirección y su actividad. Este tal vez sea un debate que deba tener más jerarquía en nuestras discusiones.

Mi experiencia es muy mala en ese sentido. Cuanto menos tareas tuve en el partido, cuanto menos jerarquía, cuando estuve en la base del partido, fue cuando estuve más próximo de la clase obrera, tenía más tiempo para estudiar el marxismo, más tiempo para elaborar política. Cuanto más recibo tareas de dirección en el partido, menos elaboro y menos tiempo tengo para estudiar.

Entonces, ¿cómo impedir que la necesidad de una superestructura partidaria, de un aparato, de profesionales, genere un alejamiento de la dirección del partido de la clase obrera? Esta es una primera preocupación, que está relacionada con la selección y el control de los cuadros dirigentes por la base obrera del partido.

Centralismo democrático y política revolucionaria

La segunda cuestión tiene que ver con el tema que Henrique planteaba en el informe, sobre el problema de la flexibilidad de la estructura. Me parece que tanto Lenin en “Carta a un Camarada” como Moreno en “Problemas de Organización”, ubican que la flexibilidad organizativa está relacionada con la situación de la lucha de clases y el tamaño del partido. Pero, también, me dio la impresión de que hay algunos elementos permanentes más allá del centralismo democrático, de la *fórmula* centralismo democrático. Porque el centralismo democrático es una fórmula que está subordinada a un contenido determinado. ¿Qué contenido? La elaboración de política revolucionaria.

Por lo tanto, si el contenido no es la elaboración de política revolucionaria a partir de la teoría marxista y de la intervención sobre la clase obrera, la fórmula centralismo democrático se deforma, pierde su contenido. El centralismo democrático solo puede realizarse si la política está en el centro de la actividad del partido.

Independientemente de la estructura que el partido tenga es necesario que la política esté en el centro de la actividad del partido. Esto tiene que ver con la razón de ser del partido, que es la disputa por la conciencia de la clase obrera.

El partido existe porque la lucha de la clase obrera no produjo el marxismo como teoría, no produjo la política marxista. Esta teoría tiene otro origen, no es un producto objetivo de la lucha de la clase obrera. Por lo tanto, el partido desarrolla un programa a partir de esta teoría, y a partir de este programa ela-

bora colectivamente, sobre la base del centralismo democrático, una política revolucionaria y la lleva hacia la clase obrera.

Entonces, este ejercicio debe ser el centro de la actividad del partido y cualquier estructura tienen que estar jerarquizada por esto. La estructura interna debe estar jerarquizada por el desafío que es disputar la conciencia de la clase obrera para la política revolucionaria a partir de un programa marxista.

Pero hay otro elemento que está en los textos y que Henrique también desarrolló en su informe, que es el problema de la especialización y de la división y descentralización de las tareas. Y tanto Lenin como Moreno dieron mucho peso a esto. Lenin, en “Carta a un Camarada”, dice:

“saber utilizar todo y a todos, la más completa división del trabajo posible”.

Después él sintetiza y combina este tema con el problema de la centralización política. En el mismo texto plantea, como condición para la centralización política, la descentralización de tareas, la descentralización de actividades:

“... descentralizar cuanto sea posible la responsabilidad frente al partido de cada uno de sus miembros individualmente, de cada participante del trabajo, de cada uno de los círculos del partido o próximo a él. Esta descentralización es la condición indispensable para la centralización revolucionaria y su necesario correctivo”.

En el final, él habla sobre algo con lo que todos nosotros nos identificamos mucho: las *“interminables reuniones a propósito de todo”*. Porque no dividimos tareas, todo el mundo quiere opinar sobre todo, y hacemos reuniones y más reuniones, viviendo cada vez más adentro del partido.

No es por casualidad que la política no está en el centro de la vida del partido. Es porque el centro de la vida del partido son las actividades, garantizar las tareas. Si no hay división de tareas no puede haber centralización política. El partido debate exhaustivamente cómo garantizar las actividades y no debate la política.

Surge entonces la cuestión de las circulares y del periódico.

Henrique dijo una vez *“el ejecutivo se reúne y produce una circular, que es una orientación de actividades, y no produce un periódico, que es una orientación política”*. Esto remite a la metáfora muy utilizada sobre que nosotros dirigimos el partido con las manos y no con la boca, con las ideas. Eso se refleja en la forma como tratamos el periódico.

Se habló aquí de la importancia que tenía el periódico en el partido bolche-

vique y –después me corrigen si estoy equivocado– la verdadera razón que llevó a la división del partido en el congreso de 1903 fue la definición de los miembros de la redacción. Hubo ruptura de los economicistas; después, polémica sobre el estatuto.

Pero la división entre bolcheviques y mencheviques se concretó en el momento de definir la composición de la redacción del periódico. Eso demuestra la importancia que Lenin daba al periódico, como parte fundamental de la aplicación del centralismo democrático.

Entonces, para sintetizar, nos veo muy distantes del modelo del partido bolchevique. No hay una división de tareas, no hay una descentralización de las tareas y actividades. Y en la medida en que no hay más autonomía para las iniciativas, no hay una mayor centralización política, un mayor debate político en los organismos.

Los organismos discuten tareas que fueron orientadas por la dirección. No debate la política para, a partir de allí, ellos mismos tener iniciativas y proponerse cumplir tareas. Tenemos una centralización de actividades y una descentralización política, o un desarme político.

Yo creo que este criterio –que el centro de la vida del partido sea, permítanme una exageración, la ejecución de órdenes y saber conducir a los otros para ejecutar órdenes– es el principal problema.

Puedo estar exagerando –los demás camaradas pueden corregir mis exageraciones–, pero me parece que es una deformación, pues en nuestro partido el centralismo democrático no está al servicio de la elaboración política sino de garantizar las actividades.

Yo decía en el grupo sobre lo que los camaradas de otras secciones pensarían del partido brasileño después de este seminario. Porque cargamos problemas. Cuando estamos discutiendo entre nosotros, exageramos un poco en los problemas. No podría ser diferente, es parte de nuestra tradición. Entonces, insisto con que los demás camaradas corrijan las posibles exageraciones de mi intervención.

Por fin, pienso que estos problemas están entrelazados. La cuestión de la selección de los cuadros, de la definición y el control de los dirigentes, del distanciamiento de la clase, de la vida para adentro, están relacionados con la falta de jerarquía en la elaboración política y en la disputa de la conciencia política de la clase. Son estas las ideas que quería presentar.

///

Genilda

El papel de la teoría y de las experiencias es conseguir traducir en nuestra intervención, en nuestra vida cotidiana, aquello que aprehendemos de los conceptos. La discusión central en el grupo fue el tema de la estructura y el régimen del partido, el centralismo democrático. Comenzamos la discusión con una pregunta: “Al fin de cuentas, ¿qué es lo que el partido debe centralizar?”. Y así se abrió la discusión en el grupo. Aquello que el partido debe centralizar es su política, su acción política como la traducción de un programa, de una estrategia. Pero, al final, ¿qué centraliza un dirigente del partido en el día a día? En realidad, y este es el problema central que enfrentamos, toda nuestra preocupación es centralizar, exclusivamente, las actividades de cada militante y no su actuación política.

En nuestra actuación como dirigentes queremos saber si los militantes cumplieron las metas, sean ellas cuales fueren. Si el militante estaba en el lugar votado, cada semana, en las innumerables actividades que se suceden; no nos interesa cómo. No obstante, no queremos saber cuáles son las reflexiones que el militante hace sobre las actividades que ejerce, porque no hacemos balance. No nos permitimos reflexionar sobre cada actuación en la lucha de clases y no permitimos que los militantes lo hagan. ¡Y vamos a otra actividad!

Un partido que se jerarquiza por la centralización de las actividades deforma el régimen del centralismo democrático. ¿Por qué? Porque si la jerarquía es la centralización de las actividades, lo que prima en el régimen centralista democrático es el centralismo, la disciplina para cumplir y alcanzar los resultados en cada una de las intervenciones del partido en la lucha de clases, sin los debidos cuidados y muchas veces con una lenta discusión en los organismos y, principalmente, sin balance de aquello que fue hecho. Esto acaba creando una deformación en la concepción de régimen del partido. Es por eso que hay tanto “malestar” cuando aparecen diferencias o dudas entre los militantes. Parar para discutir, elaborar, pensar, “dificulta las actividades”, quiebra el ritmo de “orden unido” con el cual actuamos.

El texto “Carta a un Camarada” de Lenin debería llamarse: “Carta a un camarada de nuestro partido”. Ese texto fue escrito en 1902, pero es una descripción clara y concreta de lo que son nuestros problemas y de la forma cómo nosotros actuamos.

El fragmento que sigue ejemplifica bien eso:

“comités formados, de un lado, por un puñado de personas, cada una de las cuales dirigiendo todos y cada uno de los asuntos, sin que se designen funciones específicas en el trabajo revolucionario, sin responsabilizarse por actividades especiales, sin preocuparse en estudiar cuidadosamente, sin preparar minuciosamente y llevar a cabo las tareas ya iniciadas, perdiendo una cantidad enorme de tiempo y fuerzas de agitación aparentemente importantes”.

Si el dirigente no sabe todo (controla todo) y a todos no es un buen dirigente. Si él no está presente en cada actividad del partido, el balance es negativo y la culpa que él siente es enorme. La base tiene la misma concepción, porque fue educada así. En la medida en que tenemos que saber todo y estar en todos los lugares, no hay espacio para estudiar, reflexionar, porque esas cosas son pérdida de tiempo, esto es un tiempo “robado” a las actividades. Esta es una deformación grave en nuestro régimen.

Moreno escribió en 1984 un texto en el que arriesga una fórmula, una política sobre lo que es la tarea de un dirigente del partido: *“la preocupación del dirigente tiene que ser: dar iniciativa, localizar al militante, motivarlo... En el texto, él explica qué es cada una de estas cosas. ¡No hacemos eso, camaradas!*

El dirigente del Partido, con rarísimas excepciones, es un “boyero” [arreador de ganado]. No tenemos como preocupación central ubicar a cada militante detectando sus puntos fuertes y débiles. No dejamos que el (la) camarada tenga iniciativas, no sabemos para qué el compañero (a) sirve, como él (ella) quiere hacer las cosas, cómo imagina que tiene que ser hecho, y mucho menos motivamos a alguien. Estamos más para lo que Moreno llama *“los especialistas en insensibilidad”*.

Estos son grandes problemas que tenemos y si los resolvemos podremos dar pasos importantes en la construcción de un régimen partidario saludable, con centralismo y democracia dentro de cada una de nuestras organizaciones.

Cilene

Voy a presentar algunas opiniones bastante iniciales, fruto de un estudio también muy inicial. Quería enfocarme en el tema de la estructura del partido. Creo que se encaja perfectamente en el partido brasileño la afirmación de Moreno de que el trotskismo fue víctima del fetiche de la organización socialista, fruto del fenómeno del estalinismo. Pues es un hecho que hace mucho tiempo tenemos una fórmula rígida de organización. Pero, la pregunta que debe ser hecha es por qué eso se dio. ¿Es solo porque existe un fetiche que no se cambian fór-

mulas organizativas? Me arriesgo a decir que ese hecho guarda una relación, en la práctica, con una concepción equivocada de cómo se ejerce el centralismo democrático. En segundo lugar, también guarda relación con una visión equivocada de cuál es la naturaleza de nuestro partido, de cuál es la esencia del papel de nuestro partido.

Esas dos visiones equivocadas son las que terminan por enyesar nuestra forma de organización. Voy a arriesgarme a desarrollar un poco este razonamiento.

El régimen

Sobre el centralismo democrático, esencia de nuestro régimen, en la práctica no comprendemos que lo que garantiza el centralismo democrático es la forma organizativa. Es la relación entre los organismos. Es la presencia de cuadros o no en varios organismos, incluso repitiéndose muchas veces en varios de ellos. Es la centralización de las tareas. Es la necesidad de estar en todos los ambientes de la actividad partidaria. Esta relación célula de base, comité zonal, comité regional, etc. Construimos una comprensión sobre que esa estructura piramidal –y la presencia de los dirigentes en todas ellas– es lo que garantiza el centralismo democrático. O sea, los organismos en sí son los que garantizan el centralismo democrático. Esta es una visión empírica y formal de lo que es el centralismo democrático. En realidad, los organismos son apenas un instrumento para que se ejerza. En verdad, la esencia de nuestro régimen es la centralización política a través del debate democrático y a través del debate político.

La existencia en sí de los organismos o de la cantidad de organismos no es garantía en sí de la centralización y de la democracia. Yo creo que construimos una falsa idea de que la garantía de centralismo democrático se da por los organismos y no por la política.

Cómo funcionamos

El segundo tema tiene que ver con la naturaleza del partido. En la práctica, nosotros no llevamos a fondo el hecho de que somos un partido que quiere dirigir una revolución. Esto se pierde en el cotidiano partidario, pues lo que ejercemos en el día a día, como esencia, es que nosotros somos el partido de las luchas, el partido de la intervención. Es esto lo que explica que el puesto de

mando de los organismos y de la dirección es la actividad y no la política, muchas veces un actividad política alienada. ¿Quién de nosotros no organizó un volante en el que la militancia ni siquiera sabía lo que estaba escrito en el panfleto? O sea, nuestra esencia no es preparar los ejes de agitación política, es la entrega en sí del volante, del papel, y no la agitación política, cuando el papel es el instrumento de la agitación política, de las ideas. Nuestra preocupación central no es cuáles son los ejes de propaganda, cuáles son los principales temas para disputar la conciencia de la vanguardia, sino cuántos periódicos vendió cada uno. Cuando vamos a preparar la acción del partido, la agitación y la propaganda, es una preparación despolitizada, de resultados.

Estaba leyendo un texto que es una desgravación de una intervención de Moreno que en realidad es una polémica suya con una circular interna –aquella conocida como “anti-identikit”–, con la dirección argentina, en el que él hace exactamente esta discusión. En el documento, la dirección argentina escribe, en la época de la dictadura, que: *“somos el partido que participa de todas las luchas, que procura conducir todos los enfrentamientos con la dictadura”*. El documento orienta que el partido tiene que estar en todos los procesos de resistencia y que lo que va a garantizar el crecimiento de la organización es la intervención del partido en las luchas.

Moreno polemiza con esta circular diciendo que no somos el partido de la intervención en “todas las luchas”, primero porque sería arrogante decir esto porque no es verdad, no es posible dar esta tarea para el partido, y, segundo, que lo más importante no es intervenir en las luchas sino para qué y de qué forma intervenimos en ellas. Moreno, criticando la circular interna, dice: no hay una preocupación en estudiar la caracterización de aquel proceso, qué pensaban las corrientes, cuál es la política de las corrientes, cuáles las consignas más acertadas. O sea, la preocupación esencial es organizar la intervención y no acertar, caracterizar científicamente, y elaborar la política.

Moreno decía: *“esto lleva al economicismo, a un reformismo, a una pérdida de nuestra estrategia, en la práctica”*. Y nuestros organismos funcionan así muchas veces.

Por fin, estos dos procesos llevan a otro problema que Moreno discute en otro documento, que es la saturación de los cuadros. Esa saturación tiene en la raíz las concepciones equivocadas que llevan a una despolitización general del partido y que llevan a una traba en el crecimiento del partido. Moreno va a hacer un balance de un documento que él había hecho en un momento anterior,

en 1986, del porqué había fracasado el proyecto de construcción. Y él dice: “porque no identificamos un problema que era el problema de la despolitización de los cuadros, de la necesidad de formación y de poner la política en el centro de la actividad del partido”. Pienso que por ahí es el camino. Si nos quedamos pensando solo en las formas organizativas, creo que no vamos a conseguir encontrar el hilo de los problemas centrales de nuestra organización.

Freitas

Estaba un tanto inseguro para hablar, entonces voy a intentar reproducir lo que dije en el grupo. Siempre que hablo acabo poniendo un ejemplo personal sobre mi relación con el partido.

En el último congreso del partido, cuando yo salí delegado, me acuerdo que estaba inseguro, no quería hablar, y algunos compañeros vinieron a incentivar-me –uno de ellos fue Vivaldo, y también Laura–, pero, incluso así, no hablé.

Luego escuché hablar a Zé Maria y él dijo lo que yo iba a decir, y entonces ya no hablé. Y no lo hice antes porque creí que iba a decir bobadas, creí que no tenía importancia.

Después llamé a Zé Maria y le dije: “*Zé Maria, yo creí que iba a decir bobadas y tú fuiste allá y dijiste las bobadas que yo iba a decir*”. En fin, estoy diciendo esto porque hay una cosa que yo creo que es muy importante, que atenta contra el régimen del partido, una cosa que en mi opinión existe.

No es fácil criticar a la dirección

Es muy difícil hacer una crítica a la dirección del partido. No es fácil. Uno de los motivos que en mi opinión lleva a esto es la baja formación política de la base.

Nosotros estamos siempre en la inseguridad, porque un cuadro de la dirección es más formado que nosotros. Esto crea cierta intimidación.

Por ejemplo, en la apostilla, en aquel relato de Stalin sobre cómo él veía a Lenin, yo no creo que sea así como vemos a todos los cuadros del partido, pero es un poco así, porque confiamos en nuestra dirección. La apostilla tiene esa parte, aquí en la página 37, en uno de los últimos párrafos, que dice así: “*cuanto mayores fueren los aciertos políticos de la dirección, mayor será la confianza de la base en esa dirección*”.

Esta es una gran verdad, pero yo creo que tenemos que tomar un poco de cuidado con esto, porque esto va haciendo una sombra y hacemos toda la discusión de que nosotros precisamos formar cuadros, cuadros críticos, que van a criticar y van a polemizar, y ahí la autoridad que tiene la dirección puede ser una traba. Y un cuadro que está en la dirección tiene mucha autoridad sobre la base. Yo creía que no, pero en la Regional Campinas siento un poco esto con relación a mí, que soy parte de la dirección de la regional, quien dice de la dirección... Estoy diciendo esto porque Silvia dijo aquí, y esto fue notado por muchos compañeros, que ninguna compañera había hablado ayer y con certeza esto ocurre con las militantes mujeres y con los militantes menos formados, con los obreros aún más.

Para poder tener coraje para enfrentarse con la dirección –porque una cosa es hablar y otra cosa es enfrentarse políticamente– yo creo que tenemos que pasar por un proceso de fortalecimiento psicológico, para ver que el compañero que está del lado de allá sangra también, que le va a doler, que va a ir para su casa dolido, mordido.

El Congreso de 2011 aprobó y mantuvo la política de proletarización, y puso en las resoluciones la promoción de cuadros mujeres, obreros y jóvenes. Solo que no vamos a pavimentar para que los obreros avancen, los obreros van a tener que disputar, van a tener que decir: “*yo estoy aquí, yo quiero hablar, yo quiero elaborar, yo quiero dirigir, y todo, y más*”.

La importancia de la disciplina

Quería hablar sobre el centralismo democrático. Reivindico el centralismo y es una cosa que me hace creer mucho en este partido. Cuando entré, creía que iba a tomar un fusil y a salir dando tiros a la burguesía. Pensaba que era esto lo que había que hacer. Ahí vi que no era así la cosa, y lo que me dejó muy confiado después, en el comienzo de mi militancia en el partido, fue percibir que es un partido serio, que tiene disciplina. Yo vengo de la clase trabajadora, donde veía que las huelgas sin disciplina no funcionan y una organización sin disciplina no va a tomar el poder. La disciplina es una cosa que reivindico mucho. Sin embargo, muchas veces la autoridad de la dirección crea una confusión sobre hasta qué punto el centralismo democrático va a permitir que el cuadro hable, hasta qué grado de política él puede manifestar. Centralizada, la base del partido es. Vemos esto.

¡Yo creo que la formación es fundamental para resolver eso!

Los obreros en la dirección

Voy a entrar ahora en las citas de Lenin sobre la formación de cuadros obreros como parte de la dirección del partido.

Estoy medio confuso sobre lo que él quiere con esto. Porque si junta ocho obreros y un intelectual, aquellos van a quedarse callados, o van a hablar de sus experiencias de vida; en fin, va a llevar mucho tiempo para que ellos se formen a nivel de elaborar.

Me queda la duda sobre lo siguiente: ¿qué está queriendo decir Lenin? ¿Cuál es el aporte de los cuadros obreros en la dirección? Porque si fuese solo formación teórica, deje a los intelectuales.

Estoy diciendo esto porque realmente no consigo comprender y creo que esto es muy importante. Discutimos que estamos con la política de proletarianización, que estamos con la política de formación de cuadros obreros, que tenemos pocos cuadros obreros en el partido. Creo que, muchas veces, muchos cuadros no se quedan en el partido por esto, porque no se sienten motivados, no se sienten disputados, no se sienten promovidos. Entonces, creo que si no conseguimos pavimentar, si no construimos medios para formar y entender, los cuadros obreros no van a tener condiciones de dirigir.

La cuestión de los balances

Y aquí, solo una cosa más, que es sobre balances. Creo que no sabemos hacer balances. Que tenemos un problema para hacer balances. Que no sabemos hacer balance porque muchas veces tenemos miedo del balance negativo. Porque el balance negativo va a sacarnos de la tarea, va a quitarnos nuestra autoridad y esto hace que hagamos balances con desvíos. No estoy diciendo que lo hagamos intencionalmente, con deshonestidad, sino con desvíos, con nuestros miedos, “centreando” para no profundizar en el balance.

Es lo siguiente: el balance positivo aparece, está todo bien y nosotros nunca vamos a promover más a nadie porque estos están acertando siempre. Y, así, nosotros vamos a tener problemas. Para ir finalizando: yo era nuevito en el partido y pregunté para Américo: “Américo, ¿qué es un cuadro? Y él me dijo así: cuadro es aquel que resuelve problemas” (risas).

Hoy creo que es eso mismo, cuadro resuelve problemas, pero voy a decirles una cosa: ¡cuadro en el partido no es igual a pescado, viejo! ¡Sáquelo del agua

para ver como el bicho queda! Antes de morir, él se sacude, se sacude, y nos hiere. Quiero decir lo siguiente: nosotros, cuando sacamos a un cuadro obrero de la fábrica, cualquier cuadro de cualquier lugar, él va a sacudirse en el partido, va a querer volver a su ambiente. Y si el partido no fuese su ambiente, vamos a sofocar a ese cuadro.

Dije un montón de cosas aquí, y de repente ustedes van a tener que resolver, porque al final, cuadro resuelve problemas, no es así? (risas).

André Freire

Hay una necesidad de recuperar la importancia de la discusión sobre la teoría de la organización y estructura de un partido revolucionario, que hace mucho tiempo que no se hace con tanta centralidad.

Y ustedes vieron, en los primeros textos, que Moreno habla de que en cierta medida la organización es el centro de la actividad marxista. Lenin habla que es la cualidad más profunda y permanente de la revolución. Es necesario, entonces, que vuelva a ver este debate y busque, en este momento, fijar algunos conceptos fundamentales.

Hubo un entendimiento bastante equivocado durante los últimos años sobre este debate de organización y estructura del partido. Y él tiene importancia para nuestro proyecto.

En primer lugar, ¿existe un modelo de estructura partidaria, de organización partidaria? ¿Existía un modelo leninista de estructura y organización partidarias? Creo que esta es una primera reflexión que tenemos que hacer, incluso leyendo los textos.

Porque son muy diferentes los debates que Lenin hace en el *¿Qué hacer?*, donde había un objetivo evidente, del que hace, por ejemplo, en 1906, después de la revolución de 1905. Son debates distintos sobre organización partidaria, donde él enfoca temas diferentes.

Por ejemplo, en 1903 había la necesidad de fortalecer una columna de cuadros que garantizase la intervención del partido y la disputa de la conciencia desde afuera. En 1906 era abrir el partido para que la clase obrera, la juventud estudiantil y obrera entrase al partido. Entonces, son criterios de organización diferentes.

Si se busca una estructura pura, leninista, nosotros no vamos a conseguir encontrarla en relación con la estructura partidaria, porque ella va a cambiar.

Por ejemplo, comparen después de la toma del poder todos los criterios restrictos para la entrada al partido que Lenin defendió para evitar que se pierda el carácter del partido, con la política que él tuvo en 1906, por ejemplo, proponiendo abrir el partido, polemizando con los “Comitecs”.

Es diferente. ¿Y qué significa esta diferencia? Porque justamente el modelo de partido bolchevique no se concentra en el tema de la estructura. Se concentra en otros temas. Inflexibilidad en los principios y flexibilidad en las tácticas.

En relación con el partido, lo inflexible es el régimen centralista democrático, pero no la estructura. No hay un modelo. Pero, entonces, ¿cuáles son los criterios? ¿Cuáles son los criterios fundamentales que están discutidos en los textos y que creo que tenemos que recuperar?

Primero, la situación de la lucha de clases. Y por eso este debate se plantea con mucha fuerza ahora, con el cambio que hubo en la situación política. Podría haberse planteado antes también, pero se da ahora porque hay una alteración en la lucha de clases. Y tal vez sea esto lo que hizo que Moreno escribiese “Problemas de Organización” en aquel momento, y también la batalla que Lenin dio contra los “comitecs”, porque había una alteración en la lucha de clases. Entonces, el criterio es: ¿cuál es la situación en la lucha de clases para organizar el partido para responder a ella?

Y, el segundo criterio, el desarrollo del propio partido.

¿Ustedes percibieron que en el texto, cuando se habla del Partido Bolchevique, cuando se habla de la organización bolchevique en Odesa y en Moscú, se demuestra que el partido tiene estructuras partidarias diferentes, en un mismo momento?

¿Por qué? Porque estaba respondiendo a diferentes tipos de partido, desde el punto de vista de su tamaño, del número de militantes, su estadio de construcción, relación con la clase, en diferentes lugares. Por ejemplo, si quisiésemos traerlo para nuestra realidad, existen regionales que tienen un tipo de desarrollo y otras que tienen otro tipo.

Otra cosa fundamental es la que Henrique dijo en el inicio. La estructura tiene que permitir aprovechar lo que hay de mejor en todos los camaradas. Entonces, no puede ser que un partido revolucionario que quiere dirigir el Estado obrero, destruir el Estado burgués y construir otro Estado, aproveche solo una parte de las características que tienen los trabajadores que entran al partido. Tenemos que tener capacidad de organización, para aprovechar las mejores características de todos los camaradas. Características que son diferentes. Unos

sirven para ser agitadores, otros propagandistas, como se traduce del texto.

Y, por fin, un criterio importante es que la estructura partidaria debe estar absolutamente subordinada a los objetivos políticos del partido. No hay una estructura partidaria en sí. Esta está subordinada. Por ejemplo, los compañeros, correctamente, especialmente los obreros que intervinieron aquí, dijeron que la actual estructura no sirve para nuestra proletarización.

Eso es muy importante. Nosotros no hicimos una discusión a nivel de la estructura partidaria, por ejemplo, que sirva para organizar más obreros. Porque esta era la consecuencia práctica.

¿Qué estructura partidaria sirve para organizar más obreros? Por ejemplo, en “Problemas de Organización” hay temas en relación con esto. Reuniones más próximas de la fábrica, reuniones menores en torno al periódico, incluso en la hora del almuerzo, dividido en varios días. Pueden ser correctos o equivocados el objetivo y el plan pero, ¿cuál era la obsesión? Que la estructura sirviese para reunir más obreros. Entonces, valía una reunión de cuatro días, dividida cada día en una hora de almuerzo, para reunir más obreros. Es lo que está escrito en “Problemas de Organización”.

Por lo tanto, si el objetivo del partido es proletarizar, tiene que haber una discusión en torno a la organización del partido para atender este objetivo. Porque no puede ser que mi objetivo sea aprovechar un ascenso de la juventud o sea proletarizar el partido y la estructura organizativa sea idéntica, la misma; no puede ser. Hay alguna cosa equivocada en esto.

Otra cuestión, que Lena ya planteó. La estructura del partido se relaciona, sí, con el problema de la teoría y con el problema del régimen, porque ella se subordina [a estos]. Entonces, tenemos que tener una estructura partidaria que posibilite concretar en el partido el objetivo que nosotros estamos discutiendo, sobre la necesidad de que los militantes estudien y cambien su relación con la teoría marxista. Entonces, esta estructura partidaria que necesitamos tiene que estar subordinada también a este objetivo. Porque si no choca; tiene un objetivo pero la estructura no permite, no ayuda. En muchos casos puede hasta ser un obstáculo para que esto se realice. Por ejemplo, el exceso de reuniones, entre otros elementos.

Y, también en relación con el régimen, porque nosotros precisamos incorporar en nuestra concepción de organización y estructura de partido que el régimen del partido es más firme con los cuadros de dirección y más libre con la base. Moreno habla de semianarquista en los núcleos.

Esto significa que precisamos dar libertad de iniciativa, de error. Y nosotros corregimos por la línea política general del partido. El centralismo se ejerce por esta línea general del partido y no exactamente porque aquel núcleo hizo esto, aquella regional hizo aquello. Porque si el partido después define, es necesario, fundamentalmente, confiar en nuestro programa.

Y por último: lamentablemente, nosotros no somos un partido con influencia de masas, en vías de ganar la dirección de la clase obrera. Por lo tanto, no determinamos el movimiento que las masas van a hacer. Un día, quien sabe, podamos influenciar de esta forma.

Pero, en relación con la estructura del partido la situación es diferente. Está en nuestras manos. Tenemos la estructura de partido que queremos. No hay un modelo, tenemos que discutir y definir. Yo digo que estos conceptos que estamos discutiendo en los textos son muy importantes y que debemos fijarlos bien.

Porque cuando vayamos a discutir nuestro partido, va a ocurrir un fuerte conservadurismo, pues es natural que cualquier organismo intente conservarse. Y en este momento, esta visión conservadora de la estructura partidaria puede ser mortal para nuestros objetivos políticos.

Vamos a precisar darnos el derecho de equivocarnos aquí también. De repente, tener una estructura imperfecta que después vayamos corrigiendo con el tiempo. Ahora, es necesario incorporar a fondo que esta estructura nuestra está agotada. Precisamos cambiarla, a partir de criterios que el marxismo revolucionario acumuló y que son estos que estamos discutiendo en los textos. Es hora de fijar esto, porque cuando vayamos a discutir nuestro partido no debe darnos miedo cambiar el núcleo, el comité zonal, la dirección regional, etc. Ahora no es hora de tener miedo de cambiar. Ahora es hora de encarar la necesidad de una revolución en nuestra estructura partidaria.

Martín Hernández

Después de mi intervención de ayer sobre la cuestión del partido con influencia de masas algunos compañeros me comentaron que ella provocó varias discusiones. Hasta ahí está muy bien, porque nuestras intervenciones no tienen como objetivo cerrar ninguna discusión y es bueno que surjan diferencias o matices, porque estamos en un proceso de elaboración. Esto no me preocupa. Lo que sí me preocupa es que, por lo que me informaron y por lo que vi hoy en

el plenario, se entendió lo opuesto de lo que dije. Entonces, eso es malo, porque crea confusión. Una cosa es que haya discusión y otra es que haya confusión. Porque la confusión no ayuda. Por eso quería hacer algunas aclaraciones sobre el debate de ayer.

Hubo compañeros que interpretaron lo siguiente: que yo estaba en contra de que nuestros partidos ganasen influencia de masas. Que yo quería un pequeño partido, que el partido de la revolución tendría que ser un pequeño partido y no un partido con influencia de masas.

No fue eso lo que dije y no es eso lo que pienso. Por otra parte, un compañero, en una intervención hoy, dijo que yo habría dicho que todos los obreros, para hacer una revolución, tendrían que comprender la ideología de los marxistas y, respondiendo a esta idea, él dijo: “eso es imposible, la revolución no es así”.

Yo no dije eso y concuerdo con el compañero que una revolución no es así. Pero no concuerdo con lo que dijo sobre que el partido bolchevique ganó la dirección con tres consignas. Tampoco es así. El partido bolchevique no ganó a nadie con esas tres consignas. Las consignas paz, pan y tierra eran consignas mínimas. Los obreros no siguieron al partido bolchevique y fueron con él hasta la muerte en la guerra civil porque concordaron con esas tres consignas. Estas consignas sirvieron para ganar a las amplias masas, pero ellos ganaron a la clase obrera con algunas consignas centrales: ¡Ese no es nuestro gobierno! ¡Ese es el gobierno de los capitalistas! ¡Los obreros tienen que gobernar! ¡Todo el poder a los soviets! ¡No habrá paz ni tierra ni pan si los soviets no toman el poder! Y de esta forma concretaban el programa bolchevique y ganaban a los obreros, y estos daban la vida por el partido.

Ellos ganaron la mayoría de la clase obrera y por eso hicieron la revolución. No porque hayan ganado a la clase obrera para que entienda el conjunto de las elaboraciones de Marx. Ellos ganaban obreros analfabetos, que nunca habían leído el *Manifiesto Comunista* ni nada. Pero esos obreros eran del Partido Bolchevique y daban su vida por él.

Ahora, para ser categórico: ¿por qué yo digo que la consigna de nuestra corriente “*Construir el partido con influencia de masas*”, que todos hemos defendido, no es útil? ¿Qué tipo de consigna es esta? No es una consigna para las masas. Es una consigna interna. La consigna “*por un partido con influencia de masas*” es una consigna interna, para los militantes, para saber lo que queremos construir.

Las consignas expresan una determinada tarea, en dos o tres palabras. Tienen que ser precisas. Para que todo el que, por ejemplo, va para un congreso del

partido, pueda decir: “Yo sé lo que tengo que hacer. Yo sé cuál es la estrategia”. ¿Y cuál es nuestra estrategia? Un partido para tomar el poder. Un partido que sea capaz de dirigir a la clase trabajadora para tomar el poder. ¿Y cómo se concreta eso? Lenin dice que el partido, para tomar el poder, tiene que dirigir a la mayoría de la clase obrera y tener la simpatía, como mínimo, de otros sectores populares, campesinos, etc. Ahora les pregunto: ¿Lenin deja claro, en esa formulación, cuál es nuestra tarea estratégica? Para mí, sí. Él dice: “No basta dirigir a la clase obrera”. No se engañen. Si no ganan la simpatía de amplios sectores populares, pueden tomar el poder pero no lo van a conservar. Pero él tiene una estrategia, que es dirigir a la clase obrera. Nosotros, para intentar avanzar a partir de Lenin, hicimos una formulación que es la de “partido con influencia de masas”. Yo pregunto: ¿esta definición aporta alguna cosa a la de Lenin? Para mí, no. Al contrario. Es un retroceso. Porque Lenin habla de un partido que dirija a la clase obrera y nosotros hablamos de un partido que influya a las masas sin hablar de la clase obrera.

¿Qué es tener influencia de masas? Si tenemos muchos votos, tenemos influencia de masas. Si dirigimos varios sindicatos y varias luchas podemos tener influencia, pero eso no quiere decir que dirijamos a la clase obrera. Yo estoy a favor de mejorar la formulación de Lenin, pero no creo que lo de “influencia de masas” mejore la formulación de Lenin, porque no es una definición de clase.

En Rusia, los Socialistas Revolucionarios (SR) se fueron para el campo y se hicieron de masas. Los bolcheviques no fueron al campo. Aprendamos de esta lección histórica. No fueron, porque su objetivo central no era ganar influencia de masas, querían dirigir a la clase obrera y desde allí llegar a los otros sectores.

La relación entre los militantes

Ahora, sobre los temas que se debatieron hoy. Hay una cuestión muy importante que señaló una compañera cuando habló de las relaciones de confianza, de los criterios para elegir a los dirigentes. Aparentemente, la intervención no tiene mucho que ver con las cuestiones centrales que estamos discutiendo aquí. Sería una cosa paralela. Pero en mi opinión no es así. Creo que ella aborda uno de los problemas centrales que están en debate. Por ejemplo, Moreno decía que las relaciones de confianza son más importantes que el programa porque sobre el programa puede haber diferencias, debates, etc. Porque en los partidos no surgen solo diferencias tácticas, muchas veces surgen

diferencias de programa y, si en el partido existe un régimen sano, esas diferencias se pueden ir discutiendo, aunque a veces esas diferencias puedan llevar a divisiones; pero cuando se rompen las relaciones de confianza no existen más posibilidades de militancia en común. Entonces, cuidado con lo que está diciendo la compañera. Es lo mismo que vienen diciendo las compañeras con relación al machismo, cómo eso destruye las relaciones de confianza. ¿Pero qué quiere decir que se rompen las relaciones de confianza? Es cuando un compañero opina que todo lo que está proponiendo otro compañero tiene el objetivo de perjudicarlo a él, a otro compañero, o al partido. Es decir, se deja de escuchar lo que se está proponiendo para pasar a hacer una interpretación sobre las intenciones ocultas que hay detrás de esa propuesta. No me quiero alargar sobre este tema, solo quiero destacarlo como un tema muy importante porque tiene que ver con las relaciones entre los camaradas. Que parece una cosa secundaria, pero no lo es.

Sobre los organismos

Otro tema que quería abordar es sobre la cuestión del régimen. Si no entendí mal, creo que tengo diferencias con algunos compañeros que han planteado más o menos lo siguiente: “no es por los organismos que se concreta el régimen centralista democrático”.

Este es un debate muy importante, y yo entiendo otra cosa: que es por los organismos que se concreta el régimen. Es decir, no hay régimen bolchevique sin organismos. No hay ninguna posibilidad de un régimen centralista democrático o régimen bolchevique, como lo llamamos, si no es por dentro de los organismos.

Muchas veces nos encontramos con partidos movimientistas, que tienen un grupo de dirigentes pero los militantes no están organizados en organismos, son medio asamblearios o tienen organismos de base pero que no funcionan. Y si no funcionan los organismos no hay régimen centralista democrático. Todos los militantes, del primero al último, tienen que formar parte de un organismo.

Lo que estamos discutiendo aquí, con este material, es la forma que pueden llegar a tener los organismos. La forma, no el contenido. Las formas son flexibles. Por ejemplo, nosotros tenemos la tradición de las células pequeñas pero esto puede ser una desviación, porque Moreno decía lo contrario.

Nosotros estamos acostumbrados a decir que las células tienen que ser pequeñas. Moreno decía que no, ¡que esa era una herencia estalinista!

¿Los organismos tienen que ser células pequeñas, de cuatro o cinco? Pueden tener esa forma, pero también pueden tener otra. Depende mucho de la situación, de la lucha de clases, de muchas cosas.

¿Pero, cuál es el peligro en esta discusión? Que podamos llegar a decir: “adaptemos nuestra forma a la situación” y después lleguemos a la conclusión de que los organismos no son necesarios pues ellos tornan la acción más lenta. Sería como el partido de Rosa Luxemburgo, los espartaquistas, que, por ejemplo, en una fábrica tenían centenas de militantes pero solo 4 o 5 participaban de los organismos. No es que no tenían organismo. Pero la mayoría de los militantes solo se reunían, cuando eran convocados, en asambleas. Y tenían una capacidad de movilización extraordinaria, porque de una hora para otra podían poner en movimiento, por medio de las asambleas, a miles de militantes. Pero ese funcionamiento no tiene nada que ver con un régimen centralista democrático. Era un régimen elitista, caudillista, de unos pocos. En el régimen centralista democrático todos, desde el primero hasta el último militante, forman parte de algún organismo. Y hay jerarquías entre los organismos.

Lo que aquí estamos discutiendo, creo yo, son las formas que pueden adquirir los organismos dentro del régimen centralista democrático.

La relación entre centralismo y democracia

Varios compañeros se refirieron a la relación entre el centralismo y la democracia, y yo quería volver sobre este tema.

En los textos que hemos distribuido, ustedes podrán ver que Trotsky y Moreno tienen formulaciones diferentes. A nosotros nos parece que Moreno tiene una interpretación equivocada sobre este tema y que, por el contrario, Trotsky tiene razón.

Moreno dice que la relación entre centralismo y democracia está muy ligada al prestigio de la dirección. Cuando una dirección tiene más prestigio, tiene condiciones de ser más centralista, y sucede lo contrario cuando es más débil.

Si uno analiza la historia puede ver que fueron las direcciones más fuertes y con más prestigio las que fueron más democráticas.

Por ejemplo, los máximos dirigentes de la III Internacional eran Lenin y Trotsky –y fueron ellos, posiblemente, la dirección más prestigiada de la histo-

ria-, y todo indica que la III Internacional tenía un funcionamiento muy democrático, a punto tal que realizaban un congreso mundial por año.

Muchas veces vemos que las direcciones más débiles son bastante burocráticas, porque no es fácil ser democrático. Una compañera hablaba de las características que tenían que tener los dirigentes: de escuchar, de incorporar las opiniones de otros camaradas, de ser democráticos hasta el fin. Pero habría que agregar que esa no es una tarea fácil.

Si fuese tan fácil, todo el mundo lo haría, porque aquí no hay burócratas de profesión. Nadie defiende intereses materiales particulares. Sin embargo, muchas veces tenemos desviaciones burocráticas, ¿y eso a qué se debe? ¿A que somos burócratas? No; es porque somos débiles como dirección. Y, por el contrario, cuanto más fuertes somos como dirección, más democráticos podemos ser, y eso nos permite ser más centralistas porque nuestro ejército se consolida porque está más convencido.

Había un presidente en la Argentina, que era Alfonsín –que después que cayó la dictadura ganó las elecciones con un discurso “democrático”–, y él tenía un slogan ridículo, que decía: “con la democracia se come, con la democracia se cura, con la democracia se educa, con la democracia se vive.” Nosotros, con razón, nos reíamos de este “demócrata” que quería convencer a los trabajadores a aceptar la explotación de la burguesía con “la democracia”. Pero, con ese discurso democrático, mentiroso, ganó las elecciones. Eso era un disparate completo, pero dentro del partido y dentro de la clase obrera eso no es así.

Aquí, yo tomaría las palabras de Alfonsín. Dentro del partido, yo digo: ¡Democracia hasta el fin! Con democracia se consolida a los militantes, se capta, se forma a los militantes. Con democracia se puede conseguir una alta centralización del partido. Con democracia se consiguen milagros. El problema es que no somos suficientemente fuertes, nos falta capacidad para ser democráticos hasta el fin. Y ahí viene el problema que dijo una compañera –que yo considero muy importante–, sobre los criterios para promover un camarada. Es cierto, es así.

Cuando vamos a promover un cuadro, ¿qué valor le damos al aspecto democrático? ¿Es un cuadro que pasa por encima de todo el mundo o es cuadro que tiene siempre la preocupación de que funcionen los organismos, que escucha a los militantes de base, que arma la actividad en forma colectiva? ¿Qué peso tiene eso hoy? Hoy en día me parece que eso no tiene mucho peso en el partido.

¿Por qué estoy en contra de lo que dice Moreno y a favor de lo que plantea Trotsky? Porque, para mí, la posibilidad de que un partido sea bien centralizado – que es lo que se precisa– tiene un prerrequisito: ser muy democrático. Ser democrático hasta el fin.

Claro que hay momentos en que la democracia se reduce. Eso es inevitable, pero no está ligado al prestigio de la dirección. No es que una dirección con mucho prestigio tiene que ser más centralista y menos democrática. Es lo inverso. Cuanto más fuerte es la dirección –es una cosa que estoy pensando en los últimos meses– más democrática puede ser.

Pero hay momentos en que la democracia se reduce mucho y eso no tiene que ver con la vida interna del partido. Por ejemplo, en la Argentina, en la época de la dictadura genocida, durante tres o cuatro años no se reunió el Comité Central. Yo estuve en la Argentina entre los años 1976 y 1979, y en esos tres años nunca hicimos una reunión de CC. Entonces, en esos casos, la democracia baja mucho. El Comité Ejecutivo era de 6 o 7 miembros y no podía ser de más compañeros porque todo era súper clandestino. A veces las células eran de dos o tres compañeros. Había células que quedaban meses y meses sin recibir ningún tipo de atención. Entonces, era un funcionamiento muy poco democrático. Pero esta situación excepcional era provocada por la represión y no por una orientación nuestra. No era porque tuviésemos mucho prestigio. Y ese funcionamiento debilitaba el partido, que ya de por sí estaba debilitado por las prisiones y los asesinatos.

Poema de cierre del segundo día de debate del seminario

Atnágoras

II

Obreros se lanzan a la plaza

La lucha se extiende, avanza y retrocede

Es dada la partida y el partido se exige:

- Moldearse para la lucha que pasa;

- Que la clase se rehaga,

de forma que la abrigue

y en busca de lo libre

¡al frente con la masa!

Uniendo combate

Partiendo organismo

Entero y en parte

En la acción del oprimido

En la guerra y en el arte

Y tomando partido.

Hay un centro insertado
En lucha y partido
Que, por su parte,
Hace parte
Y dirija impregnado
De un amor que arrebate
Y derrote al enemigo.

Como maestros, se lanzan los libros
Peones se revelan capaces,
Mujeres dirigen organismos
• Batallas se hacen –
mil frutos nos traen
labrando lo recogido...

Son hombres que sueñan
De amor colectivo.
Los puestos se ganan
No son del individuo.
Reparten y lo acompañan
Uniendo el partido.

ANEXO

Textos utilizados el segundo día del Seminario Internacional

Sobre la estructura partidaria

PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN

Nahuel Moreno

La cuestión de las formas organizativas pasa a ser un problema prioritario en estos momentos porque se ha dado un cambio en la situación objetiva. Hemos pasado de una etapa a otra: de la situación de transición que se produjo después del triunfo de Alfonsín a una nueva situación revolucionaria.

*

El cambio en la organización del partido socialista revolucionario

Se ha hecho un fetichismo, sobre todo por parte del estalinismo, de que la forma socialista revolucionaria de organización es una, fija e inmutable: la organización a través de pequeñas células. Nosotros, los pobres trotskistas que hemos sobrevivido durante décadas aislados, viendo que pasaban los años y nuestra organización seguía siendo pequeña, hemos caído víctimas de ese fe-

tichismo. Aún no hemos terminado de romper con él. Seguimos creyendo que el socialismo revolucionario es una forma de organización permanente, siempre igual a sí misma. En realidad, es lo opuesto. El partido socialista revolucionario es duro programáticamente y en los principios.

Pero para el marxismo no hay nada rígido ni definitivo. Menos puede serlo el partido de la revolución permanente. Por eso, el partido es sumamente flexible a la hora de convertir el programa y los principios en estrategias, tácticas, consignas y políticas concretas para incidir sobre la situación presente en la lucha de clases. Cada vez que hay un cambio en la realidad objetiva, el partido cambia sus consignas, sus políticas, sus tácticas y sus estrategias... y también sus formas organizativas. Esa es la verdadera esencia de la forma socialista revolucionaria de organización: el cambio, la adaptación a la realidad de la lucha de clases y a las tareas y objetivos que se da el partido en cada etapa...

En esta nueva situación revolucionaria, el partido debe revolucionar su organización bajo las líneas generales enunciadas por Lenin cuando la revolución rusa de 1905:

“Para la socialdemocracia, una época revolucionaria es lo que para un ejército el tiempo de guerra. Debemos ampliar los cuadros de nuestro ejército, sacarlos del régimen de paz y ponerlos en pie de guerra, movilizar a los reservistas, llamar de nuevo bajo las armas a los que se hallan disfrutando de licencia, formar nuevos cuerpos auxiliares, unidades y servicios. No hay que olvidar que en la guerra es necesario e inevitable reforzar los contingentes con reclutas poco instruidos, sustituir sobre la marcha a los oficiales por soldados rasos, acelerar y simplificar el ascenso de soldados a oficiales (...)

“Hablando sin metáforas: debemos aumentar considerablemente los efectivos de todas las organizaciones del partido y de todas las organizaciones afines a este, para poder marchar en cierta medida al ritmo del torrente de energía revolucionaria del pueblo, que ha centuplicado su vigor (...).

“En tiempos de guerra los reclutas deben obtener su adiestramiento directamente de las operaciones militares.

“¡Utilicen, pues, con mayor audacia, los nuevos métodos de enseñanza, camaradas! ¡Formen con mayor energía nuevos grupos de lucha, envíenlos al combate, recluten a más obreros jóvenes, amplíen los marcos habituales de todas las organizaciones del partido, desde los comités hasta los grupos de fábrica, uniones sindicales y círculos de estudiantes! (...) ¡Ofrezcan mayor campo de acción a las diversas actividades de los más diferentes grupos y círculos, y estén seguros de que, aun prescindiendo de nuestros consejos y con independencia de ellos, serán encauzados hacia el campo justo por las exigencias inexorables de la marcha de los acontecimientos revolucionarios! (...)

“Debemos reclutar con mayor audacia, rapidez y amplitud de criterio a jóvenes combatientes para todas y cada una de nuestras organizaciones. Con este fin, es necesario crear, sin perder un minuto, cientos de nuevas organizaciones (...).”

Es muy común que seamos unilaterales, formales, esquemáticos, administrativos. Que pretendamos que todos los cuadros y militantes hagan la misma tarea y de la misma forma. Y, por esa vía, dejamos que se alejen o no rindan nada al partido valiosos compañeros que no sirven, o no saben, o no se sienten cómodos haciendo esa tarea.

Si en un equipo de cuadros, por ejemplo, nos encontramos con que todos hacen trabajo sindical, todos venden los mismos periódicos, etc., algo anda muy mal. O ya echamos a otros cuadros que tenían características diferentes, en lugar de ubicarlos donde [rendían], o estamos forzando a que todos hagan lo mismo, y la mayoría de los compañeros se siente mal, [están] presionados, incómodos, y siguen militando solo por disciplina y moral, muchos de ellos acercándose a la crisis.

Esto mismo puede trasladarse a los nuevos grupos del partido que estamos formando. Si el cuadro de base no ha visto a la dirección regional organizándolo con un método correcto, trasladará ese mismo método burocrático o administrativo hacia los nuevos compañeros, en los nuevos grupos. Allí, los resultados nefastos se verán con más rapidez aún, precisamente porque son nuevos y aún no han llegado al grado de disciplina de los cuadros. Simplemente, los compañeros pensarán: “*No sirvo para lo que me pide el partido*”, y se alejarán.

La gran tarea de la dirección, a cualquier nivel que sea, partidaria, regional o del grupo, es **organizar la actividad de los cuadros y militantes. Esto quiere decir: ubicarlos, darles iniciativa y motivarlos.**

Ubicar significa detectar los puntos fuertes y débiles de cada compañero y proponerle una tarea acorde con ello. No exigirle al tímido que haga agitación en las estaciones. No exigirle al abridor, que es un torbellino desordenado, que haga el mismo trabajo sistemático del compañero seguidor, que trabaja en profundidad y muerde como un bulldog. No imponerle al compañero que vende 20 periódicos en el barrio, que es feliz hablando con doña Clotilde, la verdulera, que largue todo y se vaya a piquetear a puerta de fábrica, donde no vende nada.

Dar iniciativa significa que, una vez que detectamos para qué sirve un compañero, y charlando con él nos ponemos de acuerdo sobre la tarea que va a hacer, lo inducimos a que él mismo piense, proponga, haga planes. Queremos que él mismo tenga ideas. Seguramente serán mucho mejores que las nuestras. Y, si no lo son, que haga la experiencia. Tenemos que cuidarnos como de la peste de *reglamentar* la actividad de los compañeros, imponiéndoles que hagan las cosas que se nos ocurren a nosotros y de la forma en que se nos ocurren.

Motivar tiene un doble sentido. Primero, que el compañero haga la tarea con gusto, que se sienta feliz, realizado. Que vea que él mismo va avanzando a medida que progresa en la actividad. Y que está haciendo *para el partido* lo que él quiere hacer. Segundo, que el compañero vea que su actividad es *útil* al partido, que sus opiniones son escuchadas y *útiles* para el partido. Somos especialistas en la insensibilidad, en tirar baldes de agua fría sobre compañeros que vienen contentos porque han hecho algo y nosotros no les prestamos atención, no resaltamos ante el equipo la iniciativa de ese compañero, no lo felicitamos por esa actividad, no lo ayudamos a sacar las conclusiones y a ver cómo mejor sigue adelante. ¿Por qué? Porque esa tarea se apartó de la “sagrada escritura” del momento...

Los cuadros o “jefes”

El cuadro tiene necesidades diferentes a las del militante de base. El cuadro busca en el partido no solo las respuestas políticas hacia la lucha de clases sino también respuestas internas de todo tipo: línea organizativa, cursos teóricos, etcétera. Si, por ejemplo, en el proceso de salida hacia afuera, ganamos en un barrio a un compañero que nos vende 3 o 4 periódicos semanales y está dispuesto a cotizar, es un militante de base. Pero si ese compañero empieza a reunir a dos o tres de los lectores del periódico y logra que entre todos vendan 15 o 20 periódicos, se está haciendo un cuadro. Inmediatamente nos va a pedir orientación de todo tipo: ¿cómo organizar las reuniones? ¿Qué temas discutir? ¿Cómo preparar un informe internacional, nacional o de actividades? ¿Qué actividad dar a los compañeros que reúne? El compañero ya ha empezado a dirigir.

De estos dos elementos –el grado de dedicación al partido y las necesidades que ello plantea– surge la jerarquización del partido. Un cuadro tiene más jerarquía que un militante de base. De la misma manera, un dirigente regional tiene más jerarquía que un cuadro de base, ya que actúa y trata de orientar al conjunto de los cuadros y militantes de una regional, y ello le plantea problemas superiores: elaborar una política para toda la regional, en sus frentes sindicales, barriales y estudiantiles; seguir de conjunto las relaciones con los partidos políticos de la zona; garantizar los cursos y escuelas; tener y garantizar un plan de conjunto de finanzas; tener un aparato; etcétera. Y la que es su tarea más importante: formar cuadros. Y así hacia arriba, donde están los compañeros más jerarquizados, los dirigentes nacionales. Y más jerarquizados aún: los internacionales.

Esta jerarquización es parecida en un sentido pero opuesta en otro a la que

se da en un ejército. En el ejército burgués se va subiendo de jerarquía burocráticamente y *por decisión de la máxima jerarquía: el comandante en jefe*. Y nadie baja de jerarquía si no es por alguna acción deshonrosa o algo por el estilo. En el partido no hay jerarquías permanentes. Cualquiera baja si no rinde, y cualquiera sube si rinde. Un militante está más o menos jerarquizado según su rendimiento para el partido y para la lucha de clases en cada momento. Pero, además, la jerarquización se hace democráticamente. Es la base del partido, no la dirección, quien elige a los delegados a los congresos. Y en los congresos esos delegados eligen a la dirección.

La jerarquía de los militantes se gana por el esfuerzo y la capacidad individual, pero se concreta a través de los organismos del partido. Lo que está jerarquizado en el partido son sus organismos: el Comité Central es el organismo de los dirigentes nacionales; la dirección regional el de los regionales, etcétera.

En la etapa de retroceso, defensiva del partido, que acabamos de dejar atrás, nuestros organismos de base, los locales, reunían en sus asambleas a cuadros y militantes de base, sin diferencias de ningún tipo.

Esto era natural ya que, al estar encerrados en los locales, no se veían grandes diferencias entre unos y otros. Pero en esta nueva etapa es necesario jerarquizar categóricamente a los cuadros. Tenemos que ir hacia dos reuniones bien diferentes: la de los cuadros y las de los equipos de base. La reunión del local debe ser de los cuadros y para los cuadros. Ellos deben tener, además de esa reunión propia, un trato privilegiado: boletín interno para ellos y no para todos los militantes; cursos y escuelas para ellos, etcétera. Los militantes de base tendrán sus propias reuniones, en sus barrios, fábricas y colegios (y, si quieren hacerlo, también en el local), con la dirección de uno o dos cuadros.”

“LA III INTERNACIONAL DESPUÉS DE LENIN”

León Trotsky

El bolchevismo siempre fue fuerte por causa de su elaboración históricamente concreta de formas organizativas. Sin esquemas áridos.

Los bolcheviques cambiaron su estructura organizativa radicalmente a cada transición de un estadio para el otro. No obstante, hoy, un único y mismo prin-

cipio de “orden revolucionario” es aplicado al poderoso partido de la dictadura del proletariado, así como al Partido Comunista alemán, que representa una fuerza política seria, al joven partido chino, que fue inmediatamente jugado en el centro de las luchas revolucionarias, y al partido de los Estados Unidos, que es apenas un pequeño grupo de propaganda. En este último, tan pronto surgieron dudas en relación con los métodos aplicados sobre este por Pepper, en el comando entonces, rápidamente los “dudosos” fueron sometidos a coro por fraccionalismo. Un partido nuevo, representando un organismo político en estadio completamente embrionario, sin ningún contacto real con las masas, sin experiencia de dirección revolucionaria, sin fuerza teórica, fue ya armado de pies a cabeza con todos los atributos del “orden revolucionario”, pareciéndose a un niño de seis años de edad que usa el traje de su padre. (...)

TERCER CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA (1921)

Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los Partidos Comunistas

Tesis 43. Para la extensión y la consolidación del Partido, no se deberá[n] establecer divisiones de acuerdo con un esquema formal geográfico sino que, sobre todo, habrá de tenerse en cuenta la estructura real económica y política de las regiones y los medios técnicos de comunicación. La base de ese trabajo debe ser realizada sobre todo en las capitales y en los centros proletarios de la gran industria.

En momentos de la organización de un nuevo partido aparecen a menudo, desde un comienzo, esfuerzos tendientes a ampliar la red de las organizaciones del partido a todo el país. Pese a las fuerzas muy limitadas de que disponen los organizadores, muchas veces, sin embargo, son dispersadas a los cuatro vientos. De ese modo se debilita la fuerza de atracción y el crecimiento del Partido. Es cierto que al cabo de algunos años se llega a tener todo un sistema de secretariados muy vasto, pero con mucha frecuencia el Partido no consigue afianzarse firmemente en ninguna de las ciudades industriales más importantes del país.

“LAS TAREAS DE LOS SOCIALDEMÓCRATAS RUSOS”

Lenin, 1897

“Hacen falta hombres para actividades de todo género, y cuanto mayor sea el rigor con que se especialicen los revolucionarios en diversas funciones de la acción revolucionaria, cuanto mayor sea el rigor con que ideen métodos clandestinos y medidas de protección de su labor, cuanto mayor sea la abnegación con que se sumerjan en un trabajo modesto, anónimo y parcial, tanto más asegurada estará toda la obra y tanto más difícil les será a los gendarmes y espías descubrir a los revolucionarios...

Las diversas funciones de la labor revolucionaria son infinitamente variadas: hacen falta agitadores legales que sepan hablar entre los obreros de tal manera que *sea imposible* procesarlos por ello, que sepan decir solo *a*, dejando que otros digan *b* y *c*.

Hacen falta distribuidores de publicaciones y octavillas. Hacen falta organizadores de círculos y grupos obreros. Hacen falta corresponsales en todas las fábricas y empresas, que informen de cuanto ocurra. Hacen falta hombres que vigilen a los espías y provocadores. Hacen falta organizadores de domicilios clandestinos. Hacen falta enlaces para la entrega de publicaciones, para la transmisión de encargos y para establecer contactos de todo tipo. Hacen falta recaudadores de fondos. Hacen falta agentes entre los intelectuales y funcionarios públicos que estén relacionados con los obreros, con la vida de las fábricas, con la administración (con la policía, la inspección fabril, etc.). Hacen falta hombres para enlazar con distintas ciudades de Rusia y de otros países. Hacen falta hombres para organizar procedimientos diversos de reproducción mecánica de publicaciones de toda clase. Hacen falta hombres para guardar publicaciones y otras cosas, etc., etc.”

///

“CARTA A UN CAMARADA”

Lenin, setiembre de 1902

“Sobre Nuestras Tareas de Organización”

Todo el arte de una organización conspirativa consiste en saber utilizar todo y a todos, en “dar trabajo a todos y cada uno”, conservando al mismo tiempo la dirección de todo el movimiento, y esto, entiéndase, no por la fuerza del poder sino por la fuerza de la autoridad, por energía, mayor experiencia, amplitud de cultura, habilidad. (...)

El comité debe esforzarse para realizar la más completa división de trabajo posible, recordando que para los varios aspectos del trabajo revolucionario son necesarias diferentes capacidades. Algunas veces, personas completamente incapaces como organizadoras pueden ser excelentes agitadoras, u otras incapaces para una severísima disciplina conspirativa, ser excelentes propagandistas, etc. (...)

Llegamos ahora a un principio extremadamente importante de toda organización y toda actividad partidaria: si en lo que concierne a la dirección ideológica y práctica del movimiento y de la lucha revolucionaria del proletariado es necesaria la mayor centralización posible, con relación a la información del centro del partido (y consecuentemente de todo el partido en general), en lo que respecta al movimiento y a la responsabilidad ante el partido, se impone la mayor descentralización posible. El movimiento debe ser dirigido por un pequeño número de grupos, los más diversos y heterogéneos posibles, y de revolucionarios profesionales respaldados por la experiencia.

Pero en el movimiento deberá participar el mayor número de grupos, los más diversos y heterogéneos posibles, reclutados en las más diferentes camadas del proletariado (y de otras clases del pueblo). Y con relación a cada uno de esos grupos, el centro del partido deberá tener siempre en cuenta no solamente datos exactos sobre su actividad sino también los más completos posibles respecto de su composición. Debemos centralizar la dirección del movimiento. Pero debemos también (y precisamente para eso, pues sin la información es imposible la “centralización”) descentralizar cuanto sea posible la responsabilidad ante el partido de cada uno de sus miembros individualmente, de cada

participante en el trabajo, de cada uno de los círculos del partido o próximos a él. Esa descentralización es la condición indispensable para la centralización revolucionaria y su necesario correctivo. (...)

Ninguna atribución oficial de papel dirigente a una organización, ninguna organización de Comités Centrales formales hará con que nuestro movimiento adquiera una unidad real y efectiva, creará un partido sólido y combativo, si el centro del partido queda de antemano aislado del trabajo práctico directo de los comités locales del viejo tipo, esto es, de comités formados, de un lado, por un puñado de personas, cada una de las cuales dirigiendo todos y cada uno de los asuntos sin que se designen funciones específicas en el trabajo revolucionario, sin responsabilizarse por actividades especiales, sin preocuparse en estudiar cuidadosamente, sin preparar minuciosamente y llevar a cabo las tareas ya iniciadas, perdiendo una cantidad enorme de tiempo y fuerzas de agitación aparentemente importantes. Y, por otro lado, respaldados por una multiplicidad de círculos de estudiantes y obreros, la mitad de ellos totalmente desconocidos por el comité y la otra mitad igualmente ineficiente, sin ningún tipo de especialización, sin ninguna experiencia profesional, sin aprovechar la experiencia de otros, y ocupados exactamente del mismo modo que el comité, con interminables reuniones “a propósito de todo”, elecciones y elaboración de estatutos. (...)”

INTERVENCIÓN DE LENIN EN EL IV CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA (1922)

“En 1921 aprobamos en el III Congreso una resolución sobre la estructura orgánica de los partidos comunistas y los métodos y el contenido de su labor. La resolución es magnífica, pero es rusa casi hasta la médula; es decir, se basa en las condiciones rusas. Este es su aspecto bueno, pero también su punto flaco. Flaco porque estoy convencido de que casi ningún extranjero podrá leerla; yo la he releído antes de hacer esta afirmación. Primero, es demasiado larga, consta de cincuenta o más puntos. Por regla general, los extranjeros no pueden leer cosas así. Segundo, incluso si la leen, no la comprenderán, precisamente porque es demasiado rusa. No porque esté escrita en ruso (ha sido magníficamente tra-

ducida a todos los idiomas) sino porque está sobresaturada de espíritu ruso. Y tercero, si, en caso excepcional, algún extranjero la llega a entender, no la podrá cumplir. Este es su tercer defecto. He conversado con algunos delegados extranjeros y confío en que podré conversar detenidamente con gran número de delegados de distintos países en el curso del Congreso, aunque no participe personalmente en él, ya que, por desgracia, no me es posible. Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro. Como ya he dicho, la resolución está excelentemente redactada, y yo suscribo todos sus cincuenta o más puntos. Pero no hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros. Todo lo que expone la resolución ha quedado en letra muerta.”

(...)

Los intelectuales y el Partido

... “En el momento actual presenta de nuevo un vivo interés para nosotros el problema del *antagonismo entre los intelectuales¹ y el proletariado*. Mis colegas –el mismo Kautsky es intelectual, literato y redactor– se indignarán en muchos casos al ver que reconozco este antagonismo. Pero es que existe de hecho, y la táctica más absurda (tanto aquí, como en otros casos) sería intentar deshacerse de él negando el hecho. Este antagonismo es un antagonismo social, que se manifiesta en las clases y no en individuos aislados. Lo mismo que un capitalista, un intelectual puede, individualmente, incorporarse de lleno a la lucha de clase del proletariado. Cuando esto sucede, el intelectual cambia asimismo de carácter. En lo que diré a continuación no trataré, principalmente, de *este tipo* de intelectuales que siguen constituyendo aún excepciones en su clase. En lo sucesivo, cuando no haya advertencia especial *no entenderé por intelectual sino al intelectual común, que se coloca en el terreno de la sociedad burguesa*, representante característico de *la clase* intelectual. Esta *clase* mantiene cierto antagonismo respecto del proletariado.

“Este antagonismo es de un tipo distinto al que existe entre el trabajo y el capital. El intelectual no es un capitalista. Es cierto que su nivel de vida es burgués y que se ve obligado a mantener este nivel a menos que se convierta en un vagabundo; pero, al mismo tiempo, se ve obligado a vender el producto de su trabajo y muchas veces su fuerza de trabajo, y sufre con frecuencia la explotación

por los capitalistas y cierta humillación social. De este modo, no existe antagonismo económico alguno entre el intelectual y el proletariado. Pero sus condiciones de vida y de trabajo no son proletarias y de aquí resulta cierto antagonismo en su sentir y pensar.

“El proletario no es nada mientras sigue siendo un individuo aislado. Todas sus fuerzas, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos las extrae de *la organización*, de su actuación sistemática, en común con sus camaradas. Se siente grande y fuerte cuando constituye una parte de un organismo grande y fuerte. Este organismo es todo para él, y el individuo aislado, en comparación con él, significa muy poco. El proletario lucha con la mayor abnegación, como partícula de una masa anónima, sin vistas a ventajas personales, a gloria personal, cumpliendo con su deber en todos los puestos donde se le coloca, sometándose voluntariamente a la disciplina, que penetra todos sus sentimientos, todas sus ideas.

“Muy distinto es lo que sucede con el intelectual. No lucha aplicando, de un modo u otro, la fuerza, sino con argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, su capacidad personal, sus convicciones personales. Solo puede hacerse valer merced a sus cualidades personales. Por esto, la plena libertad de manifestar su personalidad le parece ser la primera condición de éxito en su trabajo. No sin dificultad se somete a un todo determinado como parte al servicio de este todo, y se somete por necesidad pero no por inclinación personal. No reconoce la necesidad de la disciplina sino para la masa, pero no para los espíritus selectos. Se incluye a sí mismo, naturalmente, entre los espíritus selectos”.

[...]

“... Liebknecht fue ejemplo ideal del intelectual totalmente penetrado de sentimiento proletario, que siendo brillante escritor perdió los rasgos psicológicos específicamente intelectuales, que iba en las filas sin refunfunar, que trabajaba en todos los puestos a los cuales se le mandaba, que se había consagrado por entero a nuestra gran causa y despreciaba el lloriqueo blandengue sobre lo de ahogar la personalidad, que muchas veces oímos de labios de intelectuales educados en Ibsen y en Nietzsche, cuando suelen quedarse en minoría; fue un ejemplo ideal de los intelectuales que necesita el movimiento socialista. También podemos nombrar aquí a Marx, que nunca trató de ponerse en primer plano y se sometió de un modo ejemplar a la disciplina de partido en la Internacional, donde más de una vez estuvo en minoría.”

“EL PARTIDO BOLCHEVIQUE”

Pierre Broué

Piatnitsky ha descrito minuciosamente la pirámide del partido en Odesa, antes de 1905: por encima de los comités de base existen subradios, radios y, por último, el comité de ciudad, cuyos componentes han sido reclutados en su totalidad por el sistema antes descrito. Cada comité comprende una serie de militantes responsables, a los que se asignan funciones específicas y que no mantienen contacto más que con sus homólogos del nivel inferior o superior: de esta forma se reducen los contactos verticales al mínimo, con el fin de acrecentar la autonomía y de evitar que la caída de un individuo aislado provoque una cadena de detenciones en toda la organización. Mientras ello sea posible, los militantes no deben verse fuera de las reuniones: sin embargo, existen unos días y horas, fijados en secreto, mediante los cuales y solo en casos de absoluta necesidad, los militantes pueden tomar contacto, generalmente en un café, con la apariencia de un encuentro casual. El comité de Odesa se reúne en domicilios particulares: es el encargado de controlar toda la organización y a sus miembros por intermedio de los radios y subradios, designando además a los oradores que habrán de tomar la palabra en los mítines de la fábrica y a los responsables de los grupos de estudio que los militantes deben formar en su entorno.[39]

La organización de Moscú en 1908 es, a la vez, más compleja y más democrática: en la base se encuentran las asambleas de fábrica, dirigidas por una comisión electa; en el nivel superior funcionan algunos subradios y, sobre todo, ocho radios, dirigidos por un comité elegido por las asambleas de fábrica. Dicho comité está asesorado por comisiones especializadas: la organización militar comprende un departamento técnico cuyo responsable solo es conocido en todo el partido por el secretario; existe además una sección especial que se encarga de la propaganda antimilitarista, dirigida a los futuros reclutas, y del contacto con los obreros movilizados; un departamento para los estudiantes; otro para conferenciantes y periodistas, que se dedica a utilizar sus respectivas competencias e incluso a crearlas, distribuyendo a unos y otros, según las necesidades, en los diferentes radios o en determinada comisión de fábrica; por último el comité cuenta con una comisión financiera.[40]

Sobre el régimen centralista democrático

“UNAS POCAS PALABRAS ACERCA DEL RÉGIMEN DEL PARTIDO”

Trotsky, 8/12/37

La democracia y el centralismo no se encuentran en absoluto en una proporción invariable de la una con el otro. Todo depende de circunstancias concretas, de la situación política del país, de la fuerza y experiencia del partido, del nivel general de sus miembros, de la autoridad que las directivas han logrado ganar.

LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

León Trotsky

El régimen interno del partido bolchevique es caracterizado por los métodos del centralismo democrático. La unión de estas dos nociones no implica cualquier contradicción. El partido velaba para que sus fronteras se mantuviesen estrictamente delimitadas, pero entendía que todos los que penetrasen en el interior de estas fronteras debían usufructuar realmente el derecho de determinar la orientación de su política. La libre crítica y la lucha de ideas formaban el contenido intangible de la democracia del partido. La doctrina estalinista, que proclama la incompatibilidad del bolchevismo con la existencia de fracciones, se encuentra en desacuerdo con los hechos. Es un mito de la decadencia. La historia del bolchevismo es, en realidad, la de la lucha de fracciones. ¿Y cómo podría ser una organización auténticamente revolucionaria, que presenta como fin resolver el mundo y que reúne bajo sus estandartes [a] inconformistas, insurgentes y combatientes llenos de temeridad, vivir y crecer sin conflictos ideológicos, sin agrupamientos y sin formaciones fraccionales temporarias? La clarividencia de la dirección del partido consiguió muchas veces atenuar y abre-

viar las luchas de fracción, pero no podía hacer más. El Comité Central se apoyaba sobre esta base efervescente y de ella recibía la audacia para decidir y ordenar. La manifiesta justeza de las ideas de la dirección en todas las etapas críticas le conferían una elevada autoridad, precioso capital moral de la centralización.

EL PARTIDO Y LA REVOLUCIÓN

Nahuel Moreno, 1974

Pero la fórmula “centralismo democrático” se descompone en dos polos que, en sus límites, son antagónicos: el más absoluto centralismo significa que la dirección resuelve todos los problemas, desde teoría y caracterizaciones hasta los más ínfimos detalles tácticos, pasando por la línea política general. Cuando esto ocurre, la democracia desaparece. Al mismo tiempo, la más absoluta democracia significa que todos estos problemas se resuelven a través de discusiones que solo pueden desarrollarse en un permanente estado deliberativo de todo el partido, y esto es decir que desaparece el centralismo. La proporción en que ambos elementos se combinan, en cada momento determinado, no puede ser fijada de antemano; no constituye una receta ni una fórmula aritmética. Nadie puede decir, por ejemplo, en todo momento el partido debe ser 50% centralista y 50% democrático, o algo parecido. Nuestros partidos son una realidad viva, un proceso de construcción permanente; por eso, el centralismo democrático es una fórmula algebraica. La combinación específica del elemento centralista y del democrático es diferente en cada momento de su construcción, y debe ser precisada en cada momento. (...)

Una de las grandes virtudes de esta fórmula [leninista] es, precisamente, ser algebraica. Es decir, que deje libradas a las circunstancias de la lucha de clases y del desarrollo del partido su precisión “cuantitativa”, “aritmética”. Para lograr esa precisión debemos tener en cuenta, como uno de los elementos esenciales, el prestigio político ganado por la dirección del partido ante la base. Esquemáticamente, podemos decir que a mayor prestigio, mayor centralización.

(...) cuanto mayores sean los aciertos políticos de la dirección, tanto mayor será la confianza de la base en ella; y cuanto mayor sea la confianza, tanto más

fuertes serán la disciplina y la centralización. A la inversa, menores aciertos provocan desconfianza, y esta atenta, lo queramos o no, contra la disciplina y la centralización.

EL PARTIDO BOLCHEVIQUE

Pierre Broué

Según los bolcheviques, el “régimen interno” es un reflejo, en el partido, de las condiciones generales de la lucha de clases; sin embargo, también constituye un factor autónomo. Lenin se plantea este problema en su propia fracción, al enfrentarse con los *Komitetchiki*, que, según el testimonio de Krupskaja, no admiten ningún tipo de democracia interna y se niegan a cualquier innovación, por su impotencia para adaptarse a unas condiciones nuevas: son hostiles a introducirse en los comités de obreros pues creen que en su seno no van a poder trabajar, pretenden controlar minuciosamente toda la actividad y mantener una centralización y jerarquía rígidas. Lenin les recuerda que “no es el partido el que existe en función del comité, sino este en función del partido”. “A menudo pienso que las nueve décimas partes de los bolcheviques son profundamente formalistas. Es preciso reclutar sin miedo jóvenes con mayor amplitud de criterio y olvidar todas las prácticas embarazosas, el respeto por los grados, etcétera. (...) Hay que dar a cada comité de base, sin poner demasiadas condiciones, derecho a redactar octavillas y a repartirlas. Si cometieran algún error, no tendría demasiada importancia, lo corregiríamos ‘amablemente’ en *Vperiod*. El propio curso de los acontecimientos enseña *con nuestro mismo espíritu*”. [32] Krupskaja refiere que Lenin no se inquietó demasiado por no haber sido escuchado por los *komitetchiki*: “Sabía que la revolución estaba en marcha y que obligaría al partido a admitir a los obreros en sus comités”. [33]

La clandestinidad es evidentemente favorable al centralismo autoritario, en la medida en que la elección no tiene sentido más que entre hombres que se conocen y pueden controlarse mutuamente. No obstante, sus efectos se amortiguan pues contribuye a hacer menos tensas las relaciones entre los diferentes grados de la jerarquía, dejando a los comités locales un importante margen de iniciativa. Los grupos que distribuyen panfletos llamando a la huelga y convo-

cando una manifestación el 15 de noviembre de 1912 en San Petersburgo, están integrados por socialdemócratas vinculados a la fracción bolchevique; pero, si nos atenemos al testimonio de Badaiev, en esta ocasión no se advirtió a ningún organismo responsable del centro o de la capital ni a ningún miembro del grupo parlamentario.[34] Los dirigentes bolcheviques tardaron varios días en saber quién había asumido la responsabilidad de tales consignas; sin embargo, apoyaron la huelga –a pesar de que, en su opinión, estaba muy mal preparada–, dada la popularidad que había alcanzado entre los obreros.

Todos sus compañeros, de Krasin a Bujarin, manifestarán hasta qué punto supone para ellos un verdadero problema de conciencia enfrentarse con él. Sin embargo, no reparan en hacerlo pues se trata de un deber, él mismo lo afirma, “el primero de los deberes de un revolucionario” es criticar a sus dirigentes: los discípulos no serían por tanto dignos de su maestro si no se atreviesen a combatir su punto de vista cuando piensan que está equivocado. Además, un partido revolucionario no se construye con robots. Esta es la opinión de Lenin cuando escribe a Bujarin que si prescindiesen de las personas inteligentes pero poco disciplinadas y no conservasen más que a los imbéciles disciplinados, el partido se iría a pique. He aquí el motivo de que tanto la historia del partido como la de la fracción no sean, desde 1903, sino una larga sucesión de conflictos ideológicos que Lenin supera sucesivamente merced a un prolongado alarde de paciencia. A este respecto, resulta extremadamente difícil separar el estudio de la personalidad de Lenin del de su fracción, cuya unidad de criterio surge de la discusión casi permanente que se opera tanto sobre las cuestiones fundamentales como a propósito de la táctica a seguir en cada momento.

LENIN

“No puedo menos de recordar con este motivo una conversación que tuve en el Congreso con uno de los delegados del “centro”. “¡Qué cargada está la atmósfera de nuestro Congreso!” –me decía, en tono de queja. “¡Esa lucha encarnizada, esa agitación de uno contra otro, esa polémica tan dura, esa actitud impropia de camaradas!...”. “¡Qué cosa más maravillosa es nuestro Congreso!” –le contestaba yo–: “Lucha franca, libre. Se han expresado las opiniones. Se han

señalado matices. Apuntan grupos. Se han levantado las manos. Se ha adoptado un acuerdo. Se ha dejado atrás una etapa. ¡Adelante! Muy bien: Eso es la vida. Estas no son ya las interminables y aburridas discusiones propias de intelectuales...”

“LAS FRACCIONES Y LA CUARTA INTERNACIONAL”

León Trotsky

“La Tercera Internacional prohibió las fracciones alegando que esta prohibición coincide con la tradición bolchevique. Es difícil imaginar peor calumnia a la historia bolchevique. Es cierto que el Décimo Congreso del Partido, en marzo de 1921, prohibió las fracciones por resolución especial. El propio hecho de que fuese necesario aprobar semejante resolución demuestra que en todo el período anterior –vale decir, los diecisiete años en que el bolchevismo surgió, creció, se fortaleció y conquistó el poder– las fracciones formaban parte legítima de la vida partidaria, lo que se reflejaba en la práctica. (...)

Puede considerarse que esa resolución del Décimo Congreso obedeció a una necesidad grave. Sin embargo, los acontecimientos posteriores dejan absolutamente claro que la prohibición de las fracciones significó el fin del período heroico de la historia bolchevique y abrió camino para su degeneración burocrática.

A partir de 1923, los epígonos extendieron la prohibición y la supresión de la lucha fraccional en el partido dominante en la URSS a las jóvenes secciones de la Tercera Internacional, condenándolas a la degeneración antes de que tuviesen tiempo de crecer y desarrollarse.

¿Esto significa que el partido revolucionario del proletariado puede o debe representar una sumatoria de fracciones? (...)

El partido revolucionario presenta un programa y tácticas definidas. Esto impone de antemano límites determinados y muy claros en relación con la lucha interna de las tendencias y agrupamientos. Después de la destrucción de la Segunda y la Tercera Internacionales, esos alineamientos asumen un carácter

especialmente gráfico y determinado. El mero hecho de pertenecer a la Cuarta Internacional debe depender necesariamente del cumplimiento de un conjunto de restricciones que reflejen todas las experiencias de los anteriores movimientos de la clase trabajadora. Pero el hecho de que las limitaciones a la lucha ideológica interna se establezcan a priori, de ninguna manera niega la lucha en sí dentro del marco de los principios generales. Es inevitable. En caso de que se mantenga dentro de los límites señalados, es fructífera. Todavía, el contenido fundamental de la vida partidaria no resiste en la discusión, pero sí en la lucha. Si las discusiones interminables alimentan más discusiones interminables, el único resultado es la decadencia y la desintegración. Pero si la discusión está enraizada en la lucha colectiva, sometándose a la crítica y preparando sus nuevas etapas, la discusión es un elemento indispensable para el desarrollo.

La discusión de problemas graves no se concibe sin la formación de agrupamientos. Pero en circunstancias normales, estos se disuelven posteriormente en el organismo partidario, sobre todo porque las nuevas experiencias constituyen la mejor prueba en los casos en que existen diferencias políticas. Cuando los grupos se convierten en fracciones permanentes, este hecho constituye un síntoma alarmante de que o las tendencias en lucha son absolutamente irreconciliables, o que el partido en su conjunto se encuentra en un punto muerto. Esta situación no se puede evitar simplemente mediante la prohibición de formar fracciones. Combatir el síntoma no significa curar la enfermedad. Solamente una política correcta y una estructura y métodos organizativos internos buenos pueden impedir que los agrupamientos temporarios se transformen en fracciones osificadas.

“NUEVO CURSO”

León Trotsky

“No es por casualidad que la cuestión de la democracia del partido haya surgido antes que todo como una cuestión de relaciones entre las generaciones. Es el resultado lógico de toda la evolución de nuestro partido. (...)”

Hay una cosa que precisa ser claramente entendida desde el inicio: la esencia de los actuales desacuerdos y dificultades no está en el hecho de que los “se-

cretarios” se excedieron en ciertos puntos y deben ser llamados de vuelta al orden, sino en el hecho de que el partido como un todo está para entrar en una etapa histórica más elevada. La masa de los comunistas está de hecho diciendo a los líderes:

“Ustedes, camaradas, tienen la experiencia de antes de Octubre, que falta a la mayoría de nosotros; pero bajo su dirección adquirimos después de Octubre una gran experiencia que crece constantemente en significado. No queremos apenas ser dirigidos por ustedes, sino participar con ustedes en la dirección de la clase. Queremos eso no solo porque es nuestro derecho como miembros del partido sino también porque es absolutamente necesario a la clase obrera como un todo. Sin nuestra modesta experiencia, experiencia que debe no solo ser incorporada en las esferas dirigentes sino que debe ser introducida en la vida del partido para nosotros mismos, el aparato dirigente del partido está quedando burocrático, y nosotros, comunistas de la base, no nos sentimos suficientemente bien armados ideológicamente cuando enfrentarnos a los sin partido”. (...)

Es primeramente una cuestión de instituir relaciones más saludables entre los viejos cuadros y la mayoría de los miembros que entraron en el partido después de Octubre.

La preparación teórica, el temple revolucionario, la experiencia política, estos representan el capital político básico del partido, cuyos principales poseedores, en primer lugar, son los viejos cuadros del partido.

Por otro lado, el resultado de este estado de cosas ha sido que, al jugar un papel de líder del partido y siendo absorbida por las cuestiones de administración, la generación más vieja se acostumbró a pensar y a decidir por el partido, utilizando en relación con las masas comunistas métodos puramente escolares y pedagógicos de participación en la vida política: cursos básicos de formación política, exámenes de conocimiento partidario, escuelas de formación, etc.

No sintiéndose participantes activos del trabajo general del partido y no recibiendo una respuesta oportuna del partido a sus cuestiones, numerosos comunistas comenzaron a procurar un sustituto para la actividad independiente del partido en la forma de agrupamientos y fracciones de todos los tipos. (...)

El partido no puede vivir solamente con el capital del pasado. Ya es suficiente que el pasado tenga preparado el presente. Pero es preciso que el presente esté, ideológica y prácticamente, a la altura del pasado, para que pueda preparar el futuro. (...)

El partido no puede elevar su nivel a no ser realizando sus tareas esenciales, y ejerciendo el tipo de dirección colectiva que emplea la iniciativa de la clase obrera y del estado proletario. La cuestión debe ser abordada no desde el punto

de vista pedagógico sino político. La aplicación de la democracia obrera no puede depender del grado de “preparación” de los miembros del partido para esta democracia. El partido es el partido. Podemos hacer exigencias rigurosas para los que quieren entrar y quedarse en él; pero cuando somos miembros, ellos participan activamente, por este mismo hecho, de todo el trabajo del partido. (...)

Solamente a través de una colaboración activa constante con la nueva generación, dentro de la estructura de la democracia, es que la Vieja Guardia se preservará como un factor revolucionario. (...)

Y si los veteranos que aún no están burocratizados, que aún mantienen el espíritu revolucionario (que, estamos convencidos, son la vasta mayoría), quedan claramente alertas de peligro planteado arriba y ayudan al partido con toda su fuerza para aplicar la resolución del Buró Político del Comité Central, la propia razón para contraponer las generaciones del partido desaparecerá. Sería entonces relativamente fácil calmar las pasiones, los posibles “excesos” de la juventud. Pero lo que es necesario antes que todo es actuar para que la tradición del partido no se concentre en el aparato dirigente sino que viva y esté constantemente renovada en la experiencia diaria de la organización como un todo. (...)

Es incontestable que nuestros viejos cuadros, que prestaron inmortales servicios a la revolución, gozan de una autoridad muy grande a los ojos de los jóvenes militantes. Y esto es excelente, pues asegura el lazo indisoluble entre el alto y el bajo comando, y su ligazón con las filas de los soldados.

Pero con una condición: que la autoridad de los viejos no extermine la personalidad de los jóvenes, y aún más, que no los aterroricen.

“RESULTADOS DEL ENTRISMO”

León Trotsky, 6/10/37

Es absolutamente necesario gozar de la confianza de las bases. Mencione la condición más importante para obtener esa confianza: una buena política. La política debe prepararse de manera que la base la entienda. Sucede a menudo que la dirección, que comprende muy bien la situación y ha tomado una deci-

sión acertada, le impone a la organización una acción imperiosa, impulsada por la impaciencia, porque la dirección cree que si iniciamos una discusión de uno o dos meses perderemos un tiempo valioso. La idea puede ser buena, pero al ganar un mes puedo perder un año, porque la base contempla el cambio y la velocidad con asombro; si la política no tiene éxito, la base dice: “La dirección se equivocó; es responsable.” Y así pierdo un año tratando de enmendar los resultados de mi impaciencia.

Por eso es importante, sobre todo para una organización joven, que no se impacienta y que prepare las decisiones. En primer lugar se deben respetar estrictamente los estatutos de la organización: reuniones periódicas de la base, congresos periódicos, el derecho de la minoría a expresar su posición (debe imperar una actitud fraternal y no debe haber amenazas de expulsión).

Usted sabrá que eso jamás, *jamás*, se hacía en el viejo partido [ruso]. La expulsión de un camarada era un acontecimiento trágico y solo se hacía por razones morales, no porque tuviera una actitud crítica.

Creo también que es absolutamente necesario que la dirección sea muy paciente, escuche muy atentamente, muy razonablemente las críticas. Pero lo más importante es cambiar la composición social de la organización: convertirla en una organización obrera. Un obrero viene a la reunión; sabe que todo es imperfecto, su salario es imperfecto, sus condiciones de trabajo son imperfectas, su vida es imperfecta; por consiguiente, es más paciente, más realista. Cuando en una reunión de 100 personas hay 60-70-80 obreros, los 20 intelectuales pequeño-burgueses, son diez veces más cautelosos cuando se trata de criticar. Es un auditorio más serio, más firme. Pero cuando hay 100 intelectuales, todo el mundo tiene algo que decir. La vida partidaria no es más que un período de discusión. Por eso, la composición social es lo más importante, pero no se lo puede hacer artificialmente. Si usted tiene un partido de 20.000 obreros, los desocupados también son obreros; pero en un partido de 1.000, los desocupados solo agravan la situación.

///

“OBSERVACIONES ADICIONALES SOBRE EL RÉGIMEN PARTIDARIO (CARTA A CANNON)”

Trotsky, 3 de octubre de 1937

“... Observé aquí a otro obrero de vuestra organización, el camarada Lankin^{3[3]}. En presencia de [Jack] Weber, F. y otros camaradas, permanecía en silencio, trabajando todo el tiempo. Permaneció con nosotros durante más tiempo. Reveló poseer una gran experiencia de vida y de lucha, penetración psicológica, e hizo observaciones políticas de gran valor. Necesitamos a esos camaradas en los comités del partido, tanto en el comité central como en los comités locales. He señalado en centenares de ocasiones que el obrero que pasa inadvertido en las condiciones “normales” de la vida partidaria revela cualidades notables cuando cambia la situación, cuando no bastan las fórmulas generales y las plumas fluidas, cuando se necesita un conocimiento de la vida obrera y cualidades prácticas. En tales condiciones, un obrero aventajado revela seguridad en sí mismo y también capacidad política general.

El predominio de los intelectuales es inevitable en el primer período de desarrollo de la organización. Pero, al mismo tiempo, es una gran traba para la educación política de los obreros más aventajados. Naturalmente, esta es una verdad muy elemental que usted conoce desde hace años. Pero, ¿cuál es el problema práctico? Hablé de ello con el camarada Weber. Es absolutamente necesario que el próximo congreso elija la mayor cantidad posible de obreros a los comités locales y central. Para un obrero, la militancia en el organismo de dirección partidaria es una escuela política superior. Algunos de los nuevos miembros obreros de los comités partidarios demostrarán que no están a la altura del puesto: pueden ser removidos en el congreso siguiente. La selección de los elementos más capaces y abnegados para los organismos de dirección es, naturalmente, un proceso lento y que jamás termina. Al elegir a estos nuevos camaradas, se corre un riesgo inevitable. Si solo la tercera parte de los nuevos miembros obreros de los comités locales y central demuestran estar a la altura del puesto, el resultado es excelente.”

INFORME ANTE EL CC DEL PST PERUANO

Nahuel Moreno, 04/04/80

“Entonces, el centralismo democrático tiene que ser a través de los organismos: secretariado, buró, comité central, equipos, regionales. Tiene que ser bien democrático, una democracia de contenido. Tiene que ser con análisis y perspectivas escritos, y con balances escritos después de esos análisis y perspectivas; ¿cumplimos las metas que señalamos en esa perspectiva? No, hicimos la mitad. ¿Por qué? No hay otra forma de aprender.

El régimen interno: bonapartismo versus bolchevismo

... Lo que más nos preocupa es un problema que nos preocupó mucho en el partido argentino: el régimen del partido. Lo que nosotros hemos llamado un régimen bonapartista. Hemos descubierto, discutiendo con el PST(A), que debido a la represión y la falta de legalidad, en el PST(A) se han perdido todos los hábitos del régimen interno.

Nada por fuera de los organismos

Según la tradición del partido, jamás se hace nada por fuera de los organismos. Ni charlas. Ninguna resolución se adopta por fuera de los organismos. Siempre en los organismos, respetando todo, el CE, un secretariado es un secretariado. Nada se hace, aunque se marche mucho más lento, porque se marcha seguro, sólidamente, si es a través de los organismos...

El régimen bonapartista tiene tendencia a hacer ideología, también en la Argentina. Vinieron y nos dijeron: hay ascenso este año, hay revolución, la burguesía está toda deshecha, no hay acuerdos, económicamente no gana nada. Todo era catastrófico para la burguesía y fantástico para nosotros. Ahí están las discusiones (hemos impreso las discusiones con los compañeros). Este régimen bonapartista tiene que crear una euforia permanente. No es que no se discuta; se discute por fuera de los organismos, individualmente. ¿Qué te parece, hacemos esto? Que sí, que no, que esto o lo otro. Pero es bonapartista porque no se hace a través de los organismos y solo a través de los organismos. Y hay tendencia a crear una ideología.

¿Qué es un régimen bolchevique? Fue en gran parte en la discusión del PST(A) que descubrimos que muchos compañeros, la nueva generación, no saben lo que es el régimen bolchevique. El régimen bolchevique empieza por ser centralista democrático, pero centralista democrático no es que todo se discuta con todos. Centralista democrático significa que se discute en los organismos, se resuelve en los organismos, y los organismos están jerarquizados y funcionando permanentemente. Si no, no hay organización bolchevique. Esto hace que siempre las resoluciones bolcheviques sean lentas, porque son democráticas, porque hay que discutir en los organismos. Lógicamente, los organismos no pueden estar reuniéndose siempre; se reúnen una vez por semana –el buró, día fijo; los equipos, día fijo– y si hay dudas pasan a la otra semana, o si hay mucho apuro se reúnen otro día, pero no imponiendo burocráticamente. Tampoco tiene que ser una democracia formal. Nos reunimos y votamos. No, si un dirigente o un militante de base tiene dudas, se hace otra reunión, se le dice que piense, que discuta, se piensa que puede tener razón, y la resolución se adopta en el organismo. Nos demoramos para convencer a todos antes de emprender una acción. La diferencia radica en que una vez que los bolches comienzan la acción no son el “despelote” que son los mencheviques.

Aciertos políticos y estructuración del partido

... Estamos discutiendo una crisis, efectos, errores, muy graves para mí. Gravísimos, porque tienen que ver con el régimen, que es punto principal y fundamental de nuestra corriente. Estamos discutiendo principios, y no si progresan o no... Así que no nos engañemos con que progresamos, porque acá progresan hasta los ciegos. El problema es si progresamos en el buen sentido o si estamos progresando por un camino equivocado y vamos a un precipicio a pesar del crecimiento, de la influencia. Por ejemplo, sin la ayuda de la corriente no serían absolutamente nada, pero es una ayuda que los está llevando por muy mal camino. No les está sirviendo para consolidar un partido bolche sino para crear una corriente con todas las características bonapartistas y mencheviques. Entonces, no me vengan a decir que progresamos, que somos un partido nacional. Porque les digo, es lo menos que podrían haber hecho.

Yo opino que ustedes han tenido grandes análisis políticos, pero no desarrollados hasta el final, no explotados hasta el final, que no le han sacado el “aceite” al análisis político muy bueno. Han acertado una barbaridad. Les ha faltado

consecuencia, les falta dirección, una fuerte dirección. Y lo muy grave es que comiencen a hacer una ideología: que todo este fenómeno es para nosotros, y que todo está muy mal para los otros. Acá entra el problema del compañero F. En la coyuntura, el compañero no es responsable de nada. Es uno de los que más ha ayudado, ha tenido grandes aciertos tácticos, pero el compañero no es un dirigente de la corriente. No lo fue en Venezuela ni lo es aquí, debido fundamentalmente a la influencia de Argentina, sobre todo de los compañeros E. y P., que han acentuado la necesidad de los aciertos políticos sin combinar con el aspecto organizativo de la estructuración bolchevique del partido. No es lo mismo un acierto político que la estructuración bolchevique del partido. Ejemplo: las tesis de la revolución permanente fueron de Trotsky, pero no hizo el partido bolchevique. La tesis de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado –equivocada– fue de Lenin, y, sin embargo, él hizo el partido bolchevique. No hay una relación mecánica: correcta posición política-partido bolchevique. En Argentina hubo un hombre que se llamaba Leal, que era “genialoide”. Escribía análisis políticos extraordinarios. Muy superiores a los míos. Sin embargo, nunca hizo un partido. Hizo mejores análisis, bien sea del peronismo, de la resistencia, de la crisis, de todo; los escritos de él son extraordinarios. El único que lo recuerdo soy yo, que era su gran enemigo, porque era un admirador suyo, a pesar de que era una porquería humana. Era un lumpen, era incapaz de estructurar un partido, era incapaz de tener profesionales, de tener moral proletaria, de nada. Pasó sin pena ni gloria. Yo lo recuerdo con viejos amigos: qué grande era Leal, que bien que escribía, qué análisis brillantes. Siguió nuestros pasos también, hasta entró al peronismo, todo; acertaba mucho más brillantemente que yo. Y no hizo un partido porque no sabía lo que era hacer un partido. No sabía lo que es este régimen, no sabía lo que es hacer balances, tener profesionales, cada treinta militantes un profesional, más no; o puede ser cada 15 pero si tenemos treinta dentro de un mes o dos.

E. y P. han acentuado este defecto de que todo es acierto político. No. Es construir partido. Y construir partido tiene técnicas, moral, mecánica, análisis, que no son mecánicamente iguales al acierto político. Sin acierto político todo el partido se destruye. Pero si no sabemos construir el partido, tampoco hay acierto político y se puede explotar.”

“RELATO PERSONAL DE STALIN”

citado por Isaac Deutscher en “Stalin, una biografía política”

Yo ansiaba por el águila de la montaña de nuestro partido, el gran hombre, física y políticamente grande. Había imaginado a Lenin como un gigante, altivo e imponente. Grande fue mi decepción al ver un hombre de trazos comunes, un poco abajo del peso, de ningún modo, rigurosamente de ningún modo, diferente de los mortales comunes. (...) En general, un gran hombre llega tarde a un encuentro, de modo que su aparición pueda ser aguardada con la respiración contenida. Entonces, poco antes del gran hombre entrar, se oye una advertencia: “Silencio... él está llegando”. El rito no me parecía superfluo, pues creaba una atmósfera e inspiraba respeto. Mi decepción fue grande al ver que Lenin había llegado a la conferencia antes de que los otros delegados estuviesen allí, se había instalado en un rincón y modestamente mantenía una conversación, la conversación más común, con los delegados más comunes. No puedo esconderles que, en aquella época, esto me pareció, antes, una violación a ciertas reglas esenciales.

CARTA AL CONGRESO. ÚLTIMOS ESCRITOS Y DIARIO DE LAS SECRETARIAS

Lenin, 1923

Stalin es grosero demás, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y entre nosotros, los comunistas, se torna intolerable en el cargo de Secretario General. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y nominar para este cargo a otro hombre, que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos solo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más delicado y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una tontería minúscula. Sin embargo, creo que, desde el punto de vista de prevenir la ruptura y desde el punto de vista de lo que escribí anteriormente sobre las relaciones entre Stalin y Trotsky, no es una tontería, o se trata de una tontería que puede adquirir importancia decisiva.

Lenin

Libros

La Invención del Pueblo Judío **de Shlomo Sand**

Una obra demoledora del sionismo

José Welmowicki

Traducción: Natalia Estrada

Existen innumerables mitos en la historia, grandes falsificaciones que son transmitidas de generación en generación como si fuesen verdades. Algunas de esas falsificaciones históricas tienen alcance mundial, como es el caso de la naturaleza de la población judía que, motivada por el sionismo, se habría desplazado hacia Palestina y, en una acción de limpieza étnica, dado origen al Estado de Israel.

Si algún diario o revista europea, o algún medio de la prensa norteamericana plantea el tema, o un profesor universitario (en su inmensa mayoría) de uno de esos países enseñara a un estudiante cuál es el origen de los judíos, va a decir probablemente lo siguiente:

“Los judíos son los descendientes directos de los antiguos hebreos, el pueblo que habitó la región de Judea, el mismo pueblo que creó la religión mosaica (de Moisés), el judaísmo, como es conocida hoy. Ellos fueron expulsados por el Imperio Romano alrededor del año 70 de la era cristiana (en la llamada Diáspora) y, luego de una larga jornada de casi dos mil años retornaron a su tierra, en la antigua Canaán bíblica, conocida ahora como Palestina. A partir de ese retorno, fundaron allí el Estado de Israel”.

Esa ‘tesis histórica’ no pasa de una construcción mítica del sionismo, pero es difundida como verdad; tiene defensores en toda la prensa y en la casi totalidad de los partidos políticos de los países capitalistas, en especial los imperialistas. Sin embargo, viene siendo puesta a prueba debido a los crímenes del Estado de Israel, las masacres genocidas que practica, el racismo que alimenta, la permanente política de limpieza étnica, que generan las protestas contra el apartheid y campañas como el BDS [Boicot, Desinversión y Sanciones], que galvanizan un creciente apoyo en todo el mundo.

Para hacer frente a estas protestas y a la indignación creciente contra el sionismo, los gobiernos imperialistas salen en defensa del Estado de Israel, alegando que son ‘exageraciones’ o malas conductas de gobiernos de un pueblo que fue perseguido pero está ejerciendo un derecho “histórico” ‘legítimo’: el de volver a su tierra ancestral y reconstruir su Estado nacional. En fin, serían métodos equivocados en defensa de un derecho: el derecho del pueblo judío de retornar a su tierra histórica.

La invención del pueblo judío

El historiador israelí Shlomo Sand hizo una investigación profunda sobre el tema y llegó a la conclusión de que toda esa construcción histórica no tiene la menor base científica. Y aún más impactante: él se apoya en la propia historiografía judaica y en la arqueología israelí para demostrar la falsedad de esa versión, y con toda razón llama a ese conjunto de mitos: *La invención del pueblo judío*, título de su libro.

Shlomo Sand es profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Hebrea. Nació en Alemania, en un campo de refugiados, luego enseguida de la Segunda Guerra Mundial, en 1946. Emigrado con sus padres a Palestina a los dos años de edad, vivió toda su vida posterior como israelí. Joven aún, tuvo que luchar en la *Guerra de los Seis Días* (1967), en la que Israel terminó de ocupar toda Palestina, y desde entonces comenzó a cuestionar el carácter de esa guerra y el propio sionismo. De allí vino su decisión de investigar las raíces de la ideología sionista para verificar si tenía algún sentido la versión oficial sobre la justificación de la colonización judaica en la *Tierra Prometida*.

El libro de Shlomo Sand tiene la cualidad de dar gran valor a sus afirmaciones: al ser hecho en Israel pudo utilizar los descubrimientos arqueológicos israelíes, revelando algunos que contrariaban las versiones oficiales y eran

omitidos, desmitificando los fraudes con rigor científico y trayendo la luz de la historia y de la arqueología para derrumbar esos mitos de forma valiente y, al mismo tiempo, seria y metódica. Veamos los principales mitos que él destruye:

Los mitos

1. El mito de la Diáspora (dispersión): los judíos fueron un pueblo que ocupó aquella tierra desde Abraham, pasando por Moisés y, después de dos exilios y de la caída del Primer Templo por la invasión de Babilonia, y del Segundo Templo ya en el Imperio Romano, la decisión de Roma fue expulsar completamente a ese pueblo de la “Tierra Santa”, lo que ocasionó la ‘diáspora’.

Munido de atiborrada documentación, Sand demuestra que no hubo nada semejante, siquiera vagamente, a esa pretendida expulsión, ni era la política de los romanos que, aun cuando dominasen con extrema crueldad, esclavizasen a los pueblos, apresasen a los rebeldes eventuales, no tenían como práctica expulsar pueblos enteros. Más todavía, los registros de los historiadores de la época, de los comentaristas, **no registran** esa supuesta expulsión ni aun después de las rebeliones de los Zelotes y de [Simon] bar Kochba.

Por otra parte, hay sí registros de comunidades judaicas anteriores, que vivían en las inmediaciones de Palestina, por ejemplo la de Babilonia (imperio que ocupó la Mesopotamia, donde se encuentra el actual Irak), la de Alejandría (en el actual Egipto), desde antes de ese período y que no hicieron ningún esfuerzo en “retornar a Sion”. No existe ninguna prueba de que haya habido una comunidad judaica que por siglos quisiera volver, hasta que surgió el movimiento sionista a finales del siglo XIX.

El sionismo asumió la versión heredada de historiadores como Heinrich Graetz sobre una supuesta perennidad de un sentimiento judaico por una vuelta a Palestina y se aprovechó del mito para sustentar su tesis de que era un movimiento de liberación nacional, como parte de una serie de movimientos liberadores, para traer de vuelta a ese pueblo hacia lo que ellos proclamaban era su antigua tierra (Zion o Sion) o, como ellos formularon: “volver a Sion”.

2. La Historia Judaica es una confirmación de esa descendencia de los judíos en relación con sus antepasados hebreos.

Sand demuestra que la así llamada *Historia Judaica* no pasa de una versión de la Biblia, del Viejo Testamento. Hasta el siglo XIX no había una historiografía judaica propiamente dicha. Los creadores de la ‘historia judaica’ son bien recientes. A partir del siglo XIX, Heinrich Graetz –judío alemán–, Simon Dubnow –ruso–, y Salo W. Baron –norteamericano– crearon, ya en el siglo XX, lo que se dio en llamar una *Historia Judaica*. Esa fue la fuente de la historiografía sionista posterior.

Sand resume el contenido de esas obras y explica cómo sus autores se limitan a tomar los relatos bíblicos y darles un carácter histórico, retirándoles algunos aspectos ‘mágicos’ o sobrenaturales. Cuando sus asertivas se chocan con la realidad, tratan de explicar sus incoherencias y contradicciones considerando los descubrimientos históricos y arqueológicos como irrelevantes, o considerando a los personajes como expresión simbólica de un hecho que ocurrió, y continúan aceptando los relatos bíblicos que los envuelven como expresión simbólica de hechos históricos dados como verdad.

Sus tesis simplemente intentan dar a las versiones bíblicas un rigor histórico, laico, pretendidamente científico: así, esos historiadores aceptan todo el relato bíblico sobre la ida de los hebreos y la fuga de Egipto (El *Éxodo*) con Moisés, y del Éxodo como hecho histórico, incluso sabiendo que la versión de que hubo un éxodo en masa de los hebreos para Canaán (nombre bíblico de Palestina) en aquel momento era inviable (¡un pueblo entero pasar cuarenta años en el desierto!) y sin sentido, ya que Palestina estaba también ocupada por el imperio de los faraones egipcios.

Aceptaron como un hecho la existencia de dos grandes reyes, David y Salomón, y la posterior división en dos reinos, Judea e Israel. Los descubrimientos no confirman esa versión bíblica. Cuando algún historiador crítico llamaba su atención para las incongruencias de los relatos y cómo no concordaban con las investigaciones existentes y los descubrimientos arqueológicos, ellos acusaban a esos críticos de malinterpretar y hasta de tener una visión antisemita.

3. El uso de la Biblia como fuente de informaciones.

Se sabe que el estudio y la práctica de la arqueología siempre fueron muy difundidos en Israel, a punto de tornarse una verdadera manía entre algunos dirigentes políticos, como Ben Gurion. La arqueología sirvió primero para afirmar los mitos del sionismo, pero, en seguida, descubrimientos inconvenien-

tes comenzaron a aparecer y a tirar por tierra las supuestas verdades: por ejemplo, que existían dos reinos, Judea e Israel. Otra duda es si existió de hecho la fuga de Egipto, el llamado “Éxodo”, tan celebrado en la religión y en el cine con filmes famosos como *Los 10 Mandamientos*, por ejemplo. Para desesperación de los sionistas, las investigaciones no confirmaban esa versión bíblica. Las ruinas mostraban que no había pruebas de la existencia del primer templo¹ y hicieron añicos la pretendida historia del pueblo que siempre estuvo ligado a la tierra prometida (Sion) y cuyo destino era volver a ella. O sea, la propia arqueología israelí, tan venerada, demostraba en realidad que las afirmaciones de la Biblia no eran la repetición, aun con agregados ‘mágicos’, de una historia real de un pueblo sino relatos míticos que no estaban asociados ni siquiera a la existencia de buena parte de los personajes descritos.

¿Quién escribió el Viejo Testamento?

Lo más probable es que haya una discontinuidad bien grande y que cuando levantaron el *Segundo Templo*, alrededor del siglo V a. C., haya habido un corto período de recomposición cuando **Esdras** y **Nehemías**², venidos de Babilonia, fueron a Canaán. Aun cuando haya discusiones sobre esa fecha exacta, lo más probable es que quien escribió el Viejo Testamento haya vivido entre los siglos VI y V a. C. y, a partir de esa fecha, imaginado un relato de lo que ocurrió en todo aquel pasado remoto, desde el origen hebreo, con Abraham, después José, Moisés, etc. O sea, la historia judaica tal como se conoce, al basarse en la Biblia, no tienen ningún rigor histórico. Los descubrimientos incómodos eran dejados

¹ Según el *Viejo Testamento*, luego de un período de lucha por constituir una nación, los hebreos derrotaron a varios enemigos, tuvieron como líderes a los jueces (entre ellos, Sansón, Samuel) y fundaron un reino único, el cual tuvo tres reyes, Saúl, David y Salomón. David es conocido por la fábula de lucha contra el gigante Goliat. Según ese relato bíblico, en el reinado de Salomón el rey construyó un Templo suntuoso, que fue conocido como el Primer Templo, que habría durado hasta el siglo VI a. C., pues habría sido destruido luego de varias invasiones de egipcios, asirios, y finalmente arrasado por los babilonios. Después de la derrota de los babilonios por los persas, el emperador Ciro de Persia permitió la vuelta de un grupo de hebreos, encabezado por Esdras, un sacerdote, y Nehemías, un noble, que tenían autorización para reconstituir una comunidad judaica y, entonces, construyeron un Templo en Jerusalén, que quedó conocido como Segundo Templo.

² Esdras era un sacerdote judío que vivía en Babilonia y, autorizado por el emperador persa, llevó a un grupo de fieles para instalar una comunidad judaica en Canaán. Él, con la ayuda de Nehemías, construyó un Templo en Jerusalén, llamado Segundo Templo.

de lado por la arqueología y por la historiografía oficial o justificados con argumentos insostenibles por los ideólogos del Estado de Israel para adaptarse forzosamente al relato bíblico dado a priori como fuente histórica.

4. Los judíos de hoy son todos descendientes de los antiguos hebreos que tuvieron que exiliarse luego de la diáspora.

Para los historiadores oficiales de la llamada *Historia Judaica* y para los sionistas, la *diáspora* tuvo como consecuencia que los judíos se dispersasen por los otros continentes distantes de su tierra, por lo cual nunca dejaron de sentir un deseo de retorno. Cuando los historiadores sionistas hablan de *diáspora* parten del presupuesto de que esos judíos supuestamente expulsados en el siglo I a. C. habrían continuado siendo un pueblo, o sea que eran la **misma etnia** que mantenía a toda costa su cultura y su religión en otras tierras, cuando no era obligada a convertirse. Otro mito desenmascarado por Sand.

En realidad, además de tener a varios de sus fieles convertidos a otras creencias y culturas, en lo que fue llamado por los propios religiosos judaicos de ‘asimilación’, el judaísmo también era proselitista, o sea, sus defensores convertían a grupos y pueblos a lo largo de su trayectoria. Hay registros de comunidades y reinos enteros convertidos al judaísmo en varias regiones, como reinos bereberes de la tribu *Djerawa* [habitantes del Aurés, región en el este de Argelia, N. de T.]. La existencia de un reino bereber judaico, y de su famosa reina Kahina, prueba que la expansión proselitista llegó al África. En el libro de Sand hay información de sobra sobre ese proceso de conversión de comunidades al judaísmo.

En el Asia, en la propia península arábiga hubo un reino nabateo de fe judaica hasta el año 106 d. C. Antes de la ascensión del Islam, los judíos se instalaron en ciudades como Yathrib [en Arabia Saudita] (después rebautizada Medina). Existe incluso la hipótesis de que el monoteísmo judaico haya influido para establecer las bases espirituales que permitieron la ascensión del Islam. Y que la expansión del judaísmo en el área haya sido contenida por la ascensión del Islam.

La mayor prueba de esa presencia del judaísmo en el área fue el reino de Himyar [reino “homerita” en la costa sur de la península arábiga, N. de T.] (nombre de una tribu de la región que adhirió al judaísmo), en el actual Yemen, que duró desde finales del siglo IV hasta el siglo VI d. C.

Pero hubo un reino de mayor influencia en el futuro judaísmo, que probablemente generó las numerosas comunidades judaicas polaca, rusa, rumana, etc. Este reino fue el de los Jázaros [Jazares-Khazaria – errantes, en turco, N. de T.], que llegó a tener una extensión enorme, yendo desde las estepas vecinas al Volga hasta el norte del Cáucaso, desde el mar Negro hasta el mar Caspio. En su apogeo, llegó hasta Kiev, en Ucrania, hasta Crimea en el sur, y abarcaba desde el Alto Volga hasta la actual Georgia. Su conversión a través de un rey llamado Bulan, data del siglo VIII. El reino Khazaria agregó varias etnias, tales como búlgaros, alanos, eslavos, magiares [húngaros]. Duró hasta el siglo XI, en el que fue destruido tras sucesivas derrotas ante los mongoles y otros reinos ucranianos y rusos.

Despreciada por la historiografía judaica oficial, pues también desmiente la idea de que los judíos europeos del siglo XX eran la descendencia de los hebreos de la Tierra Prometida, la historia de los jázaros da la clave para entender la constitución étnica de buena parte de los judíos europeos. Hay varios documentos que atestiguan la importancia de ese reino para la formación de las comunidades judaicas de Ucrania, Lituania y Polonia, y para la formación de los askenazis³, en general. El propio Simon Dubnow, ruso, uno de los principales historiadores de la *Historia Judaica* reconoció la importancia de ese reino y que era parte de la “historia del pueblo judío”.

Lo mismo hizo Abraham Polak, historiador sionista que escribió un libro dedicado al tema, *Khazaria*, publicado en 1951; pero ese reconocimiento duró hasta que luego de la fundación de Israel hubo la necesidad de “adecuar la Historia” a los postulados sionistas. Ahí reside el problema: los *askenazis* forman la mayoría de las comunidades judaicas en el mundo hoy, y fueron la base para la ascensión del sionismo. Era muy incómodo reconocer la existencia de un pueblo de origen distinto al de los hebreos de la Tierra Prometida y que tuviese un papel decisivo en la formación de las comunidades judaicas de Europa y de los askenazis en especial, y en el propio movimiento sionista.

³ Los judíos de la era moderna se dividen en general entre askenazis y sefaradíes. Los primeros eran los judíos que habitaron Europa Oriental y dieron origen a comunidades judías numerosas en el resto del mundo, como en América del Norte y América Latina. Su mayor concentración hasta la Segunda Guerra Mundial eran los países de Europa Oriental, en particular los de mayoría eslava, como Polonia, Ucrania, Rusia, y también Lituania, Hungría y Rumania. Los askenazis desarrollaron una cultura rica, con un dialecto propio: el idish. Los sefaradíes son los judíos de origen en Asia, que llegaron a instalarse en España y que tenían un dialecto y una cultura propios, diferente de los de los askenazis.

Sand relata que desde 1951 hasta la edición de su libro, ninguna publicación en hebreo fue hecha sobre los Jázaros, ni siquiera la reedición del libro de Polak. Lo fundamental para el “establishment” sionista era la necesidad de sacarlo de escena, hacer que ese reino de un pueblo que fuera convertido al judaísmo quedase olvidado.

Para eso, el sionismo tuvo la ayuda del estalinismo. En la década de 1920 hubo una serie de investigaciones sobre los Jázaros en la Unión Soviética, mostrando las raíces judaicas de ese reino y su papel en la formación de Rusia.

En los años de 1930, Stalin, que controlaba la investigación histórica y la censura con mano de hierro, moldeándola de acuerdo con sus necesidades políticas, planteó un anatema contra esas investigaciones, pues quería negar a otras culturas que no fueran la rusa un papel de importancia, y prohibió la publicación de materiales sobre ese reino y su papel en el origen de la nación. Los historiadores tuvieron que autocriticarse o llamarse a silencio.

En 1976, el famoso escritor Arthur Koestler, ex comunista y sionista militante, escribió un libro sobre los jázaros: *La 13ª tribu*. Con eso esperaba negar el origen racial de los judíos y dejar sin argumento a los antisemitas, al demostrar que los judíos no pertenecían a una raza y sí a una fusión de varios orígenes étnicos.

Pero los sionistas no podían tolerar tal desmentido a su postulado de ‘pueblo elegido que retorna a su patria’. El embajador de Israel en Gran Bretaña tildó esa publicación de “una acción antisemita subvencionada por palestinos”. La Organización Sionista Mundial cubrió de insultos al escritor y movilizó a profesores como Zvi Ankori, que alegó que su tesis era “perjudicial al Estado de Israel”.

La versión oficial sionista era que la comunidad askenazi provenía de los hebreos a través de un largo recorrido: sería procedente de Alemania y, por su parte, esta vendría de Italia, de los hebreos que habían sido llevados a la capital del Imperio Romano en la Edad Antigua.

Pero, como nota Sand, es difícil aceptar esta versión: todas las informaciones existentes comprueban que era minúscula la comunidad judaica alemana en el inicio de la Edad Media, supuestamente de origen en los hebreos.

Cómo esa pequeña comunidad podría ser el origen de los judíos de la Europa Oriental, la inmensa mayoría de los judíos de Europa y del mundo en la Edad Media, y agrupar hasta hoy –incluso con el genocidio nazista que alcanzó fundamentalmente a los askenazis– de 75 a 80% de todos los judíos.

En la Europa Oriental, en la llamada *Yidish Land*⁴ (Tierra del Idish) tuvieron origen una serie de movimientos culturales y artísticos, políticos y científicos, con la participación de judíos askenazis. El idish era el dialecto hablado por los judíos de la Europa Oriental y toda una rica cultura de esas comunidades, con su literatura, música, etc., que fue negada por el sionismo, el cual desterró esa lengua e impuso el hebreo como lengua oficial.

Una investigación más detallada sobre los hábitos de la enorme comunidad judaica de la Europa Oriental señala una proximidad muy grande con los judíos de sus países, sean polacos, ucranianos, lituanos, rumanos o rusos. Lo que indica que lo más probable es que el origen de la mayoría de los askenazis sea el de los jázaros convertidos, obviamente en combinación con las etnias de la región. Pero no hay cómo demostrar que el origen de toda esa comunidad de Europa Oriental venga de los hebreos.

Conclusión: la ironía de la historia

Como se sabe, para la ideología sionista la vuelta a Sion significaba retornar a una tierra que tenía una población concreta, los palestinos, y, por eso, era necesario justificar que esa solución era natural, legítima. Esa fue la razón para crear el famoso eslogan: “*Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra*”.

Lo más probable es que los descendientes de los antiguos judíos, habitantes de la entonces Judea, no sean los que hoy reivindicar asumir esa identidad, los sionistas, sino sí los palestinos. Sand analiza la historia de las ocupaciones de ese territorio desde el Imperio Romano y la destrucción del Segundo Templo en Jerusalén. El Imperio Romano ocupó Palestina desde ese momento, y con la división en dos imperios, uno de ellos, el Imperio de Oriente o Imperio Bizantino, mantuvo el control de Palestina hasta el siglo VII d. C. Ese imperio cristiano era extremadamente opresivo contra las demás religiones. La ocupación por el imperio musulmán abrirá la posibilidad para que los creyentes de otras religiones, en especial las monoteístas, adhieran e incluso tengan regalías en relación con los impuestos sobre lo no creyentes.

⁴ El idish era el dialecto hablado por los judíos de la Europa Oriental, donde se desarrolló toda una rica cultura de esas comunidades, con su literatura, música, etc., con autores como Scholem Aleichem. Con el advenimiento del sionismo, fue relegada a segundo plano. El sionismo negó esa herencia cultural, alegando que ‘era la lengua de la diáspora’. Los sionistas recrearon el hebreo, que era una lengua usada apenas en oraciones, y lo impusieron como lengua oficial en Israel.

Es muy plausible que una buena parte de los ‘judaístas’ haya optado por adherir a esa nueva religión, monoteísta y más integradora que los cristianos bizantinos.

Lo más increíble es que los primeros sionistas que llegaron a Palestina en el final del siglo XIX e inicios del siglo XX fuesen bien conscientes de esa posibilidad y por eso soñaran incluso con la adhesión de los campesinos residentes, los ‘felás’, al proyecto sionista.

Israel Belkind, que emigró en 1882, decía que los palestinos deberían ser descendientes de los antiguos judíos y que solo la elite había dejado la tierra en la época de la revuelta de Bar Kochba. Por lo tanto, los sionistas deberían intentar traerlos para el proyecto del estado judío.

Borochoy, fundador del Poalei Zion [Trabajadores de Sion], origen de la así llamada izquierda sionista, afirmó en 1905: “la población autóctona del país de Israel [Palestina en su fuente original] es más próxima de los judíos por su composición racial que cualquier otro pueblo y hasta más que otros pueblos ‘semitas’.

Se puede levantar la hipótesis muy plausible de que los *felás* del país de Israel sean los descendientes directos de los vestigios de la implantación judaica en Canaán, con un leve complemento de sangre árabe, porque, como se sabe, los árabes, esos orgullosos conquistadores, se mezclaban relativamente poco con la masa de los pueblos que subyugaban en los diversos países” (Sand, p. 334).

Ben Gurion, discípulo de Borochoy y fundador y primer jefe de gobierno de Israel desde 1948 hasta los años ’60, escribió en 1918 un libro en conjunto con Ytzhak Ben Zvi –otro fundador y presidente de Israel–, cuyo título era “*Eretz Israel*” [Tierra de Israel] *en el pasado y en el presente*.

En ese libro dedicaron un capítulo a la historia de los *felás*, afirmando que: “el origen de los *felás* no se remonta a los conquistadores árabes que dominaron Israel y Siria en el siglo VII de nuestra era. Los conquistadores no eliminaron la población de labradores que allí se encontraba. Expulsaron apenas a los soberanos bizantinos extranjeros. No hicieron mal alguno a la población del lugar. Los árabes no se preocupaban en hacer asentamientos. Los hijos de los árabes no practicaban más la agricultura en sus lugares de residencia anteriores (...) Cuando conquistaban nuevas tierras, no procuraban nuevos terrenos para desarrollar una clase de campesinos-colonos, que, además, era casi inexistente entre ellos. Lo que les interesaba era de orden político, religioso y financiero: gobernar, difundir el Islam y recaudar impuestos” (Sand, p. 336).

En 1967, el historiador Abraham Polak, fundador del Departamento de Historia de la Universidad de Tel Aviv, quiso estudiar el “origen de los árabes autóctonos” y escribió un ensayo en el que asumía la posibilidad de que los palestinos fueran descendientes de los antiguos judíos que habitaban la región y habían sido integrados y convertidos a lo largo de los siglos, aún más en una región de pasaje como era ese territorio situado entre el río Jordán y el mar; varias poblaciones se mezclaban con sus conquistadores, vecinos o súbditos. Pero Polak trabajaba con la hipótesis de que los judíos del pasado, en su mayor parte, se habrían convertido a la religión musulmana y que una continuidad **demográfica** habría sido mantenida desde la Antigüedad hasta hoy, y quería hacer una investigación para averiguar esa hipótesis.

Polak no consiguió ningún apoyo en la universidad, pues su investigación contrariaba frontalmente la tesis sionista. Si fuese probado que en gran parte los palestinos eran los verdaderos descendientes de los *judaístas*, de los hebreos, todo el edificio sionista caería por tierra.

O sea, existe una hipótesis levantada hasta por los primeros sionistas sobre que los **palestinos pueden ser los descendientes de los judíos de dos mil años atrás**. Y la prohibición de que esa hipótesis sea investigada solo se explica porque, en caso de comprobarse, se confirmaría una ironía de la historia: que los sionistas no solamente no tienen la descendencia que pregonan de esos habitantes, sino también que ellos habrían invadido Palestina para expulsar a los verdaderos descendientes de los hebreos.

Convidamos a nuestros lectores a leer el libro de Sand, profundizar el estudio sobre los mitos y conocer mejor esos hechos, demoledores de las tesis sionistas.

ÍNDICE

A NUESTROS LECTORES	5
DOSSIER SOBRE EL PROGRAMA.....	7
Debate en el CEI de la LIT-CI	7
Sobre nuestro programa (Martín Hernández)	8
• Algunos criterios para elaborar el programa.....	8
• ¿Qué significa actualizar el programa?.....	11
• La elaboración programática en el marco del “aluvión oportunista”	13
• El <i>Manifiesto Comunista</i> : punto de partida para elaborar el programa.....	14
• El <i>Manifiesto Comunista</i> pasó la prueba de los hechos	17
• El <i>Manifiesto Comunista</i> , elaborado por Marx y Engels y enriquecido por Lenin y Trotsky, fue puesto a prueba en los procesos del Este europeo	19
• ¿Qué pretendemos de nuestro programa?	24
• Una última observación.....	24
• Algunas cuestiones que el programa tendría que abordar y actualizar	25
• Sobre el tamaño del programa.....	31
Algunas consideraciones sobre el partido y el programa (Paulo Aguenta)	32
• Palabras iniciales	32
• Clases, partidos y programa.....	33
• Partido revolucionario y programa	34
• Programa y conciencia de la necesidad.....	35
• Programa y disciplina partidaria.....	35
• Conclusión	36
Sobre la “inevitable” victoria del socialismo (Martín Hernández).....	37
• Rosa Luxemburgo: “Socialismo o barbarie”	38
• Diferentes posiciones de nuestros maestros	41
• Decir la verdad, por más cruda que ella sea	44
El teórico de la “inevitabilidad” del socialismo es el renegado Kautsky (no Marx) (Francesco Ricci - Ricardo Ayala)	46
• Un método justo que no nos exonera de cautela.....	46
• La tesis de Hernández.....	47
• El <i>Manifiesto</i> , doble instrumento de batalla	48
• La concepción de la historia expresada en el <i>Manifiesto</i>	48
• La concepción marxiana de la historia.....	49
• ¿Marx y Engels influenciados por el darwinismo?.....	50

• Engels después de Marx	52
• Engels: la historia no es una ecuación de primer grado	54
• ¿De dónde nacieron las teorías del colapso y del socialismo “inevitable”?	55
• El rol de Kautsky en la degeneración de la Segunda Internacional	58
• El marxismo en tiempos de Lenin y Trotsky	60
• El verdadero origen de “socialismo o barbarie”	61
• Nuestro marxismo es aquel de Marx	64
• Lecturas para profundizar	67

DOSSIER SOBRE LA ESCUELA DE LONGJUMEAU.....69

La formación marxista en la recomposición del bolchevismo (Alicia Sagra)	69
• 1911, un año de inflexión	69
• Lucha política e ideológica en la fracción bolchevique	70
• La formación de los militantes	72
• La Escuela de Longjumeau	73
• Confianza en el marxismo y en la clase obrera	76
• Los estudiantes	77
• Los estudiantes libres	77
• Los estudiantes propiamente dichos	78
• El viaje	79
• ¿Quiénes son ellos?	80
• El esparcimiento de los estudiantes	82
• Una vida pacífica y retirada	84
• Escapar de las indiscreciones	84
• La integración en la población	85

SEMINARIO INTERNACIONAL

SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO (PARTE 2)87

Presentación	87
Debate en el plenario del Seminario	88
• Informe de abertura (Henrique Canary)	88
• El problema de la estructura partidaria	88
• La centralización política	89
• El régimen centralista democrático	90
• Intervenciones	90
• Intervención de cierre (André Freire)	117
• Intervención de cierre (Martín Hernández)	120
• Poema - Parte 2 (Atnágoras Lopes)	127

ANEXO: TEXTOS UTILIZADOS EL SEGUNDO DÍA DEL SEMINARIO129**Sobre la estructura partidaria129**

- *Problemas de Organización* (Nahuel Moreno)129
- El cambio en la organización del partido socialista revolucionario129
- Los cuadros o “jefes”132
- “La Internacional después de Lenin” (León Trotsky)133
- Tercer Congreso de la Internacional Comunista (1921)134
- Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los Partidos Comunistas134
- “Las tareas de los socialdemócratas rusos (Lenin, 1897).....135
- “Carta a un camarada” (Lenin, 1902)136
- “Sobre nuestras tareas de organización”136
- Intervención de Lenin en el IV Congreso de la Internacional Comunista (1922)137
- Los intelectuales y el partido138
- *El Partido Bolchevique* (Pierre Broué).....140

Sobre el régimen centralista democrático141

- “Unas pocas palabras acerca del régimen del partido” (León Trotsky).....141
- *La revolución traicionada* (León Trotsky)141
- *El Partido y la revolución* (Nahuel Moreno)142
- *El Partido Bolchevique* (Pierre Broué).....143
- Lenin144
- “Las fracciones y la Cuarta Internacional” (León Trotsky)145
- “Nuevo Curso” (León Trotsky)146
- “Resultados del entrismo” (León Trotsky).....148
- “Observaciones adicionales sobre el régimen partidario
(Carta a Cannon)” (León Trotsky).....150
- Informe ante el CC del PST peruano (Nahuel Moreno).....151
- “Relato personal de Stalin” (de *Stalin, una biografía política*, de Isaac Deutscher)154
- Carta al Congreso. Últimos escritos y diario de las secretarías (Lenin, 1923)154

LIBROS155***La invención del pueblo judío, de Shlomo Sand:*****una obra demoledora del sionismo (José Welmowicki)155**

- *La invención del pueblo judío*156
- Los mitos157
- ¿Quién escribió el Viejo Testamento?.....159
- Conclusión: la ironía de la historia163

Impreso en *Projeto IP Grafis*

Rua Dom Bosco 70 - CEP: 03015-020 - Mooca - São Paulo (SP) - Brasil

500 ejemplares

Marzo de 2015